



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK
EN
LA DIETA DE FRANCFORT
1851 — 1858

CARTAS CONFIDENCIALES

Á SU MINISTRO

EL BARÓN DE MANTEUFFEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

Roberto Dupuy de Lôme

Agregado diplomático

I

Personal de la Embajada de Austria.—Los agentes subalternos de la Embajada de Prusia.—El Conde de Goltz.—La oficialidad prusiana en Francfort.—Actitud de las guarniciones prusiana y austriaca: impresión que producen una y otra.—El Mayor Deetz.—La Sociedad en Francfort.—Los representantes extranjeros en la Dieta.

Francfort 26 mayo 1851.

(1) Autorizado por V. E. para dirigirle informes confidenciales acerca de lo que por aquí llamase mi atención, voy á

(1) Bismarck fué nombrado Consejero de Legación el 4 de mayo de 1851.

hacerlo, si bien dada la marcha regular de los asuntos de la Dieta y la reserva que, siguiendo las instrucciones de V. E. me he impuesto en el desempeño de mi cargo, no podré hablar hoy por hoy más que de las personas á quienes he conocido.

El Conde de Thun (1) tiene aires de estudiante y un tanto del elegante vienés. Si como tal comete algún pecadillo, siguiendo estrictamente las prácticas religiosas, busca cerciorarse á sus propios ojos y á los de la Condesa. En el casino juega hasta las cuatro de la madrugada; baila de diez á cinco sin descansar y con visible pasión; es al mismo tiempo gran bebedor de champagne, y corteja á las mujeres hermosas de los ricos comerciantes con tal desenfado, que inclina el ánimo á creer desea, tanto como divertirse, llamar la atención de sus espectadores. Bajo este exterior, el Conde de Thun oculta, no diré un poderoso ingenio político ni una gran inteligencia, pero sí una fuerza extraordinaria de cálculo y de sagacidad, cualidades éstas que despliega con notable presencia de ánimo y cara bondadosa desde el instante en que la política entra en juego. Le tengo por un adversario peligroso para todo aquel que se le confíe abiertamente, en lugar de pagarle con la misma moneda. Según oigo decir, el Conde de Thun es observante fiel de la laudable disciplina que caracteriza á la diplomacia austriaca; se esfuerza en ser el órgano más sincero de las ideas del Príncipe Schwarzenberg, y bajo este punto de vista hace alarde de una exactitud y de un celo profesional dignos de imitación. Si me es dado juzgar por mis impresiones del momento, los hombres de Estado austriacos discípulos de Schwarzenberg, no fundan nunca en el derecho la base de su política, por la razón única de que él es el derecho mismo. Su teoría me parece más bien ser la del jugador que acecha las circunstancias favorables, y que siendo un explotador pretende todavía alimentar su vanidad embozándose, por decirlo así, con aires de perfecto caballero, en su capa de impertinente indiferencia. Puede decirse de ellos, lo que aquel albañil que al

(1) Conde de Thun-Hohenstein, Embajador de Austria en Francfort; más tarde en Berlín.

caer de un andamio exclamó: «*Ça va bien, pourvu que cela dure*» (1).

La Condesa de Thun es una mujer joven y hermosa, de reputación intachable, Condesa Lamberg de nacimiento; se parece á mi hermana; es católica ortodoxa.

El y ella trascienden á patriotas *tchecos*; la Condesa no habla sino el *tcheco* con sus hijos y criados.

El segundo personaje de la Embajada de Austria es el Barón Nell de Nellenbourg; excelente publicista según dicen; frisa en los cincuenta años, poeta á ratos, y romántico, se entenece fácilmente en el teatro, su carácter es abierto y franco y parece bondadoso: bebe con exceso. Se cuenta que ha tenido disgustos de familia.

Pero el alma de la Embajada Imperial parece ser el Barón Brenner, alto, buen mozo, hombre de unos cuarenta años poco más ó menos. Antes de venir á Francfort dícese que influyó de un cierto modo en la dirección dada á la política austriaca en Italia. Produce la impresión de un hombre de gran talento y de vasta instrucción. Preténdesele ultramontano, pero esto no le impide rendir homenaje al bello sexo ni descender por empresas de esta índole hasta las capas medias de la sociedad de Francfort.

Con todo el mundo é *in specie* respecto á nosotros, se mantiene á discreta y altiva distancia.

El General de Schmerling es un militar elegante de quien parece ser la mano derecha el Barón Rezikowsky, mayor de ingenieros, oficial muy inteligente, instruído y amable, como yo desearía que tuviésemos uno ocupando el segundo ó tercer puesto en nuestra misión militar.

He recibido, en especial de procedencia austriaca, numerosas advertencias que me inducen á tener por sospechosos á nuestros agentes subalternos. Hasta el día no he logrado indicios seguros sobre el mayor ó menor fundamento de tales acusaciones. El Conde de Thun y hasta el mismo Conde de Goltz afirman que uno de nuestros agentes mantiene relaciones con la *Gaceta Constitucional* de Berlín y *Gaceta de Colo-*

(1) En francés, intercalado en el texto alemán.

nia, según puede verse claramente por ciertas noticias publicadas en estos periódicos.

El Conde de Goltz ha sabido conquistarse muy buen lugar en esta sociedad y sobre todo en el círculo austriaco. Una vez más he podido convencerme de que es un político de gran capacidad, y me aflige que haya maleado su situación respecto de V. E. por su carácter violento. Si empeñase su palabra de guardar cierta circunspección, yo creo que la mantendría, permitiendo así utilizar sus relevantes condiciones. Pondría un freno á su vehemencia ahogando en sí mismo la aspereza de su carácter, y yo supongo que en el ejercicio de sus funciones sabría cumplir lo prometido. El sábado marchó á Karlsruhe con objeto de visitar á Savigny y quiere estar aquí de vuelta mañana para ir á Berlín.

Mandan aquí nuestras tropas, el coronel de Herwarth, arrogante oficial de la Guardia, y el coronel de Kessel, comandante del 29 regimiento de infantería. Este último es un oficial muy capaz, según el juicio de todos los militares á quienes he oído hablar de él; es un modelo de coroneles; parece descontento de que no hayamos tenido guerra; pero en resumidas cuentas, es un hombre dignísimo con quien puede contarse á punto fijo. En todas las querellas de cuartel con los austriacos muéstrase siempre activo defensor de su tropa, sin ser nunca descortés.

Nuestro 29 regimiento no puede decirse que haga muy buena figura al lado de los austriacos, cuyos cazadores, desde el primero hasta el último hombre, forman un cuerpo escogido cuya vista encanta; los uniformes, incluso los de sus regimientos de infantería, son nuevos, lujosos y aseados, y los soldados veteranos; por su estancia aquí reciben, tanto los oficiales austriacos como las bávaros, una indemnización nada despreciable. Sería de desear que pudiesen nuestros oficiales obtener la misma ventaja, pues sufren cruelmente la inferioridad. Aquí la vida es en realidad más cara de lo que yo creía, más cara que en Berlín.

Causa pena asimismo ver que los uniformes de nuestros soldados están en peor uso, aparte de que el gran número de visos y el poco tiempo que sirven son causa de que nues-

tras tropas tengan el aspecto menos marcial, y esto conduce á que estas gentes así como los extranjeros, formen juicios poco favorables para los prusianos, si bien el laudable espíritu que anima al 29 regimiento le valen los elogios de todo el mundo.

Se me ha prevenido, por diferentes conductos, en contra del comandante de la plaza, Mayor Deetz. El Conde de Goltz por un lado, y los coroneles de Kessel y de Herwart por otro, se han quejado ya; le acusan de inactivo en el servicio y de ser por su pereza habitual causa de muchos disgustos, que hubiesen podido evitárseles fácilmente á los soldados de Prusia. Por el mismo conducto se me le señala también como intrigante político: en Mayence el General de Schack (1), por el contrario, recuerdo que me habló muy bien de este oficial. No me atreveré á añadir un juicio personal, pero sí á rogar á V. E. que se sirva significar al General de Gerlach (2) que no reciba sino con toda reserva las comunicaciones del Mayor Deetz.

El Baron Doernberg está al servicio de los Príncipes de Turn y de Taxis y mantiene estrechas relaciones con la familia de la señora de Vrints, hermana de la señora de Meyendorff; los salones de esta señora, que recibe todos los días, son el centro, por decirlo así, del cuartel general femenino del Austria. El Sr. Bethmann, gentil hombre del Rey de Baviera, es yerno de la señora de Vrints y su hermano, nuestro cónsul.

Aparte de esta casa, en que las señoras juegan todos los días como desesperadas, la sociedad no ha dado señal de vida hasta el viernes último, que hubo una fiesta espléndida en casa de Lord Cowley, en honor de la Reina Victoria. Allí estaba la noble duquesa viuda de Nassau (princesa de Wurtemberg, de nacimiento) con su hija soltera, la cual bailó con todas las potencias representadas en la fiesta, excepción hecha de la Prusia.

Esta diplomacia es muy bailarina: no ya el Conde de Thun, sino también Tallenay, viejo de cincuenta años, y el represen-

(1) De Schack, Teniente general en Prusia y comandante de la fortaleza federal de Mayence.

(2) De Gerlach, Teniente general y Ayudante de campo del Rey de Prusia.

tante de Bélgica, Conde Briey, y el mismo Lord Cowley bailaron y tomaron parte activa en el cotillón, que duró dos horas. Los salones estaban decorados con banderas multicolores de todos los Estados de Alemania: frente al escudo luminoso con las armas de Inglaterra se veía el de la Confederación germana; el águila de dos cabezas sin corona.

Los representantes de Inglaterra y Francia son muy obsequiosos, y se cree aquí, que gracias á la entrada de Prusia en la Dieta, no tardarán ellos en ser también acreditados.

II

Actitud de las sociedades democráticas en Francfort-sur-le-Mein.—Mr. de Blittersdorf: los burgomestres de Gúnderode y Sieber.—Visita á Rumpenheim.—Misión del Conde de Széchényi.—El Code de Thun.

27 mayo 1851.

Tengo la honra de pasar á manos de V. E., á título de simple curiosidad y á fin de no tener que volver á hablar del asunto, algunos detalles concernientes á la asociación democrática de Francfort. Incluyo también un folleto que acaba de distribuirse en estas sociedades. No puede decirse que esté escrito sin talento; ataca sobre todo á la clase media, pero es demasiado largo, y su estilo poco popular para producir impresión entre el público á que va dirigido. No pueden reprochársele los medios tonos; por el contrario, á veces inclínase uno á tomar el tal escrito por producto reaccionario, á semejanza del último manifiesto de Mazzini. En suma, que la democracia francforiana no tiene grande importancia; los jefes mismos se quejan de la ambición y de la indiferencia de su partido. Las reuniones se ven poco concurridas; únicamente la victoria eventual de los demócratas en Francia podría reanimar á las diferentes fracciones de este grupo, por el momento insignificante á la atención del observador. Las tentativas aisladas que se acometen para pervertir y hacer deser-

tar á nuestros soldados, no obtienen ningún éxito. Ellos mismos entregan con frecuencia á sus respectivos jefes las publicaciones sediciosas que les dan en las posadas.

Entre los corifeos de Francfort he conocido al Sr. de Blittersdorf, quien profesa odio profundo á de Radowitz (1), porque éste le ha ofendido no recibéndole y no devolviéndole la visita.

Más tarde se ha malquistado también con el Austria: me ha dicho haber cesado en absoluto su colaboración en el periódico *Die Post* (2), con motivo de haberle negado apoyo á sus ideas sobre la cuestión austro-prusiana: así pierde los 1.000 y 1.200 thalers que le pagaba el periódico anualmente por sus artículos, y conociendo su amor por el dinero, hay que creer, en consecuencia, que la ruptura es seria. Aquí pasa por ser influyente, gracias á las relaciones que mantiene con los hombres y los periódicos de la Alemania entera.

En todo caso, es una inteligencia práctica. Según él, no será jamás sincero el acuerdo entre la Prusia y el Austria, en tanto que esta última no reconozca por igual suya á la potencia prusiana, igualdad que es un hecho innegable, al menos en Alemania. «Todos los esfuerzos que se hagan para llegar á una inteligencia—dice,—fracasarán, en tanto que las dos potencias no deslinden los límites recíprocos de su influencia sobre los otros Estados de Alemania. Hasta entonces—añade,—la Prusia hará, voluntaria ó involuntariamente, respecto á toda iniciativa del Austria, el mismo papel negativo y obstruccionista que tan buen resultado dió á la Alemania del Sur antes del 48 contra las tentativas de Prusia.»

Blittersdorf sale dentro de algunos días para Marienbad, y el Dr. Kutscheit, con quien mantiene íntimas relaciones literarias, me ha dado á entender lo mucho que le satisfaría recibir una invitación para ir á Berlín á hablar de política

(1) De Radowitz nació en 1797; fué en 1836 agregado militar prusiano en Francfort, y del 26 de setiembre al 2 de noviembre de 1850, Ministro de Negocios Extranjeros en Berlín.

(2) Periódico subvencionado por el Austria.

con V. E.; pero yo no acierto á decir si Blittersdorf es un personaje bastante importante para que V. E. desee estrechar más sus relaciones con él. Es una personalidad interesante, mas no me inspira gran confianza.

Entre los dignatarios de la ciudad, al primer burgomestre, señor de Günderode, se le considera amigo de Prusia; el segundo, que es el Sr. Sieber, tiene fama de lo contrario. Los demás funcionarios públicos son débiles y timoratos; el senador Hesseberg, jefe de la política, rechaza siempre con las siguientes palabras toda advertencia y consejo: «Dejadme en paz; yo también soy demócrata.»

Ayer fuí con de Schele á Rumpenheim, donde encontré á la Duquesa de Cambridge con su hija la Princesa María, que es una señora muy joven y dotada de cierta vivacidad encantadora.

El Conde Széchényi, secretario de la Legación austriaca, abandonó la ciudad el miércoles último para ir á Praga á ver á su padre; se supone que á donde ha ido es á Varsovia, con misión del Conde de Thun de averiguarle cuanto allí ocurre. Thun está, por lo general, al corriente de todos los acontecimientos diplomáticos. En Colonia el Gobierno austriaco ha tomado sus medidas, á fin de que se le dirijan comunicaciones sobre todos los correos importantes que pasan por allí camino de Londres ó de París; este es, en efecto, para los representantes de pequeños Estados uno de los medios más activos y menos costosos para atraérselos y de ganar influencia sobre ellos, pues acaban por agradecerse á sí mismos poder ser los primeros en anunciar una noticia cualquiera á su amo y señor serenísimo. Así utiliza de Thun las noticias que le llegan y se da tono, afectando saber más de lo que hace al caso. Por adelantado, me estoy gozando ya al pensar en la curiosidad con que será acogido de Rochow á su vuelta, como versado en los misterios de Varsovia.

III

Fiesta democrática en Francfort-sur-le-Mein.—Un incidente característico.

7 junio 51.

Tengo la honra de poner en conocimiento de V. E. que la gran fiesta democrática de ayer se pasó tranquilamente entre cantos y paseos. Se la anunció por medio de innumerables avisos é invitaciones, aparte de los carteles enormes que cubrían los muros de la ciudad; la manifestación tenía el carácter de lo que los ingleses llaman en sus meetings mónstruos *show of physical strength*. Me reservo para mañana remitir á V. E. el informe detallado de nuestro agente. Antes de la fiesta, el Mayor Deetz conferenció con el senador semi-demócrata, jefe de la policía, obteniendo de él la promesa de que no se dispararían tiros ni se harían manifestaciones dentro del recinto de la ciudad. Para nuestra mayor seguridad, el Mayor Deetz hizo también comparecer al jefe de la manifestación en persona, Sr. Hadermann, amenazándole con la intervención de la tropa si se violaba por alguien lo estipulado. Se calcula en 25.000 el número de asistentes á la fiesta; Francfort contribuyó mayormente, quedándose poco menos que desierto, procediendo el resto del público de Hanau, Offenbach y demás puntos cercanos. En el bosque habíase instalado una exposición con pretensiones de ingeniosa; en ella estaban representados los prusianos por arena, los bávaros por cerveza, la Rusia por un eunuco, el ducado de Baden por medio de paletas, y así sucesivamente. Por desgracia, nuestro agente se ha fijado más en estas majaderías que en los discursos pronunciados; pero el Mayor Deetz debe hallarse al corriente y podrá dar detalles sobre el particular. Los brindis que se pronunciaron fueron todos de este tenor: «Así reviente la Dieta y nos despierte la libertad.» Entonáronse sinnúmero de canciones revolucionarias, entre otras «La canción del verdugo,»

La vieja canción de Hambach: «Príncipes, pasad la frontera, he aquí el banquete de los pueblos, etc.» Y, por último, se divertieron bailando y en buscar el medio de combinar la marsellesa con el compás de la polca.

La clase media no se muestra indignada contra la fiesta más que por haber ocurrido que á un vecino que se paseaba con una mujer, se le robase el reloj, en tanto que algunos borrachos arrojaban á su compañera á los fosos; esto fija la opinión de estos señores, los cuales no alcanzan á comprender que toda la fiesta no ha sido sino la manifestación del robo en despoblado, organizado políticamente y al por mayor. El adjunto artículo de la *Gaceta de Francfort* hará ver á V. E. la suave idea que tienen formada los demócratas *rosa* de las intenciones de sus correligionarios los *rojos*.

IV

Visita á Baden-Baden.—Destitución de M. de Savigny.—Política federal del Austria.—Mr. de Rochow.

II junio 51.

Voy á tener la honra de dar cuenta á V. E. en breves frases de una excursión que he hecho á Baden-Baden durante la fiesta. He encontrado á Savigny de bastante buen humor. Parece tener el don feliz de olvidar todo aquello que no tiene ya remedio, y habla de Rodowitz rindiendo más justicia á su corazón que á su inteligencia. He sabido por Rochow que el Ministro de Rüdts (1) tiene gran empeño en que de Savigny sea destituido. Este último me ha dicho justamente que de Rüdts, según todo el mundo adversario de la Prusia, es quien personal y principalmente ha contribuido más á hacer entrar

(1) Barón Rüdts de Collemburg, Ministro de la gran Casa Ducal de Baden y de Negocios Extranjeros.

á Baden en la Dieta antes que la Prusia, así como que ha trabajado sin éxito contra las instrucciones del delegado en la Dieta, que nos eran favorables. Según el principio que dice no seguir los consejos del enemigo, la destitución de Savigny sería una medida mal tomada. Por mi parte, veo en él, más bien que un obstáculo, un apoyo para la acción de la Embajada federal. Lo conozco desde hace mucho tiempo, y se ha mostrado conmigo tan franco siempre, que me vería obligado á calificarlo de hombre despreciable si hubiese tratado de engañarme. Saldría de Karlsruhe con sentimiento, y me ha declarado estar dispuesto á seguir la política del Gabinete, única que considera posible en las actuales circunstancias. Así creo que se obtendrá más provecho que perjuicio, manteniéndole en su puesto. Como quiera que se muestra razonable, paréceme más ventajoso para el Gobierno utilizar á un hombre que tiene tales condiciones y conocimientos, que impulsarlo hacia la oposición, y en todo caso, reemplazándole, perderíamos por el momento terreno sobre el Austria.

En verdad que me satisface ver que V. E. desapruera la marcha que siguen aquí las cosas. El Austria parece esperar y no querer contribuir al presente á dar realce á la Dieta; de otro modo no invocaría tan á menudo el Conde de Thun la falta de instrucciones acerca de las cuestiones más importantes.

Apesar de las cualidades eminentes que adornan á mi venerado jefe, no creo que, por naturaleza, esté dispuesto á tomar una iniciativa enérgica en las cuestiones difíciles, y sin embargo, sería necesario vencer la resistencia pasiva del Austria, actitud ésta que tomaría sin duda si recibiese de V. E. instrucciones precisas y detalladas sobre cada punto.

Respecto á desenvolver yo mis ideas sobre la política de M. de Rochow, ya sea para elogiarle, ya para criticarle, no creo poder permitírmelo, á menos que V. E. me dé orden de hacerlo formal y categórica.

P. D. Esperando que la Señora Baronesa, á quien presento mis respetos, sabrá perdonarme, le dirijo á ella esta carta temeroso de que la abran en el correo.

V

La política interior de la Prusia.—Actitud é influencia de la *Gaceta de la Cruz*.
—Situación pecuniaria de la oficialidad prusiana en Francfort.

12 junio 18.

M. de Rochow se ha trasladado hoy á Wiesbaden con objeto de ver á la Reina de los Países Bajos. Tengo la satisfacción de poder decir que desde hace algunos días se muestra conmigo más comunicativo que de ordinario; antes tenía la costumbre de tratar los asuntos verbalmente con el Conde de Thun, sistema este que privaba de todo alimento á su *famoso diplomático*, como me llama la *Gaceta de Colonia*.

Respecto al desenvolvimiento que ha tomado nuestra política interior, gracias á las nuevas disposiciones del Gobierno, merece los elogios de todas las fracciones del partido conservador, si bien dudan que, con la ayuda de la burocracia, pueda conseguirse llevar la empresa á buen término y vencer la oposición. Yo no dudo ni un instante del éxito si el Gobierno persevera en éste, que es el buen camino, y si emplea con resolución todos los medios que el arsenal de las leyes poner á su disposición para quebrantar las resistencias; y no es menos cierto para mí el que el Gobierno desplegara esta necesaria energía; la retirada está cortada, los barcos incendiados; las consecuencias de un descalabro serían malas, pero en todo caso, peores serían las de una retirada; ésta tendría todos los inconvenientes de una derrota sin las probabilidades de la victoria.

He escrito últimamente á Wagener (1) rogándole que modere su tono y que se exprese de un modo menos dictatorial en la discusión de las medidas que precisa recomendar al Go-

(1) Redactor de la *Gaceta de la Cruz*.

bierno. Mide mal el alcance de las palabras, y estoy convencido de que si V. E., dado que haya hecho la misma observación que yo, llamase á Wagener ó al Dr. Beutner (1), y les amonestase amigablemente, no tardarían en enmendarse. La *Gaceta de la Cruz* tiene aquí una gran importancia y ejerce mucha influencia, sobre todo en los círculos diplomáticos, hasta el punto de poder decirse que los escritos procedentes de Prusia no hacen impresión ni excitan la curiosidad cuando no aparecen en el citado periódico.

Una de las cosas que más me preocupan es la triste situación pecuniaria de nuestros oficiales subalternos. He estudiado la cuestión y he visto que los gastos inevitables exceden de 5 á 6 thalers al sueldo y á toda otra indemnización de un alferez; la mayor parte de ellos se entrampan forzosamente. Los precios son aquí un 30,50 por 100 más altos que en Berlín.

Para terminar, permítame V. E. rogarle que siga los consejos de Baretz (2), yéndose al campo á descansar del trabajo incesante de estos últimos meses. Otras veces he podido constatar la rapidez con que se restablece la salud de V. E. en los placeres del campo. Quién sabe los quehaceres que traerá consigo el fin de año, y entonces una indisposición de V. E. sería cosa muy grave y podría conducir á consecuencias mucho más desagradables que el que hoy se ausente V. E. temporalmente de Berlín.

(1) Segundo redactor del mismo periódico.

(2) Médico del Príncipe Augusto de Prusia.

VI

Cambio de personal en el Ministerio de Hacienda en Prusia.—Indicaciones sobre la política federal respecto á la exclusión de la Confederación de las provincias del Este.—Actitud del Austria y demás Estados en esta cuestión.—Representación diplomática de la Prusia en Darmstadt.—Proceder del Gobierno prusiano respecto á los Estados provinciales.—Escaramuzas entre la *Gaceta de la Cruz* y la *Gaceta de Prusia*.—Bismarck reemplaza á su jefe Mr. de Rochow.—Proposiciones relativas al cambio de personal de la Embajada federal de Prusia.—La democracia social en Francfort.

29 junio 51.

En los primeros días de la semana actual escribí una extensa carta al General de Gerlach; Mr. de Rochow me había dicho de su parte que mi silencio le desagradaba.

Me ocupo constantemente en encontrar un Ministro de Hacienda; he pensado en Mr. de Lamprecht, en el Ministro Vonder-Heydt, en el Presidente de Vedell y en otros, sin haber podido decidirme á proponer ninguno. No conozco ni poco ni mucho el personal superior. Si me ocurriese el caso de tener que elegir un colega, lo haría sin tomar en cuenta su reputación de hacendista, y sí tan sólo mediría la honradez de sus ideales políticos y su valor moral, pues yo entiendo que la parte técnica es de la incumbencia de los empleados del Ministerio. La importancia de un miembro del Gabinete está muy por encima de las condiciones mercantiles de una superior inteligencia, á la cual correspondería la jefatura del estado mayor general del Ministerio de Hacienda. *Le mieux est l'ennemi du bien* (1), y si uno de los candidatos á quienes se designa vale más que el actual Director de Hacienda, su entrada en el Ministerio sería de desear, aun dado que no fuese más que un mediano hacendista.

(1) En francés, intercalado en el texto alemán.

Desde mi llegada aquí, empecé á desconfiar de las deliberaciones de la Dieta; pero los resultados son todavía menos satisfactorios de lo que yo esperaba. Sin duda alguna, necesario es que nos sometamos á esta prueba, como dice muy bien V. E. en su carta. Haré todo lo que sepa, mas no creo equivocarme al decir, que á no sobrevenir acontecimientos imprevistos é imposibles de prever, bien pronto consideraremos la Dieta como un órgano particularmente destinado á ventilar ciertas cuestiones de policía y de servicio militar, renunciando á encontrar en ella el desarrollo orgánico de la política alemana, y concretándonos á buscar satisfacción á nuestras necesidades bajo este punto de vista por medio de convenciones aisladas sobre las aduanas, la legislación y el ejército, en el recinto de los territorios que la naturaleza nos ha asignado.

En la Dieta se hace poco caso de los intereses comunes de los Gobiernos alemanes; se aprecia torpemente la necesidad de la cohesión y subordinación recíprocas, de suerte que á los ojos de un observador minucioso, ofrece más bien la imagen de un *bellum, omnium contra omnes*, que la de una unión para un fin común. Las pequeñas cortes, todas parecen esperar mucho de la Dieta á cambio de servicios de poca monta. Cuando se ha tratado de la exclusión de nuestras provincias, aun nuestros mejores amigos vacilaron de una manera notoria en unirse con nosotros, hasta que por medio de algunas alusiones hice entrever á todos que si la Prusia encontraba una oposición estéril hasta en las cuestiones que sólo á ella conciernen, podría perfectamente hacer caso omiso de la Dieta, viéndose forzada, apesar suyo, á tomar una actitud pasiva, reconvirtiéndose en sus propias fuerzas.

De nuestros aliados nada podemos esperar gratuitamente, es decir, invocando sólo la razón y la buena voluntad; sino que puede decirse que el límite hasta el cual vendrán á buscarnos, está marcado por las ventajas que nos sea dado prometerles, ó por las desventajas con que podamos amenazarles. Esta disposición, bien marcada á mi modo de ver, de los demás Estados, el Austria comprendida, nos coloca en la necesidad de no poder atenderles por pura complacencia y sí de

hacerlo siempre reclamando concesiones equivalentes, incluso en el caso de que nada nos costase prestarles un servicio.

Dígnese V. E. excusarme esta expectoración á que me ha impelido el recuerdo de la conducta de todos en la cuestión de la exclusión de nuestras provincias. El Conde de Thun ha recibido ostensiblemente instrucciones en las que se le dice que nos apoye con actividad en este asunto, y ayer mismo me prometió la ejecución rápida de su cometido; pero añadió que la mayoría no depende de él, y que haríamos bien en negociar con cada uno de los delegados, por separado, á fin de convencernos de que son muchos los que no se fían de las intenciones de Prusia.

Tuvo hasta la *ingéniuté* (1) de afirmar que los demás Embajadores, conformándose con nuestros deseos, temerían dificultar más aún la entrada de toda el Austria en la Confederación. Esto es, en efecto, lo que el Austria teme, y apesar de su aparente benevolencia, no buscará, sin duda alguna, allanarnos el camino. Los otros Estados no tienen interés ninguno en que la Prusia del Este pertenezca ó no á la Confederación, y de aquí que sus vacilaciones no puedan explicarse más que por un cambio en favor del Austria.

Mr. de Nostitz (2) escudándose con la inquietud que produciría en la opinión pública la retirada de Prusia, dice que no acierta á decidirse antes de recibir instrucciones sobre el asunto. Mr. Schele está dispuesto á votar nuestra proposición con tal de que se la funde en motivos de conveniencia basados sobre la política interior de Prusia y de que ésta no invoque la derogación formal de los decretos anteriores. Los otros no han hecho hasta ahora más que afirmarme su buena voluntad para con las proposiciones prusianas, si bien poniéndome de manifiesto las dificultades de forma que presenta la actual proposición.

Mañana continuaré mis negociaciones. Schele y Oertzen (3) son los más francos de todos estos señores. Ambos parécen-

(1) En francés, en el texto.

(2) Delegado de la Sajonia.

(3) Mr. Oertzen, delegado del Mecklembourg.

me favorables á la entrada de todas las provincias de Prusia y del Austria, y buscan convertir á los adversarios del proyecto.

Los Ministros de Baviera y del Wurtemberg se mantienen dentro de una extrema reserva; difícil es distinguir si la frialdad que han manifestado últimamente respecto al Austria es falsa ó real.

Mr. de Otterstedt (1), debiendo empezar el martes á hacer uso de licencia, me entregará mañana en Darmstadt la dirección de los asuntos corrientes. Considero el desempeño de estas funciones como un aprendizaje de la rutina administrativa, y por adelantado pido á V. E. sea indulgente conmigo si me muestro algo novicio.

La marcha serena y firme del Gobierno respecto á los Estados provinciales me hace esperar un cambio favorable á nuestra situación interior: es preciso que los nobles tengan una noción exacta de sus deberes y que procedan con decisión, sin apresurar al Gobierno, con quien deberían ponerse antes de acuerdo á fin de marchar de frente con él sin comprometer al Ministerio.

Desearía asistir á una de las asambleas provinciales en Sajonia ó en Pomerania y poder trabajar mi reelección en el caso de que fuese necesaria, pero no creo tener bastante libertad para poder alejarme de Francfort el tiempo preciso.

Witzleben (2) será siempre *pater dubiorum*, como V. E. le ha calificado con tanto acierto.

Las escaramuzas que sostienen la *Gaceta de la Cruz* y la *Gaceta de Prusia* son deplorables; el público atribuye siempre á síntomas de esta clase un sentido más profundo del que tienen, bajo el punto de vista práctico, para aquel que se encuentra entre bastidores.

Me dice Mr. de Rochow que el 1.º de julio hará una memoria sobre el cambio de personal en Francfort y que espera poder marcharse dentro de pocos días.

(1) Barón de Otterstedt, Ministro residente de Prusia en Darmstadt.

(2) Primer presidente de la provincia de Sajonia.

Si S. M. abriga todavía la intención de nombrarme para el puesto de Mr. de Rochow, y hasta ahora no tengo razón ninguna para suponer lo contrario, la elección de los demás miembros de la Embajada corresponderá á V. E., Mr. de Jüner no parece dispuesto á quedarse aquí por cuestiones de orden personal, y á mí me sería difícil, joven y novicio en este cargo, encontrar un colaborador competente y agradable.

Para los asuntos del servicio propiamente dichos, aparte la lectura y redacción de la prensa, podrá bastarme Rudloff si el trabajo no se agrava, pero no podrá bastarme para lo que respecta á las relaciones personales y sociales, fuente de noticias que no es posible adquirir por otros medios. Para el caso se necesita una persona de la aristocracia, hombre de mundo y conocedor del francés. Tal vez haya alguno en estas condiciones.

La democracia en Francfort continúa trabajando el terreno abiertamente por medio de reuniones, distribuyendo hojas sediciosas y constituyendo sociedades. Sus agentes más activos y los más capaces, parecen ser Hadermann y Teodoro Schuster. Pero toda esta agitación no da resultado alguno digno de mencionarse; únicamente sirve para poner de manifiesto la absoluta debilidad de la policía urbana, ó más bien, la ausencia total de ésta. Su jefe, el senador Herremberg, está en connivencia con la democracia, y por lo tanto, es poco severo.

Incluiría á mi carta algunos de los informes del agente, si creyera que V. E. podía encontrar en ellos algo que difiriese de lo que de ordinario ocurre.

(Se continuará.)





JUEGOS LITERARIOS

SUMARIO

Síntoma de decadencia.—Conceptismo y gongorismo. Ledesma. Bonilla. Fuster. Gracián. El autor de *El Macabio*.—Alegorías. Oda de la Nave. La Barquilla. Los Autos Sacramentales. La Divina Comedia.—Équívocos. El tomar de las mujeres. Derivación. Paronomasia.—Enigmas. Acertijos.—Juegos de letras. Aliteración. Fuga de vocales. Idem de consonantes. Anagrama. Acrósticos. Anacíclicos. Logogrifo. Inscrición.—Juegos de sílabas. Asonancia. Semilicadencia. Charada.—Juegos de palabras. Retrúecano. Versos correlativos. Ofitos ó serpentinos. Letrillas. Chanzoneta de Juan de Timoneda. Glosa.—Letra y pintura. Jeroglífico. Emblema. Empresa. Grifo. Gracián y Rengifo.

I

SÍNTOMAS DE DECADENCIA



GEFECTO, sin duda, de la decadencia que sufren las letras españolas, se ha desarrollado á los juegos y pasatiempos literarios, que se llaman «logogrifos, acertijos, charadas, anagramas,» etc., una afición escandalosa.

Innecesario es decir que composiciones de este jaez son vanos ejercicios retóricos, fruto de paciente elaboración, no de inspiración verdadera.

Se ha dicho, censurando unos versos acrósticos:

Esos versos que ves tan adornados,
no son efecto, Mirta, de gran ciencia:
por pintor, no poeta, son formados,
más que obra de talento, de paciencia;
y aunque, hacia varias partes ordenados,
siempre tienen su cierta inteligencia
y forman con las letras mil juguetes,
no son sonetos, sino sonsonetes.

Precisamente este linaje de producciones aparecen en épocas de decadencia. La literatura griega ofrece de esta verdad múltiples ejemplos. Metrodoro hizo treinta problemas de geometría y astronomía. *Bufón* es la solución de un enigma de Juliano. Teon de Alejandría encierra en un solo verso todos los nombres de los dioses héroes que dan nombre á los días de la semana. Muchos versistas escriben poesías, digámoslo así, en forma de lira, de guadaña ó de rueca, celebrando las excelencias de la rueca, de la guadaña ó de la lira.

Largo sería recordar los antecedentes históricos de los versos *escabrosos*, que aparecen en la vejez helénica y en la vejez latina. Sonoras y difíciles vaciedades florecieron también en nuestra época revolucionaria, asemejable á la del Bajo Imperio; porque si no reverdeció las disputas de aquellos bizantinos que se entretenían en cantar, uno por uno, los versos de Homero, y las veces que tal ó cual letra se repite en la Iliada ó en la Odisea, puso en tela de juicio ante ignorantes muchedumbres, las cuestiones mas elevadas, rebajó y avillanó las bellas letras hasta un extremo de prosaísmo inconcebible, y aficionó las gentes al acertijo y la charada, de que fué un apéndice del *Cencerro* infatigable propagandista.

Sin desconocer la necesidad de la instrucción popular, rechazamos el bárbaro sistema que carga el estómago de muchos y mal condimentados manjares, que hacen muy laboriosa la digestión, si no imposible.

El fruto de esta ilustración que invade como furiosa avenida de un río campos mal cultivados ó roturados apenas, es una lamentable confusión de ideas, que paran en escepticis-

mo espantoso, y un gusto literario que prefiere lo fútil á lo sólido, el epigrama á la sátira, el ingenio á la inspiración y á lo racional lo extravagante.

Tócanse en este punto los extremos: las ilustraciones incipientes, y las literaturas caducas. Que no sólo el erudito alexandrino juega con el vocablo y es acróbata de ideas; el escaldado, antiguo bardo de la Escandinavia, canta en estrofas sujetas á cierto paralelismo y encadena los conceptos y las palabras á reglas artificiosas.

Como el médico estudia á veces la historia de las enfermedades epidémicas y los síntomas de que se han revestido en diferentes períodos y naciones, vamos á estudiar, para solaz y escarmiento á la vez, los juegos literarios que han nacido en el terreno de la poesía como la cizaña en medio de los trigos.

No corresponde la utilidad al trabajo, pero aunque sea dura y sin provecho esta enojosa tarea, vamos á intentar una descripción y clasificación de los alardes de ingenio más notables, comenzando por ligeras indicaciones acerca de dos escuelas de funesta celebridad, origen de prodigiosos desatinos. Con el conceptismo y gongorismo se relacionan íntimamente la alegoría y los equívocos: la primera, que abusa del doble sentido, literal y metafórico, de las palabras, y los segundos, que son también abusos del doble aspecto que ciertas frases ostentan. Los enigmas y acertijos que, para ejercitar ociosas imaginaciones, oscurecen de intento la definición de las cosas, no vienen mal inmediatamente después del equívoco. Y á seguida, por orden riguroso, se colocan los juegos de letras, de sílabas y de palabras, que se cierran y rematan con esos poemitas híbridos, mezcla de letra y pintura, que se denominan empresas, emblemas y jeroglíficos.

Y apesar de tantas y tan peregrinas extravagancias, sería temerario afirmar que se han apuntado la mitad de los juegos literarios, abortados por el numen fecundísimo de retóricos y copleros.

II

CONCEPTISMO Y GONGORISMO

Cierto es el axioma: tanto se peca por carta de más como por carta de menos. La pobreza y la exuberancia de imaginación originan engendros igualmente absurdos. En España, por desgracia ó por fortuna, se ha derrochado el ingenio, como se derrocha todo, empezando por el tiempo.

La escuela conceptista tuvo por padre á Alonso de Ledesma. Muchos escritores devotos la formaron y ampliaron, y Quevedo la favoreció con su caudal inagotable de equívocos y retruécanos.

Los caracteres de esta escuela son: la exageración, la sutileza, la agudeza recóndita, la misteriosa alegoría, exceso de metáforas y alambicamiento tal que llega á la más oscura y desatinada metafísica. Pero no se confundan estos escritores devotos, entregados á los devaneos del concepto, con los ascéticos ó con los místicos, que se inspiran, sin desvariar, en los sentimientos religiosos.

El patriarca de la tribu dice á San Lorenzo:

Seréis sabroso bocado
para la mesa de Dios,
pues sois *crudo* para vos
y para todos *asado*.

Fuente de agudezas de esta laya son *Los conceptos espirituales* y *Monstruo imaginado*, de Ledesma. Y no menor el *Nuevo jardín de flores divinas en que se hallará variedad de peregrinos pensamientos*, obra de Alonso Bonilla.

Fuster es autor de este famoso soneto:

Longinos hiere á Dios tres veces ciego:

ciego del cuerpo, como se ve claro;
 ciego del alma, sin buscar reparo,
 y ciego de la cólera y su fuego.

Llegó á la cruz, con gran desasosiego,
 para acabar un hecho feo y raro,
 el cual, aunque costarle pudo caro,
 le dió la vida y le causó sosiego.

El hierro de la lanza que llevaba
 le sirvió de eslabón, Cristo de piedra,
 la cruz de yesca para sus enojos.

Hirió el pedernal con furia brava,
 sacó fuego de amor, y tanto medra
 que vino á ser la lumbre de sus ojos.

Aquí hay prosaísmo y conceptismo, pero no la entonación,
 el énfasis, la hinchazón morbosa del culteranismo.

Góngora es el patriarca de la escuela. Dícese que todos los ingenios cordobeses, desde Lucano y Séneca, están manchados con el virus de este mal, pero no se manifiesta con todo su aparato hasta que viene al mundo Don Luis de Góngora y Argote (1561-1627).

Síntomas: los mismos defectos de los conceptistas, pero exagerados, y un lenguaje ultra-metafórico, lleno de audaz hipérbaton, y entonado, campanudo y retumbante. De esta manera de hablar encumbrada y ponderativa, y de sus locos partidarios, dijo Lope de Vega:

Gente ciega, vulgar y que profana
 lo que llamó Platón culteranismo.

Sabido es que Lope y Quevedo se opusieron denodadamente á la invasión del gongorismo culterano, pero tuvieron que abrir paso á la corriente, al fin vencedora, como

.....la fiera
 corriente del gran Betis, cuando airado
 dilata hasta los montes su ribera.

El Marini español, el célebre Góngora, desatina de este modo:

Era del año la estación florida,
 en que el mentido robador de Europa
 media luna las armas de su frente,
 y el sol todos los rayos de su pelo,
 luciente honor del cielo,
 en campos de zafiro pace estrellas...

¡Y había quien pacía y aplaudía estos desatinos!

Pacer es.

Gracián, que fué el preceptista de la escuela, da así testimonio de la aplicación de sus reglas sobre la *agudeza y arte de ingenio*:

Después que en singular metamorfosi
 con talones de pluma,
 y con cresta de fuego,
 á la gran multitud de astros lucientes,
 gallinas de los campos celestiales,
 presidió gallo el boquirrubio Febo
 entre los pollos del tindarso huevo.

¡Gallinero poético-astronómico!...

En estas escuelas hermanas, culterana y conceptista; y en el prosaísmo que lógica y cronológicamente les sucedió, abundan los desdichados ejemplos de juguetes literarios.

El versificador que sintetiza estas varias y malhadadas tendencias, el gran alumno de Ledesmas, Góngoras y Gracianes, fué Miguel de Silveyra, autor del poema heroico-enigmático *El Macabeo*, charada interminable, rompe cabezas sempiterno.

Botón de la muestra:

Ostentaba purpúreos arreboles
 Rosmira al campo en el vulcáneo adorno,
 eclipsando de bélicos faroles

mortal vislumbre, que la ciñe en torno;
fulminan de su eclíptica dos soles,
con que abrasaba el bárbaro contorno...

Y baste.

III

ALEGORÍAS

Según los preceptistas de literatura, es tropo de sentencia la alegoría. Dícese la cláusula que, en virtud de una comparación tácita, presenta completos dos sentidos: el literal y el intelectual.

Es una especie de metáfora, la cual se define: expresión de una idea por el signo de otra con la que guarda analogía ó semejanza: el invierno de la vida, la vejez del año, la flor y nata de la villa. Alegorismo ó metáfora continuada es la alegoría que toma en sentido propio algunas palabras de la oración y otras en sentido figurado.

¡Cuánto se ha abusado de la alegoría! Ha llegado á formar, no sólo trozos de poesías, sino composiciones y libros enteros.

La oda de Horacio, en que da consejos á la república, simbolizada en una nave, ha merecido grandes elogios. Multitud de traductores la han vertido al castellano.

Los poetas ó gramáticos Juan de Almeida, Francisco Sánchez de las Brozas y Alonso de Espinosa, tradujeron la oda alegórica del lírico latino y remitieron sus versiones al maestro Fray Luis de León, con una carta en que le suplicaban fallase cuál de los tres había interpretado mejor al célebre Horacio. Fray Luis, con discreción y modestia, contestóles: «...quiero ser marinero con tan buenos patronos y no juez..., y así yo también envío mi nave, y tan mal parada como cosa hecha esta noche.» Excusado es decir cuál de las cuatro es la mejor. La de Burgos—y ya son cinco—termina de este modo:

¡Ay! teme ser juguete de los vientos,
tú que ocasión de tedio y de zozobra
me fuiste un día, ahora de deseo
y de inquieto cuidado.

Huye, huye las ondas espumantes,
que bañan á las Cícladas brillantes.

Unánimes están los críticos en ver la república en la nave,
las guerras civiles en las olas y las tempestades, y el puerto
en la unión y la paz.

A la alegoría apelaba Lope de Vega al cantar su *barquilla*:

Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada

y entre las olas sola.

¿A dónde vas perdida?

¿A dónde, dí, te engolfas?

Que no hay deseos cuerdos

con esperanzas locas.

Alegóricos, y de otro modo no podían ser, admirablemente alegóricos son los *Autos Sacramentales*. Calderón simboliza en los suyos los sentidos y facultades del hombre, los vicios y virtudes, las religiones y los pueblos todos.

Los personajes de *La siembra del Señor* son «El Padre de Familia, Emanuel su Hijo, San Gabriel, Adán, La Fe, El Sueño, La Idolatría, El Judaismo, La Apostasía, Labrador 1.º, 2.º, 3.º y 4.º.» Los que figuran en «A tu prójimo como á ti» son «La Culpa, San Pedro, El Mundo, El Demonio, La Lascivia, El Hombre, El Deseo, La Gracia, El Lucero, Un Levita, La Aurora, El Samaritano, El Sacerdote, La Penitencia, La Noche, Dos Hombres y dos Mujeres.» ¿Cómo, sin alegorías, representar entidades abstractas? El genio de Calderón usó, como el Dante, de este doble sentido que en poetas de menos talla ha sido origen de mil necedades.

Todo en la *Divina Comedia* es misterioso. Tiene los cuatro sentidos, literal, alegórico, moral y anagógico. La selva os-

cura, en que se pierde el Dante al llegar á la mitad del camino de su vida, es, según estas interpretaciones, la anarquía de su época; la ignorancia que producen las pasiones, y la misma ciudad de Florencia. Sea lo que fuere de estas explicaciones y de las otras muchas que se hacen del gran poema, la verdad es que tienen su fundamento en las mismas palabras del poeta florentino. Él dice en un terceto que los que tengan sana inteligencia, procuren sondear los arcanos de sus versos.

IV

EQUÍVOCOS

Equívocos, según los retóricos, son las voces que pueden tomarse en diversas acepciones, ó cuya significación conviene á cosas muy distintas. No se confundan con las palabras *homónimas* ni con las *sinónimas*. Estas expresan una idea principal modificada por algunas accesorias: *despejo*, *desparpajo*, *desvergüenza*, *descaro*, etc. Aquéllas son palabras derivadas de distintas raíces, y que, por extraña casualidad, se escriben de la misma manera: *amo* (dueño) y *amo* (indicativo de amar).

Juan de Salinas juega largamente con el verbo *tomar* en la siguiente composición. La titula:

OVILLEJO

El tomar de las mujeres

Toma la leche por *tomar* Bibiana,
y madruga á *tomarla* la doncella,
por *tomar* aunque sea la mañana.
No hay orín como ella
con aquello que trata;
que el orín *toma* el hierro, ella la plata;
y del más miserable y del más pobre.

toma á lo menos cobre
 en forma de dinero;
 y en fin, *toma Tomasa* hasta el acero;
 que sin mirar la niña en calidades,
toma el metal de todas las edades.
 Por casos muy livianos,
 suele *tomar* el cielo con las manos;
 y como en el *tomar* funda su gloria,
toma todas las cosas de memoria
 que se pueden *tomar*, y tan de veras
toma el *tomar* de todas las maneras,
 (no es esto testimonio)
 que por *tomar*, se *toma* del demonio.
 Hasta purgas me dicen que ha *tomado*,
 y que, por no soltar, nunca ha purgado.
 Pero las bolsas de infinitas gentes
 las deja con sus *tomas* más dolientes.
Toma ojeriza y *temas*, *toma* asuntos,
 y calcetera fué por *tomar* puntos.
 Cuando *toma* mohinas,
 se llega á consolar *tomando* esquinas.
 Consejo de *tomar*, *toma* de todos,
 por *tomar* de ambos modos.
 Nunca está sin *tomar*, que por costumbre,
 cuando ál no *toma*, *toma* pesadumbre.

En realidad, este mal llamado ovillejo de Salinas, es un ejemplo de la figura de dicción, llamada *derivación*, porque reúne en la cláusula palabras derivadas de un mismo radical.

La victoria el matador

abrevia, y el que ha sabido

perdonar la hace mejor;

pues mientras vive el *vencido*,

venciendo está el *vencedor*.

Como muestra de verdadero equívoco, se cita esta muy trillada:

Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y á quien otros llaman *vino*
porque nos *vino* del cielo.

Hay otra figura retórica, la *paranomasia*, por la que se juntan palabras que, sin ser equívocas, se diferencian sólo en alguna sílaba ó letra.

A muchos peroradores de nuestros congresos y ateneos cuadran estos versos de Fr. Diego González:

Para *orador* te faltan más de cien,
para *arador* te sobran más de mil.

Alarcón dice en una de sus comedias:

—¿Queréis no ser majadero?

—¿Así á un pobre se responde?

—¿Este *es conde*? (*Ap.*)

—Sí; éste *esconde*
la calidad y el dinero.

La alegoría, como el equívoco, son cosas necesarias en composiciones poéticas de cierto linaje. Unas por abstractas y metafísicas, otras por festivas y burlescas, necesitan usar de misteriosos velos que revistan sus ideas, ó de alambicadas agudezas que permitan clavar, sin producir alarma, el aguijón de la crítica.

V

ENIGMAS.—ACERTIJOS

Enigma es, según el Diccionario de la Lengua, sentencia oscura ó proposición intrincada y difícil de atinar.

Los poetas han descrito enigmáticamente muchas cosas, con el propósito de lucir su ingenio y estimular la curiosidad del lector.

Jáuregui hace decir al *torno de las monjas*:

Un cierto alcahuete soy,
tal, que la más encerrada
suele ser de alguno hablada
y yo de por medio estoy.

Así que soy bueno y malo,
y aunque pesado, ligero,
á las palabras tercero
y á las obras intervalo.

Por mandados diferentes
en pie siempre me sostengo;
voy con billetes y vengo,
y llevo y traigo presentes...

El mismo poeta forma con una palabra varios enigmas,
desmenuzándola como charada.

Hela aquí:

Si en las jarcias de la nave
suelo oler á pez y á brea,
parte de mi forma fea
despide un olor suave.

(Esto es, *aroma*.)

No presumo de discreta,
ni soy de las muy letradas,
mas tengo letras sobradas
para ser grande poeta.

(Maron, en latín *Maro*.)

Lo esparcido y lo salado
tengo hablando por tres,
y á vueltas cierto revés
con un amor solapado.

(*Maroma* y *amor*.)

Mi linaje nunca tuvo
 noble estima ni renombre,
 mas en cuatro de mi nombre
 diademas y cetros hubo.

(En la ciudad de *Roma*.)

La gente del campo es aficionada á ciertos enigmas que dicen *acertijos*. Son descripciones toscas, casi siempre muy diáfanas, de los caracteres más externos y de bulto de frutas, flores, pájaros ú otros objetos al alcance de vulgar inteligencia.

Verbigracia:

Es larga y negra,
 tiene pezón,
 las rayas blancas
 y buen sabor.

¡A cuántos chicos se les hace la boca agua recordando el azucarado fruto de la higuera!

De estos fáciles enigmas y de otros semejantes, que no ya en los cortijos, sino en los salones eran pasatiempo de las tertulias, dicen se burló Quevedo de esta manera ruda:

Es el mejor ornamento
 de la cabeza del hombre:
 es el sombrero mi nombre...
 ¡adivínalo, jumento!

Dudamos que sea del eminente satírico ese feroz epigrama, pero no menos cruel lo merecen los que creen haber hecho una obra de romanos acertando, después de dos ó tres días de laboriosas investigaciones, esos enigmas pueriles y ridículos.

VI

JUEGOS DE LETRAS

Las figuras retóricas, que con sus nombres exóticos y sus innumerables especies abrumaban la memoria y fatigaban inútilmente la inteligencia de los escolares, han sido uno de los más fecundos manantiales de los torcedores de vocablos y gimnastas de conceptos. Allí han bebido la aliteración, cuyo sonsonete es para algunos críticos sistema rítmico de ciertos idiomas. Los preceptistas citan esta repetición de letras, esta aliteración verdaderamente onomatopéyica:

Luctantes ventos tempestatesque sonoras.

Que es buena como armonía imitativa ó expresiva, no por ser figura de dicción.

En juegos de letras se fundan la fuga de vocales, la de consonantes, los versos acrósticos, los anacíclicos, algunas inscripciones y otras combinaciones que vamos á apuntar.

Fuga de vocales. De alguna copla, que no debe ser muy desconocida, para no atormentar mucho el caletre de los que buscan la solución, se suprimen al escribirla todas las vocales, sustituyéndolas por puntos:

C..nd. q..s. n. q..s.st.

. .h.r. q..q..r.s n.q..r.

p.s.t. l. v.d. ,tr.st.

q. y. l. p.s. pr.m.r.

Fuga de consonantes: aquí las que se escriben son únicamente las vocales.

.o .e e..a.o.é .e. ai.e

.e. ai.e .e u.a .u.e.

.o.o .a .u.e. e. ai.e
e. e. ai.e .e .ue.é

Anagrama se llamaba por los antiguos retóricos la composición, en la cual, de todas las letras de un nombre, ó de una palabra cualquiera, colocadas arbitrariamente, resulta otra palabra ó nombre, que se interpreta como censura ó alabanza del primer vocablo.

Lógica engendra á *Caligo* (oscuridad, lobreguez).

De *Ursula* se forma *Laurus* (que es llamar laurel á una bella).

Calvinus produce *Lucianus*. (El hereje se compara al satírico y escéptico poeta.)

Corpus forma á *Porcus* (porque, en sentido ascético, el cuerpo es cerdo; puerco, montón de materia).

Ignatius de Lojola se traduce, por algún admirador del fundador de la Compañía de Jesús, *O ignis á Deo illatus*.

De *Galenus* resulta *Angelus*.

Un poeta dijo de este encomiástico anagrama:

Angelus es: bonus anne malus, Galene? Salutis
humanæ custos; angelus ergo bonus.

Humanam tamen heu! quoties, Galene, salutem
arte mala turbas, angelos ergo malus.

(Eres ángel en verdad; pero bueno ó malo, Galeno? Si conservas la humana salud, ángel bueno eres; mas cuantas veces la alteras, tantas eres ángel malo.)

Se acostumbra formar un nombre nuevo con las letras del bautismal ó de familia, y firmar con él aquellos escritos que, por su carácter especial, no merecen la firma legítima. El higienista Monlau se firmaba á veces *Noluma*.

Los versos acrósticos forman sentido con sus iniciales. En algunas obras se encuentra indicado de ese modo el nombre del autor. *Pentacrósticos* son combinaciones extravagantes de letras, al principio, al medio ó al fin de los versos. El *Piston*, célebre periódico del laberíntico Estrada, ofrece miles de ejemplos. A falta de ellos, citaremos otros:

Nal lo hiciste, escritor conceptuoso:
 Ignoras que el ingenio no es el numen;
 Quárdate de artificio misterioso,
 Único ornato de vulgar cacumen.
 El que sólo retóricas respeta,
 Progra hacer coplas, pero no es poeta.

El nombre de Jesús y su misión divina se expresan en estos versos latinos:

Ille, sacrum cuius legis hoc in carmine nomen,
 Virginis castæ sinu,
 Servator mundi, nostrum productis in orbem,
 Cui t omnibus vitam daret,
 Se moriens totum indulsit mortalibus agris.

Anacíclicos son los versos que dicen lo mismo ó lo contrario leídos de izquierda á derecha que de derecha á izquierda.

En castellano:

Dábale arroz á la zorra el abad.

En latín:

Roma tibi subito mortibus ibit amor.

A esto alude la cuarteta:

Roma *amor* dice leído
 al revés, porque su amor,
 más que su fuerte valor,
 todo el mundo ha sometido.

Hay una larga elegía, toda en anacíclicos, atribuída á versificadores del siglo VI.

En otra parte nos ocupamos del *grifo* según le pinta un antiguo retórico. Según el mismo, el *logogrifo* no trata de las

cosas que el grifo, ni como él se forma de palabras y líneas y colores. Consiste en la trasposición y mutación de letras.

En la voz *ovis* quitando la *o* queda *vis*. De ahí el versículo:

Imbellis tota est: caput exime, vis erit illi.

De *navem* suprimiendo la *n* y *m* resulta *ave*. En *aper* hay *pera*, *aer* y *per*.

Hoy el logogrifo es charada, no fundada en la combinación de sílabas, sino en la de letras.

Es el todo cierta prenda
higiénica de vestir;
y en él se encuentra un vocablo
que es signo de duda y
aquello donde yo vivo;
lo que viene á producir
la rosca ó el bollo; cierto
mineral; el más feliz
ceremonial de la iglesia;
el más grato comodín
para descansar; un tiempo
de un verbo, que suele ir
en su acción de dentro á fuera;
yo recibiendo de ti
(puesto que es dar el dativo);
lo que sirve para asir;
madre en novísima forma,
y frases y cosas mil.

Curiosísima inscripción:

T	I	C	E	F	S	P	E	C	N	C	E	P	S	F	E	C	I	T
I	C	E	F	S	P	E	C	N	I	N	C	E	P	S	F	E	C	I
C	E	F	S	P	E	C	N	I	R	I	N	C	E	P	S	F	E	C
E	F	S	P	E	C	N	I	R	P	R	I	N	C	E	P	S	F	E
F	S	P	E	C	N	I	R	P	O	P	R	I	N	C	E	P	S	F
S	P	E	C	N	I	R	P	O	L	O	P	R	I	N	C	E	P	S
P	E	C	N	I	R	P	O	L	I	L	O	P	R	I	N	C	E	P
E	C	N	I	R	P	O	L	I	S	I	L	O	P	R	I	N	C	E
P	E	C	N	I	R	P	O	L	I	L	O	P	R	I	N	C	E	P
S	P	E	C	N	I	R	P	O	L	O	P	R	I	N	C	E	P	S
F	S	P	E	C	N	I	R	P	O	P	R	I	N	C	E	P	S	F
E	F	S	P	E	C	N	I	R	P	R	I	N	C	E	P	S	F	E
C	E	F	S	P	E	C	N	I	R	I	N	C	E	P	S	F	E	C
I	C	E	F	S	P	E	C	N	I	N	C	E	P	S	F	E	C	I
T	I	C	E	F	S	P	E	C	N	C	E	P	S	F	E	C	I	T

El Rey Silo fijó su residencia en Pravia, pequeña villa de Asturias, situada á la izquierda de Nalón, después de su confluencia con el Narcea. Allí fundó el monasterio y la iglesia de San Juan Evangelista. Así nos lo indica la presente inscripción, que leída de más de *trescientas* maneras, siempre dice lo mismo: *Silo princeps fecit*. Hay que empezar por la letra S del centro y buscar en línea quebrada los extremos.

VII

JUEGOS DE SÍLABAS

Las combinaciones que reuniendo ó separando sílabas se han formado, son innumerables.

Conocemos la paranomasia, especie de equívoco. La aso-

nancia, no como parte de la versificación, sino como figura retórica, se funda también en semejanza de sílabas. Las desinencias de algunas cláusulas se parecen. V. gr.:

«Y los pájaros cantaron, y de rocío las flores se cubrieron y los cefirillos blandamente soplaron y los campesinos se despertaron.»

Que tiene parecido con la cadencia semejante ó similitudencia, figura que se comete cuando terminan dos ó más incisos con nombres puestos en el mismo caso ó verbos puestos en el mismo tiempo ó persona. ¿Quién no conoce el *Murciélago alevoso*, de F. Diego González?

Te puncen y te sajen,
te tunden, te golpeen, te martillen,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten y te rajen.

El juego literario de sílabas más vulgarizado es la *charada*. ¿Quién no la ha visto? Es un enigma que se descifra acertando las voces parciales que se forman combinando las sílabas de la palabra total. *Caramelo* se descompone en una parte del hombre (*cara*), un conocido escritor (*Melo*), la ciudad santa de cierta religión (*Meca*), y un dulce, que es el todo. Unas veces la charada no ofrece ilación en su análisis, otras veces parece este un cuento mejor ó peor narrado.

Ejemplo de la primera clase:

La *primera* repetida
dice el pequeño á su hermana;
en la *segunda* y *tercera*
los buques tienen entrada,
huyendo tal vez de *prima*
que en pos de *segunda* marcha;
no recibe, sino *tercia*,
el que una cosa regala;
y mi todo, aquí presente,
pronta solución demanda.

Ejemplo de la clase segunda:

No me *prima tercera* tus caprichos,
 que hay *primera segunda* en tus amores:
 si no me quieres porque nada tengo,
 más que un amor apasionado y noble,
 dímelo, no me engañes, bella *todo*...
 ¿Piensas que *dos y tres* ó ricos hombres
 tu mano pedirán? ¡Ah! no la vendas,
 que la casta belleza de la joven
 no ha de tirarse en tu *segunda prima*,
 para encontrar de un *todo* los rigores.

VIII

JUEGOS DE PALABRAS

La *similicadencia* tanto es juego de sílabas como de palabras.

El *retruécano* tiene aquí su lugar oportuno. Algunos preceptistas hacen de él una figura de dicción por repetición. Estas consisten en repetir una palabra al principio, al medio ó al fin, ó en otro punto ó bajo otra forma en la oración ó cláusula. La reflexión, conmutación, antimetábole ó retruécano, ocurre cuando una frase está compuesta de las mismas palabras que la antecedente, pero invertido el orden y los casos y tiempos; de modo, que la que en la primera fué sujeto, es en la segunda atributo; ó la que primero era nominativo, luego es ablativo.

Bartolomé Leonardo de Argensola, censurando el metafisico de algunos escritores, que ocultan sus verdaderas ideas y sentimientos entre vano follaje de conceptos y palabras, tiene un retruécano en el último de estos tercetos:

¡Oh, cuánto el puro amor se diferencia

del astuto y vulgar, cuando sencillo
se opone á la ambición de la elocuencia!

Este es el alto fin por que le humillo
á que no afile en rimas elocuentes
contra sus esperanzas el cuchillo.

Cuando decir tu pena á Silvia intentes,
*¿cómo creerá que sientes lo que dices,
oyendo cuán bien dices lo que sientes?*

Hay versos cuyo mérito estriba en la correspondencia de las palabras. Se llaman *correlativos*. Las partes de un verso corresponden á las del siguiente; ó cada voz de las que forman el exámetro, á otra del pentámetro; ó existe asonancia entre cada una de las palabras de un verso y las que en el siguiente ocupan lugar análogo.

Curiosa es la inscripción de la campana mayor de Bér-gamo:

—Convoco, signo, noto, despello, concino, ploro
arma, dies, horas, nubila, læta, rogos.

Que de muy mala manera puede traducirse:

—Convoco, abro, señalo, conjuro, anuncio, lloro
armas, días, horas, nubes, gozos, urnas.

Existe una elegía comparando relatos del Nuevo y del Viejo Testamento, composición larguísima, en la cual todos los pentámetros acaban como empiezan los exámetros.

Pero estos versos, generalmente latinos, en que el pentámetro concluye con las mismas palabras con que el exámetro empieza, reciben el nombre especial de *ofitos* ó *serpentinis*.

Marcial, que calificaba de arduas bagatelas ó *nugæ difficiles* estos pasatiempos literarios, hizo versos serpentinis. También los escribió Ovidio:

—Militat omnis amans, et habit sua castra Cupido;
Attice, crede mihi, militat omnis amans.

Como si dijéramos:

—Soldado es el que ama. Campamento
tiene el amor. Soldado es el que ama.

Amor el pecho inflama turbulento:
recia es la lid: amor el pecho inflama.

Las letrillas son un juego de palabras. Uno ó más versos con que se encabeza la composición poética, se repiten luego al final de cada estrofa ó estancia. Asuntos amorosos y satíricos han ocupado generalmente á los autores de estas ligeras y juguetonas poesías.

Chanzoneta llama Juan de Timoneda á la siguiente:

—Aquel si viene ó no viene,
aquel si sale ó no sale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel pensar que es amado
el amante y venturoso,
y tenerse por dichoso,
de verse bien empleado;
si con esto se mantiene,
sin que el seso no resbale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel mirarse de día
ella á él, y él á ella,
y esperar la noche bella,
y hablarle como solía;
aquel cuando se detiene,
aguardando quien le vale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel pensar si me ha oído,
si me ha visto por ventura,
si llegó la hora y postura
que se había constituido;

si en esperanzas se aviene,
y el amor con esto sale,
todito el mundo no tiene
contento que se le iguale.

Aquellas señas que espere
que le señala la dama,
aquel *ce* con que le llama,
aquel decir que le quiere,
aquel *sí* cuando conviene
en cosa que poco vale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

La glosa no es muy desemejante de la letrilla. Cada uno de los versos que sirven de lema á la composición, termina un verso de las estrofas que la forman, las cuales necesariamente son tantas como versos constituyen el lema ó encabezamiento.

Numerosísimos son los ejemplos.

Glosado ha sido el conocido soneto del Romancero del Cid.

Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano...

En una edición de Pamplona, 1706, leemos:

¿Porque, por puertas ajenas
vencidas con tus vitorias,
llamas, pues con con ello ordenas
que esté viva á vivas penas
y muerta para las glorias?

Y pues el trato de amigo
depusiste, y das de mano,
sin ver que justicia sigo,
afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano.

Afuera, pues que quebrarte
la palabra y jura á aquella

en cuya alma te entraste,
y al fin se la lastimaste
por no quedar dentro della.

Mas cuando tu mano fiera
firmó en mi daño ordenado,
aunque el Rey te lo impidiera,
acordársete debiera
de aquel buen tiempo pasado.

Yo soy mujer, y pasión
no me da lugar que pida
al cielo tu perdición,
que si es mi alma ofendida
así lo es mi corazón.

Y aunque por tu causa muero,
no te quiero dar mal pago,
porque yo me acuerdo fiero
cuando te armé caballero
en el altar de Santiago.

Lo que no consideraste
consideran las mujeres,
mas cuando el trato te hallaste,
de lo que eras te acordaste
y olvidates lo que eres.

Esta disculpa te hallo,
pues ya cual fidalgo te armas,
mas sin serlo, aunque vasallo,
mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo.

Al estado te subieron,
que por tu medio perdí,
tu bien y mi mal hicieron,
pues cuanta honra te dieron
tanta me quitaste á mí.

Y guardándole el decoro
del gusto á mi padre amado,
yo, que por tu causa lloro,
yo te calcé espuela de oro
porque fueses más honrado.

IX

LETRA Y PINTURA

Alonso López Pinciano, retórico español del siglo XVI, trata en la Epístola IV de su *Philosophia antiqua poetica* de las diferencias de poemas, entre los cuales cita y define el *Hyeroglyfico*, el *Emblema* y la *Empresa*.

Es jeroglífico—como escribimos hoy—ficción y pintura, sin lenguaje (fonético), modo que usaban para grabar sus ideas los antiguos egipcios, como si para significar simplicidad dibujasen una paloma, y para la astucia una serpiente.

Fundados en esta escritura gráfica, la afición de algunos ha hecho un pasatiempo de los jeroglíficos. En todas las Revistas de literatura se encuentran ejemplos. Son una combinación de figuras de objetos conocidos, de notas musicales y de letras ó sílabas colocadas hábilmente.

El signo de la operación aritmética que se dice suma; un papel de esos que para recoger billetes ó dinero suelen entregarse á falta de documento más serio; un avión, un ruiseñor ó un canario; una mano abierta debajo del alado animal; la sílaba *que* entre innumerables aves cruzando los aires, todo esto forma un refrán vulgar, que es juntamente un consejo dictado por la prudencia.

El *emblema*, según el retórico citado, es poema que tiene cuerpo, la pintura, y ánima, la letra; ésta sobrepuesta, para que sirva de aclaración ó enseñanza de aquélla. No debe ser tan confusa que nadie la entienda, ni tan clara que sin esfuerzo la comprendan todos. Se parece á una inscripción ó epigrama didascálico, por cuanto enseña algo, moral casi siempre. Se diferencia de la empresa en que ésta mira á cosa ó fin particular, y el emblema á fin ó cosa general y elevada.

La *empresa*, por tanto, casi es emblema. Tanto es así, que de las empresas viejas se hacen muchas veces las armas

nuevas. En la posada—casa—del Conde Joannes—Juan—existía, en tiempo del Pinciano, una empresa, cuyo cuerpo lo constituía una doncella, que en la mano derecha tenía una corona de laurel, y en la izquierda una palma, siendo ésta la ánima ó letra: *máxima fuí*. Indicaba que la victoria mayor es vencerse el hombre á sí mismo. Una de las condiciones de este poemita literario-pictórico obliga á descartar las figuras humanas, y las pocas veces que se admiten son á manera de símbolos ó representaciones de seres no humanos. Saavedra Fajardo en sus *Empresas políticas* dió gallarda muestra de estas composiciones.

Un retórico dice que, además del logogrifo, existe el grifo entre los poemas raros. Es un enigma tan oscuro é intrincadamente escrito, que es muy difícil su solución. *Rete* suelen decir en latín, porque confunde *et irretit* al que trata de explicarlo. El P. Laurencio Le Brun suministra casos cien en su *Eloquentia poética*. Vese por ellos que son grifos las figuras, vocablos y letras, que con su disposición, número, colores y acción, expresan generalmente con chiste alguna sentencia ó refrán. Esta definición del retórico aludido asemeja el grifo al geroglífico, usado por distracción y recreo en las Revistas modernas de literatura. Antiguamente se pintó á Cupido enlazando ó rodeando con un lazo el orbe y con esta inscripción: *Omnia vincit amor*.

En otra parte hemos descrito el logogrifo tal como hoy se entiende. Antes de ahora consistía en trasposición y trasmutación de letras. De *Ovis* quitando *o* queda *vis*. De ahí el versículo:

Imbellis tota est: caput exime, vis erit illi.

De *navem* se hace *ave*. En *aper* hay *pera*, *aer* y *per*. Como se ve, no varía mucho de la significación actual del logogrifo y cabe en los juegos de letras.

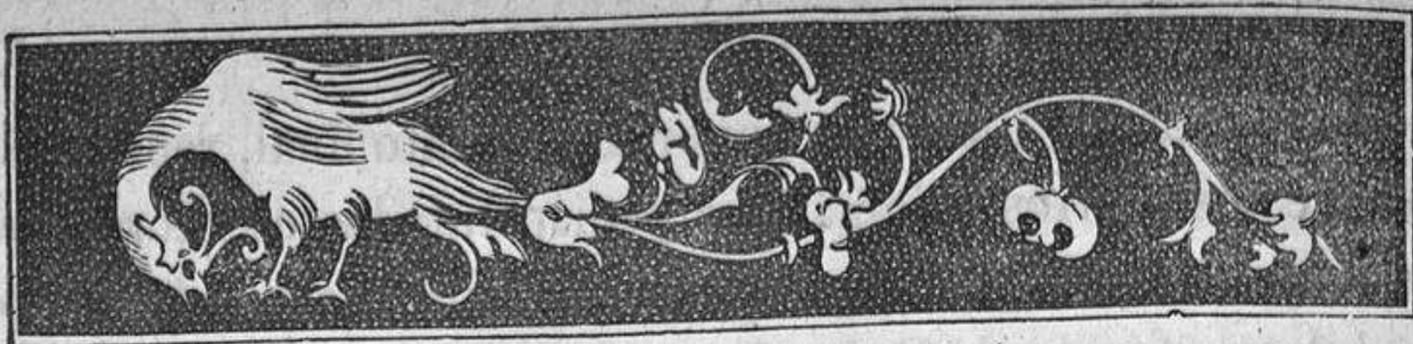
Gracián nos podía suministrar innumerables y curiosos ejemplos de las torturas á que voluntariamente se somete el ingenio, y Rengifo ofrecernos multitud de extrañas combinaciones de versos. Proponiéndonos estudiar bajo mejor aspecto esos autores, y siendo ya muy largo este artículo de ju-

guetes literarios, fuerza es poner aquí punto final, repitiendo sobre estos y otros enigmáticos y disparatados escritores, no los versos célebres de Lope contra los cultos, sino el terceto final de un soneto de Pedro Espinosa, modelo sin duda del de Lope de Vega:

Tú, mirón, que esto miras, no te espantes
si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
así me ayude Dios que no lo entiendo.

M. GUTIÉRREZ.





EXTINCIÓN
DE LA
ORDEN DE LOS TEMPLARIOS
EN LA CORONA DE ARAGÓN

CONCLUSIÓN (I)

LA vida depravada de uno de nuestros hermanos profesos, frey Montfaucón, prior de Montfaucón, en la provincia de Tolosa, en Francia, y la del simple caballero Noffi-Dei, de Florencia, y los delitos de que les acusaban eran tan graves, que el Gran Maestre creyó necesario hacerlos prender y procesar, resultando probados los crímenes. El tribunal, en virtud de sus facultades, les impuso la pena de muerte. Mas sobornados los guardas, escalaron la prisión, y arrojándose á los pies del Rey de Francia, delataron al Gran Maestre y á toda la Orden, acumulándoles delitos tales, que llenaron de horror é indignación al Monarca. Este Príncipe tuvo una entrevista con el Papa en Poitiers, y á instancias de Felipe expidió una bula, á mediados del mes de agosto del año que ha finido, ordenando en ella la inquisición contra los templa-

(I) Véase la pág. 487 del tomo LVII.

rios que existían en Francia, quienes, sorprendidos, fueron todos puestos en prisión durante la noche del 12 al 13 de octubre. Tan descuidados estaban los inocentes templarios, nuestros carísimos hermanos, y tan secretas las operaciones que precedieron á su captura, que ni un solo indicio llegó al conocimiento de los numerosos caballeros que componen la Orden en los dominios franceses.

»Desde luego, un tribunal creado por el Papa á instancias del Rey, compuesto de tres Cardenales, procedieron á formar el proceso inquisitorial. Puestos en cuestión de tormento, declararon muchos, incluso el Gran Maestre, delitos y abominaciones, que horrorizan y repugnan á la razón darles el menor crédito; y estas declaraciones, en sentir de personas cuerdas, no pueden ser menos que arrancadas por el dolor y ratificadas por el miedo, sospechándose fundadamente que el Tribunal obra con sugestión para agradar al Pontífice, de quien se dice está supeditado por el Rey de Francia, en cuyos dominios ha establecido su solio y á donde dicen va á trasladar toda su corte, en detrimento de Roma. Suplicaría con toda humildad al Gran Prior permitiera pasar en silencio las declaraciones de los supuestos reos, pues me atrevo á asegurar, no sólo que son inverosímiles, sino aun destituidas de sentido común.

»Nada de esto, dijo el gran prior; por inverosímiles que parezcan y por monstruosas que sean, decídnoslas, porque es necesario estar al corriente de lo que se nos acusa, para prepararnos á la defensa; y sobre todo, cuando la acusación recae, como veis, contra toda la orden en general.

»He aquí, nobilísimo señor, contestó D. Dalmao, lo que resulta, en compendio, de las diferentes y aun inconexas declaraciones y ratificaciones de los acusados.

»Dicen, pues, que al entrar los caballeros templarios en religión, se nos obliga á renegar del sagrado nombre de Jesús, del de la inmaculada y purísima Virgen María y de los bienaventurados que gozan de la gloria. Que protestamos en el acto y solemnemente que ni Jesucristo es Dios, ni tiene poder para salvarnos; muy al contrario, que si murió crucificado fué por causa de sus culpas y delitos, obligando al adep-

to á escupir á la santa cruz, pisándola por dèsprecio, sobre todo en semana santa, en ocasi3n que los fieles celebran los sagrados misterios.

»Que se les enseña que Jesucristo no existe en la sagrada eucaristía, negando y repudiando los demàs sacramentos de la santa Iglesia, nuestra madre; de manera que, segùn aquellas declaraciones, los sacerdotes templarios no pronunciamos las palabras de la consagración, suponiendo que todo es una pura invención de los hombres. En las juntas en donde preside el Gran Maestro, dicen, absuelve éste todos los pecados, aun los reservados al Sumo Pontífice, y que suele asistir á las juntas generales un gran gato negro (efigie del demonio), y lo adoran puestos de rodillas, como cosa venida del cielo y llena de divinidad. Además, dan culto á un monstruoso ídolo de tres cabezas, ó á una calavera, á la que reconocen como la deidad que prodiga las riquezas, la salud y los demàs beneficios de la humanidad. Dicen que cometemos dentro de la misma Orden el horrendo y nefando pecado de sodomía, y que tenemos por principio que todo es lícito, con tal que produzca honores y riquezas, con otros crímenes, sacrilegios é impurezas, que, á ser verdad, mereciéramos para cada uno de ellos mil muertes.

»Omito explicar las otras heregías y obscenidades, que á mí me avergonzaría relatarlas, y vosotros os escandalizaríais de oírlas solamente, cuyos delitos, dicen, han sido confesados por setenta y dos caballeros, entre ellos recuerdo á Frey Juan de Fomllego, Frey Reginaldo de Trambloyo, prior de la casa del Temple de París, Frey Guido de Nivella, y sobre todo al cubilario de Felipe el *Hermoso*, profeso de nuestra Orden, quien declaró en presencia del Cardenal de Agout, haber tomado el hábito del Temple en la tierna edad de once años, y que al tiempo de profesar apostató la fe, siendo testigo de otras heregías y maldades en el acto del Consistorio general que se tuvo en Chipre, presidido por el Gran Maestro.

»Bien es verdad, añadió, que personas sapientísimas juzgan que no son válidas estas declaraciones arrancadas en medio de los tormentos, y ratificadas por el miedo de repetirlos.

Sin embargo, los procedimientos siguen adelante, y el Rey ha dado cuenta del resultado de tan monstruosas y ridículas deposiciones á los demás Príncipes de la cristiandad, abultándolo á propósito para inducirles á que coadyuven á la extinción de la Orden. A lo que parece, unos príncipes poco cautos han dado entera fe á las declaraciones, y se preparan á perseguir á los de sus Estados; otros menos ligeros dudan y están á ver venir; pero el de Inglaterra se ha negado rotundamente á proceder contra los de su reino, considerándolos inocentes, y que la acusación de los de Francia es un ardid de Felipe para deshacerse de ellos y robar á mansalva sus tesoros.

»Esto es lo que puedo decir en el desempeño del encargo que me confirió mi superior; y cuanto he dicho juro ser la verdad, sin haber exagerado nada y sin que me arguya la conciencia en lo más mínimo en contra de lo referido.

»Cesó de hablar D. Frey Dalmao de Timor, y el Consistorio quedó reducido á un silencio sepulcral. Cada uno de los concurrentes se hallaba tan preocupado por la gravedad del asunto, y tan abismado en profundas reflexiones, que ni aun pensaba que allí tenía otros compañeros. De pronto, un seco golpe dado á la puerta del gabinete llamó la atención de los caballeros allí congregados, sacándolos de su estupor, y pidiendo venia, se presentó el doméstico á anunciar á D. Frey Galcerán de Viure, hermano de D. Bertrán, que acababa de llegar del castillo de Osuna. El gran prior dió su permiso, y se presentó el comendador con muestras de una vivísima agitación. D. Bartolomé de Beluis le ordenó que hablase, y D. Galcerán sacó una larga tira de pergamino arrollada y sellada en uno de sus extremos, que acababa de recibir de Valencia por conducto de los hermanos del Temple de aquella ciudad, en la que venía expresado que el Rey D. Jaime II había recibido letras del Rey de Francia y de Fray Romeo de Brugaria, las que fueron leídas en presencia de los altos dignatarios de la Corona, y en vista de lo que en ellas se decía, había el Rey resuelto conferir el conocimiento de la causa que iba á formarse á los templarios, al Inquisidor general del reino de Aragón D. Fray Juan Llotger,

enemigo irreconciliable de la Orden; esto en 1.º de diciembre, y que en 3 del mismo mes, en una conferencia privada entre el Rey y el Inquisidor general, éste había hecho presente á D. Jaime que convenía proceder desde luego á la prisión de todos los templarios del reino, pues si llegaba á su noticia lo que se había resuelto, ó huirían los más culpables, ó se pondrían en defensa en sus castillos, causando esto una perturbación en la República; y en este último caso no podrían hacerse las indagaciones con la perentoriedad y sigilo tan convenientes en un asunto de tanta gravedad. El Rey, alarmado por las insidiosas observaciones de Fray Llotger, ha consentido en dar la orden de prisión; pero que no obstante del silencio y secreto con que se había procedido, la noticia había cundido, y los de Valencia enviaban este aviso para que no los hallasen desprevenidos.

»No es posible pintar la alarma y exaltación de los congregados al enterarse del escrito. Durante los primeros momentos de confusión, todos hablaban y nadie se entendía, hasta que, algo sosegados los ánimos, procedióse con alguna más calma á calcular, en vista del inminente peligro, cuanto convenía hacer para salvar á sus subordinados. Unos, tímidos, opinaban por la fuga y extrañación del reino; pero, ¿á dónde? El Rey de Francia había excitado el celo de todos los Monarcas de Europa contra los templarios, según hemos visto, y en este caso la huída era sólo mudar de lugar sin evitar el peligro, y era consiguiente la extradición. Otros creían que lo más prudente era presentarse sumisos en presencia del tribunal como verdaderos católicos; pero esto tenía también sus inconvenientes, no pudiendo contar con la imparcialidad de los jueces. Por último, tomando la palabra el Gran Prior, y dirigiéndose á la Asamblea, se expresó de esta manera:

«Creo, señores, que es llegada ya la hora de obrar como
 »hombres valerosos y no la de llorar y lamentarnos como ni-
 »ños ó débiles mujeres. Antes de sucumbir como mansos cor-
 »deros, muramos como fieros leones, toda vez que no son los
 »delitos que nos imputan injustamente la verdadera causa de
 »los ataques contra la Orden, sino el odio inveterado de inte-
 »resadas personas. El que tenga miedo que huya, ya lo coge-

»rán; los que quedemos, sellaremos con nuestra sangre el voto que hicimos como dignos discípulos de Jesucristo, de defender su fe, y la derramaremos toda en pro de su santa religión y en vindicación de nuestro honor mancillado. Soy anciano ya, pero la sangre que circula por mis venas tiene todavía el ardor de mi primera juventud. Ea, señores, demostrémos que aunque humildes religiosos en el santuario, somos caballeros en campaña, y que el sostén del honor de la Orden del Temple forma parte de nuestros votos. Empuñemos las armas y hagamos una defensa heroica. Mejor es morir á los filos de una espada que á manos del verdugo. Quien tema, repito, salga luego de este recinto y no infunda pavor á los que quedemos; y aunque sea yo solo, solo me defenderé hasta que tenga aliento.»

»Al pronunciar estas últimas palabras se levantó, y desenvainando su espada, tan tersa como su conciencia, y que brilló á la luz de la lámpara, se dispuso á salir; pero como si hubiesen todos sido movidos por un resorte, á un tiempo desenvainaron las suyas, electrizados por el razonamiento de su jefe.

»En el ardor del primer entusiasmo y sin contar con los inconvenientes que naturalmente debían surgir de una resistencia aislada, contra toda la pujanza de un Monarca tan poderoso como era á la sazón D. Jaime II, todos protestaron, á ejemplo de D. Bartolomé de Beluis, morir antes que rendirse; y dominando entre aquel bullicio la robusta voz de don Bertrán de Viure, dijo:

«Señores: Puesta la mano en mi pecho y encima de la sagrada cruz de la Orden, juro que aun cuando se entreguen todos los castillos que posee ésta en la Corona de Aragón, el castillo de Castellote, que se halla á mi cargo, será el último que sucumba; y en caso que así no se cumpla, quiero que se me tenga por mal caballero, indigno de ceñir espada y de calzar espuela.»

»Sosegado algo el tumulto, nacido del primer arranque, se convino en que cada uno se fortificaría en su respectivo castillo, defendiéndose á todo trance, hasta agotar todos los recursos, y que el gran prior pondría en conocimiento de los

demás priores y comendadores lo resuelto en esta pequeña asamblea.

»En efecto, D. Bartolomé de Beluis envió sin tardanza emisarios fieles á los priores, comendadores, preceptores y castellanos de Vallfogona, Ascó, Corbins, Barberá, Grañena, Raurell, Espluga de Francolí y otros varios puntos de Cataluña, Valencia y Aragón, enterándolos de lo acordado, y excitándolos á la resistencia; y terminadas estas disposiciones, se retiró el gran prior sin pérdida de tiempo á su fuerte castillo de Monzón, para prepararse á una defensa digna de su esforzado pecho.....»

Por la anterior relación, que tenemos por verídica en el fondo, se viene en conocimiento que prevenidos con anticipación los templarios de la Corona de Aragón, del peligro que les amagaba, y de lo que debían esperar de la dudosa imparcialidad del inquisidor Llotger, se encerraron en sus respectivos castillos, dispuestos á defenderse hasta el último trance, cuyo ejemplo siguieron los restantes de Cataluña de las reguerías de Osuna, Vich, Ripoll, Bagá y Berga, poniendo en un conflicto á los reinos de Aragón.

Vista por D. Jaime la resistencia que oponían los templarios á sus órdenes, mandó á D. Bartolomé Tarin que fuera con las fuerzas reunidas de las tenencias de Alcañiz, Calatrava y Montalbán á sacarlos del castillo de Castellote; á don Alonso de Castellnon, con las gentes de Huesca y Jaca, y con las que le proporcionó D. Artal de Luna, pusiera sitio al castillo de Chalamera; D. Berenguer de Tobía marchó sobre Cantavieja; los vegueres de Tárrega y Cervera sitiaron á los del castillo de Barbará; los de Montblanch bloquearon el fuerte castillo de la Espluga de Francolí, y por fin, D. Artal de Luna, Gobernador del reino de Aragón, de Zaragoza y de Huesca, sacó las máquinas, y la *artillería* de guerra (1), y

(1) Así dice la crónica de donde hemos sacado esta noticia; pero haremos observar, que bajo la palabra *artillería* iban comprendidas en lo antiguo todas las máquinas guerreras que necesitaban *arte* para fabricarlas ó manejarlas, y de esta voz se deriva aquella palabra.

La artillería, tal como hoy la comprendemos, se atribuye á un gran alqui-

con el ejército que tenía á su mando, cargó sobre el robusto castillo de Monzón, defendido por el lugarteniente del gran Maestre el ya mencionado D. Frey Bartolomé de Beluis; de manera que, unos más, otros menos, se resistieron.

Apesar de la energía desplegada por los templarios en esta solemne ocasión, reconocieron que por último habían de sucumbir, y antes de llegar á este extremo recurrieron al Sumo Pontífice con una humilde exposición, manifestando que su resistencia no era movida por el temor del castigo de culpas y delitos que no habían cometido, y que se les atribuían sin fundamento alguno, sino á la parcialidad del tribunal que debía juzgarles y que en derecho recusaban. Que sus obras daban testimonio de la pureza de las doctrinas que profesaban, protestando contra las calumniosas acusaciones de herética pravedad de que se les hacía cargo. Alegaban como prueba de su verdadera fe é incorruptibilidad de costumbres, que en aquellos mismos días estaban en poder del soldán más de sesenta caballeros de la Orden, quienes rechazaban los halagos é instigaciones de los infieles, que á lo sumo no les exigían tanto de mucho de lo que sin razón se les acusaba; prefiriendo la miseria y la esclavitud á las riquezas y goces mundanos que se les ofrecía. Que se admiraban cómo Su Santidad se había dejado sorprender, dando crédito á unas calumnias imputadas por sus enemigos, de crímenes tan re-

mista alemán llamado Bertoldo Schwars, por los años 1434, aunque otros dicen que fué contemporánea del descubrimiento de la pólvora, y la inventó Constantino Anchtzen de Friburgo, en 1330. No sabemos el grado de exactitud que ésto tendrá; pero se asegura que los venecianos usaron ya de artillería, esto es, de pequeñas piezas forradas con planchas de hierro y guarnecidas de aros del mismo metal, parecidas á un tonel, en el año 1376 en el ataque de Claudia-Fossa; mas otros lo adelantan treinta años atribuyendo esta invención á los ingleses, quienes en la batalla de Cresi dada en 1346 consiguieron la victoria por el espanto que inspiró el estruendo y estrago que causaron seis cañones; pero indudablemente en España se usó mucho antes, inventada por los árabes, pues leemos en Zurita (lib. VII, cap. XV) que en 1331, el Rey de Granada, Muley Mohamad IV, poseía unas máquinas cuyo efecto causaba terror; con las cuales combatía los muros, arrojando pelotas de hierro con extraordinaria furia por medio del fuego, que debemos sobrentender con pólvora inflamada, la cual se atribuye á los árabes.

pugnantes como absurdos, sobre todo cuando tantas y tan recientes pruebas tenían dadas á favor de la fe católica.

Que si bien podía suceder que entre tan gran número de personas de que se componía la Orden hubiera algunos pervertidos, no era justo lo pagaran los inocentes, que eran los más, la culpa de los menos; que ellos se presentarían gustosos á juicio, pero que en virtud de la organización especial del Tribunal de la Fe, no hallaban prelado alguno, religioso ni letrado, que se atreviera á defenderlos; en su consecuencia apelaban á la recta justicia de Su Santidad, padre común de los fieles, á fin de que, en vez de nombrar para juzgarlos al tribunal de la Inquisición, eligiera los prelados de sus respectivas diócesis, á donde prometían presentarse sumisos y aun gustosos, sometiéndose al fallo que de ellos procediese, que de todos modos sería justo é imparcial.

El Sumo Pontífice, tomando en consideración tan justas y razonables quejas y atendido á que la Orden se extendía por toda la cristiandad, en 17 de agosto de 1308 desde Poitiers expidió á todos los prelados sus letras apostólicas, cometiendo á los ordinarios de sus diócesis el conocimiento de las causas incoadas en el tribunal de la Inquisición; y además dió separadamente comisiones para que algunas personas determinadas de la Orden fuesen juzgadas particularmente por Concilio metropolitano.

El inquisidor Llotger, que veía que se escapaba de la mano este asunto, tan de su gusto, protestó y no quiso dar cumplimiento á las disposiciones de la Santa Sede, continuando en los procedimientos; los templarios entonces se dirigieron en súplica al Arzobispo de Tarragona D. Guillermo de Rocaberti, rogándole que como Metropolitano de los reinos de Aragón mandase dar cumplimiento á lo ordenado por el Papa; el Arzobispo, que no les tenía mala voluntad, accedió, aconsejándoles que se sometiesen antes, prometiéndoles hacerles justicia, y con estas esperanzas fueron entregando los castillos, siendo los últimos el de Castellote y el de Monzón.

Entretanto se proseguía en Francia con actividad la ruidosa causa de los templarios; sesenta caballeros con el Gran Maestre sufrieron con más ó menos valor el tormento, con-

fesando cuanto se les exigió. En 11 de octubre de 1310 se reunió, según lo mandado por el Sumo Pontífice, un Concilio en París, presidido por Felipe de Marigni, Arzobispo del Sena, examinándose en él la causa de los templarios, absolviéndose á unos, libertando á otros con una simple penitencia, y condenando á cincuenta y nueve como relapsos en la heregía á ser quemados; esta sentencia se ejecutó en un campo próximo á la abadía de San Antonio, sin embargo de las enérgicas protestas que los acusados hicieron de su inocencia. Desde luego se conoció que había andado en ello Felipe el Hermoso.

Casi al mismo tiempo se congregó otro Concilio por Roberto de Courtenai, Arzobispo de Reims, en el que se condenaron al fuego nueve templarios, y ninguno de ellos confesó los crímenes de que se les acusaba.

Un año después, á los 16 de octubre de 1311 tuvo lugar en Viena del Delfinado el XV Concilio general, presidido por Clemente V, asistiendo más de trescientos Obispos, otros preladados inferiores, abades ó priores. El Papa publicó la supresión de la Orden del Temple en la segunda sesión celebrada en 3 de abril de 1312, en presencia del Rey de Francia, que se había empeñado en ello. Pero esta supresión más se hizo provisionalmente que por vía de condena, reservándose el Papa disponer de las personas y bienes de los templarios.

Durante este tiempo el Gran Maestre Jacobo de Moulay permaneció en prisión, y se le hizo pasar sucesivamente de las cárceles de París á las de Corbeil; de éstas á las de Chinón, y vuelto en fin á París, terminó allí su proceso después de haber sufrido el tormento. En el año 1314, el lunes después de la fiesta de San Gregorio el Magno, á 18 de marzo fué condenado al fuego por no haber querido ratificar las declaraciones que le arrancara la fuerza del dolor en la tortura y haberse retractado de ellas públicamente. La ejecución se verificó en el sitio que hoy se llama plaza de Donfine. El Gran Maestre tuvo por compañero en el suplicio á Guido, hermano de Roberto III, Delfín de Auvernia. Ambos al morir protestaron de su inocencia solemnemente.

Es evidente que en España no existía la tenaz prevención

contra los templarios como en Francia, y los tribunales diocesanos fueron muy equitativos, justos y aun indulgentes con ellos, porque desde luego se conoció el interés que movía el animo de Felipe, y el de su hechura Clemente V en su persecución.

Las continuas instancias de las templarios de la Corona de Aragón al Arzobispo de Tarragona para que reuniese un Concilio, le determinaron acceder á tan justa petición, y este acto solemne se verificó en 10 de agosto de 1312 en la capilla del *Corpus Christi*, en los claustros de la Catedral de aquello antigua Metropolitana; asistieron á él los Obispos de Valencia, Murcia, Zaragoza, Huesca, Vich, Tortosa y Lérida, con los síndicos de todos los Cabildos sujetos al Metropolitano, abades, priores de toda la provincia tarraconense.

En este Concilio fueron citados los templarios de la Corona de Aragón, comprendidos los de Valencia, Murcia y Cataluña para juzgarles de los crímenes de que se les acusaba. Se recibieron informaciones conforme á derecho; se examinaron testigos y se efectuaron diligencias en averiguación de su vida y costumbres, para reconocer si se hallaban contaminados de la heregía que se les imputaba. El Concilio, después de bien meditado, se convenció plenamente de su inocencia é inculpabilidad, acordando absolverles de toda censura, y devolviéndoles todo el honor como católicos y leales caballeros, librándoles testimonio del acta.

Leyóse públicamente esta declaración en medio de un inmenso concurso por el secretario del Concilio D. Arnaldo de Cescomes, canónigo de Barcelona (1), en 4 de noviembre de 1312, habiéndose ocupado el tribunal exclusivamente de estos procedimientos cerca de cuatro meses.

Ya antes el Concilio de Salamanca reunido por D. Rodrigo, Arzobispo de Compostela, en 21 de octubre de 1310, con el sólo objeto de ver y fallar las causas de los templarios, oídos los testigos y examinados todos los antecedentes, se les absolvió de toda culpa.

(1) Posteriormente Obispo de Lérida, y en 1334 ascendió á Arzobispo de Tarragona.

Asimismo y con gran disgusto de Felipe de Francia habían sido absueltos los templarios de Rávena, en un Concilio celebrado en esta ciudad, presidido por Reginaldo, Arzobispo legado; comparecieron en él cinco templarios que probaron su inocencia. Dos inquisidores que asistieron al Concilio estaban empeñados que se les sometiera á cuestión de tormento; pero el Concilio en masa desechó esta inicua proposición. Fueron declarados inocentes en 17 de junio de 1310.

En 11 de mayo del mismo año, se había congregado otro Concilio en Maguncia para tratar de los Templarios, y en una de las sesiones, cuando más descuidados estaban los prelados, invadieron el local veintiuno de estos caballeros templarios, acaudillados por Hugo, su comendador, llamado el *Conde Salvaje*, quien dirigiéndose con toda medida y cortesía á Pedro, Arzobispo de Maguncia, protestó contra las inculpaciones que se les dirigían, apelándose de la sentencia al Papa futuro, supuesto que Clemente V obraba con manifiesta parcialidad y sin la libertad necesaria; saludando todos y saliendo del salón con igual medida, sin ofender á nadie. También fueron absueltos plenamente los acusados.

San Antonino y Villaneo defienden de toda culpa á los templarios, y los escritores, casi sin excepción, cuando menos, dudan de su complicidad general, que se atribuye á toda la Orden. Los más prudentes creen, y no sin motivo, que el Papa procedió en estos hechos supeditado por el Rey de Francia; ello es, que en el Concilio general que hemos mencionado, dice que la supresión no se ordena por *juicio definitivo*, sino por sentencia provisional.

Dícese que algunos de los templarios condenados á la hoguera apelaron al *Juicio de Dios* de la sentencia arbitraria, aplazando á Felipe el Hermoso y á Clemente V delante del Tribunal Supremo. Esto será una vulgaridad si se quiere, pero el hecho es, que el Papa no sobrevivió más que un mes á su víctima el Gran Maestre, falleciendo en 3 de abril de 1314, y el Rey de Francia murió desgraciadamente en Fontainebleau de una caída de un caballo, persiguiendo á un jabalí, en 29 de noviembre del mismo año, dejando por herencia á su familia la desgracia y la fatalidad. Sus tres hijos se

sucedieron en el reino con una rapidez asombrosa; murieron todos sin hijos varones; pasando en su consecuencia la corona á la rama colateral de Valóis, con la notable circunstancia de que las tres esposas de estos tres Príncipes fueron declaradas adúlteras judicialmente.

Volviendo á los templarios de la Corona de Aragón, el Concilio de Tarragona se vió muy embarazado sobre la futura suerte, pues según lo dispuesto por el Concilio general de Viena y por el Sumo Pontífice, los bienes debían entregarse á la Orden de San Juan de Jerusalén, exceptuando los de Aragón, que pasaron en gran parte á la Orden de Montesa; así es que los castillos de Monzón, Miravet, Ascó, Chalamera, Pingreig, Selma, Barberá, Pobla de Montornés, Castellote, Vilella, Alhambra, Cantavieja, Peñíscola, Chivert y Horta fueron ocupados por los caballeros de Montesa, y el Concilio decidió que de las rentas de los mismos bienes se diese cóngrua ó los individuos que quedaron en el Temple.

Así trascurrieron algunos años, hasta que el Papa Juan XXII dispuso que los caballeros que fueron del Temple escogiesen cualquier otra religión y entrasen en ella; en su consecuencia, el Arzobispo de Tarragona, D. Eximeno de Luna, ordenó en 4 de enero de 1321 á los que quedaban, obedeciesen la disposición pontificia, y así se verificó, según documentos auténticos.

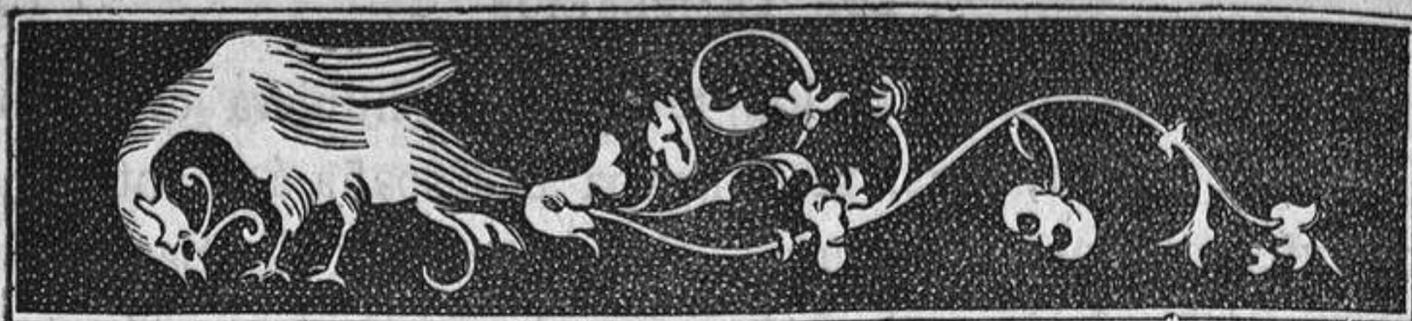
Los Cardenales D. Berenguer Portuense, el de Santa Rufina y Guillermo, Obispo Sabinense, comisarios diputados por Su Santidad en la causa de los templarios, ordenaron al Arzobispo de Tarragona y al Obispo de Huesca, que con censuras y penas mandasen á Raimundo de Ampurias, gran prior de la Orden de San Juan de Jerusalén en Cataluña, que de las rentas de los templarios que se habían incautado, satisfaciese diariamente á los religiosos y sirvientes templarios del reino de Portugal, dos gros de plata para su sustento, supuesto que habían probado su inocencia. La causa que motivaba esta orden anómala y arbitraria fué, que en Portugal se había incorporado de las rentas de los templarios suprimidos la Orden nuevamente creada de los Caballeros de Cristo, y era evidentísimo que no teniendo esta religión otros re-

cursos que los citados de los templarios, hubiera de hecho dejado de existir, y así se obligaba á España á mantener á los extemplarios de Portugal. El gran prior de los Sanjuanistas resistió cuanto pudo á dar cumplimiento á una disposición tan irregular, alegando, entre otras cosas: ¿por qué habiéndose obligado á los templarios españoles á escoger cualquier otra religión, no se precisaba á los portugueses á ingresar en la de Cristo? Mas no pudo resistir á la amenaza de excomuniación que le comunicó el Arzobispo de Tarragona en 16 de agosto de 1321.

He aquí, en compendio, explicado el origen, desarrollo y fin de la infortunada Orden del Temple en la Corona de Aragón, después de doscientos ochenta años de existencia en estos reinos, en donde á su disolución poseía gran número de castillos y pingües encomiendas. No puede negarse que los templarios dieron días de gloria á la cristiandad, peleando denodadamente contra los enemigos de la religión, y los Condes de Barcelona deben á esta ínclita Orden su gran cooperación para acabar de echar á los moros de la alta Cataluña, como lo manifiestan los castillos conquistados por los templarios y que conservaron de Raurell, Vilella, Pobla de Montornés, Vallfogona, Barbará, Espluga de Francolí, Ascó, Horta y Miravet, situados todos en la provincia de Tarragona hasta el Ebro. Su inopinada caída es más bien debida á los celos que despertaron á los Monarcas y al deseo de apoderarse de sus grandes riquezas, que á los supuestos crímenes que se les imputaban. El Rey de Francia, como se ha visto, dió el primer empuje á la Orden, que, hallándose en una pendiente rápida y resbaladiza, cayó para no levantarse más; la ruina de la Orden del Temple fué tan estrepitosa, que su eco resonó por todos los ámbitos del mundo cristiano.

BUENAVENTURA HERNÁNDEZ SANAHUJA.

Tarragona 10 de diciembre de 1873.



MEMORIA

SOBRE EL TEMA X DEL CUESTIONARIO DE LA COMISIÓN PARA LA
MEJORA DE LAS CLASES OBRERAS

X.—CONDICIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LA CLASE OBRERA

61. Relaciones entre los obreros y las otras clases sociales; antipatías ó simpatías, aproximación ó alejamiento entre ellas; influjo en este respecto de la cultura, del trato social y de las maneras.

62. Interés ó indiferencia de las distintas clases sociales ante las necesidades materiales y morales de los trabajadores; asociaciones ó instituciones creadas ó mantenidas por aquéllas en favor de éstos.

63. Interés ó indiferencia de los obreros respecto de la política; si están afiliados á los partidos políticos existentes ó tienden á la formación de otros exclusivamente obreros.



S EÑORES: Es tema el décimo del cuestionario, que abarca y contiene todo el problema social, razón bastante para que no pueda tratarlo cumplidamente en tan reducido espacio, como un trabajo de esta índole requiere, y con tan menguadas prendas como yo para el caso tengo. No podría hacer mucho tampoco, aunque esto no fuera, puesto que la total carencia de datos es parte en España siempre, á que no puedan fenecerse fructuosamente trabajos de este linaje.

Dos clases de estadísticas pudieran servirme ahora para fundar en cifras probables, seguros y positivos razonamien-

tos; mas son tan incompletas, que me parece más fácil el acierto, si prescindo de ellas, que tomándolas como base de argumentación. Opto, pues, por la experiencia irregular y descosida de observaciones parciales, seguro de equivocarme menos que ateniéndome á las mancas é imperfectas estadísticas, con que contamos.

Bien mirado, mi tarea sería más apropósito para observador literato que para deshilvanado disertante como yo; porque presentar en reducido cuadro la horrible situación del obrero, vária en sus matices y una en sus angustias y necesidades, mejor que empresa de la razón, es obra para la genial imaginación de un poeta. No vale recurrir siquiera á la analogía con sucedidos y fenómenos de otros países; pues aquí, la especie de obreros más necesitados de atención y cuidado, no la constituyen los manufactureros, por más que la suerte de los nuestros sea mucho peor que la de los demás.

En España, el trabajador más descaecido y numeroso es el agrícola; y, por lo que á éste toca, es de todo punto imposible afirmar nada que sirva de base á conclusiones generales y ciertas. Por eso en esta cuestión, que procuro ventilar, hay que andar á tientas y proceder más por inspiración que por cálculo seguro y bien asentado. Habré, pues, de penetrar en terrenos muy espaciosos, ya que no vedados, puesto que la ignorancia mía ó la desidia de los Gobiernos, no me permiten ajustar la materia al espíritu de la información.

De la condición social de la clase obrera se ha dicho, sin embargo, bastante en el trascurso de estos debates; mas para valerme de los datos valiosos en ellos aducidos, habría de entrar en el campo, con tino cultivado, por autores de Memorias ya leídas, segando furtivamente el fruto de ajeno trabajo.

Lavollee, después de consignar algunas cifras respecto al obrero español, que considero deficientes, y de emitir juicios no del todo exactos, concluye diciendo, como resultado de sus observaciones, una cosa que equivale á una estadística: «Es necesario—afirma—toda la sobriedad del obrero español para que pueda vivir y lograr que no muera su numerosa familia con el salario que recibe.»

Mas si grandes son las dificultades originadas en la carencia de seguros datos, no son menores las que surgen de la naturaleza misma del problema, pues, ó yo me equivoco mucho, ó el averiguar la condición, que, para este caso, vale tanto como estado, de una clase, presupone la existencia en un país de muchedumbre de personas, separadas del resto por lindes moralmente infranqueables. Solamente este aspecto del tema, es más que suficiente motivo para poner confusión en la inteligencia y pavor en el ánimo de quien aspire á desentrañarlo. En el mío no tanto, por ser en mí arraigadísima creencia la de que hoy, más bien que en ninguna otra época, existe una clase todo lo bien delineada y fija que es posible, dado el constante movimiento de la vida humana, puesto que, no imagino, que nadie entienda por clase un conjunto de hombres, que se perpetúan en el mismo estado, sin alteración alguna, mediante la generación; concepto no sólo inadmisibile para la clase, pero también para la especie animal.

Es evidente, pues, que si alguna vez han existido clases, hoy existen con más relevantes caracteres que jamás, pues la excepción de uno ó cien proletarios, que por circunstancias singularísimas, logra romper el cerco y hacerse capitalista, no destruye la ley general, bien así, como la anomalía monstruosa no contradice la uniformidad de la especie.

Es innegable que en lo tocante á las libertades políticas y al reconocimiento de los derechos innatos, se ha ganado mucho, aunque no tanto, como pudieran hacer creer constituciones, leyes y programas de partido; pero, ¿acaso basta esto para negar la existencia de radicales distinciones en los elementos sociales de un pueblo? Envidiable era la libertad política de las ciudades griegas y de la República romana, y sin embargo, aquella libertad se fundaba en la esclavitud y en la absoluta nulidad social de la plebe. De seguro no habrá demócrata alguno de corazón que, al estudiar la constitución del pueblo romano, no prefiera el Imperio con todas sus heredadas degradaciones, á la venal y despótica República, cuya personificación cuasi divina, el incorruptible Catón, valía mucho menos que el más abyecto de los políticos con-

temporáneos. No es, pues, razón valedera la libertad política, para sostener que no existen clases y aun castas sociales. Si hoy sobrenada algún plebeyo, pasadas las borrascas revolucionarias, lo mismo aconteció aun en los pueblos, en que la esclavitud era cimiento del edificio social. Si hoy un proletario sube, merced á mil bajezas y arterías, hasta las alturas, también Roma tuvo sus esclavos riquísimos y poderosos, que llevaron á veces en su mano la fortuna y aun la vida de los ciudadanos. Si ahora la intriga, el maleficio, la adulación y la impudicia levantan al plebeyo de fortuna, en lo antiguo, en virtud de la ley económica descubierta recientemente por Courcel-Seneuil, la concurrencia de la sollicitación, un Milico llegaba á dominar al Imperio y al Emperador.

No arguyamos con la apariencia legal y el caso raro y reprovable para ocultar los relieves de la realidad, tan descubiertos y salientes que, ni aun cerrando la vista, nos libramos de su contemplación. Y mucho menos pretendamos, volviendo los ojos al pasado, realzar las ventajas del presente, pues sin que influya en mí la inclinación cantada por el poeta moro y después con arte soberano por Manrique, yo me atrevo á sostener que eran mejores los tiempos viejos que los nuestros, para pasar fácilmente de un estado social al superior. No ya las continuas guerras, en las cuales el esforzado mesnadero ó el avisado villano se levantaban á menudo á la categoría de caballeros y señores, sino hasta la regular situación política y social facilitaba más que ahora el movimiento de las clases. Poco importaba que sobre el matrimonio y otras instituciones se legislase con estrecho espíritu, si el mendigo y el pastor y el artesano contaban con abundantes medios de asistir á las Universidades y concurrir en las empresas militares; siendo fenómeno corriente en los siglos del XIII al XVIII el ocupar los más altos puestos, llegando á ser señores de señores, los más humildes y necesitados varones. Nadie negará que muchas entre las relevantes figuras del siglo de oro, fueron en los comienzos de su vida pobres y desarrapados muchachos, ni se oculta á nadie, que sin preocupación mire el pasado, que aquellos tiempos fueron de verdadero señorío de la gente plebeya. Imaginaos en la gloriosa Univer-

sidad salmantina y veréis multitud de rapazuelos desafortunados, afanosos por conseguir la tradicional beca, comienzo de brillantes destinos; figuraos aquellos estudios, que nada costaban, antes bien el intentarlos solamente era probable logro de segura ganancia. Recordad en cambio vuestra edad estudiantil y pasead la imaginación por cátedras y claustros, y decid con franqueza, cuantos pastorcillos, hijos de jornaleros y de artesanos pobres, habéis tenido ó tenéis por compañeros. Yo de mí sé decir que ninguno, y en libro há poco publicado en Italia, su autor Gaetano Mosca, declara que en su larga carrera y constante asistencia á las Universidades, jamás ha tropezado con un estudiante proletario. Este escritor, tanto más fidedigno en este caso, cuanto que su obra es de política y trata incidentalmente esta cuestión, añade que, con la organización universitaria moderna, consecuencia de la social, es de todo punto imposible que un solo hijo de asalariado suba la escalera de la Universidad.

Con la milicia está sucediendo hace algún tiempo cosa parecida, apesar de que la guerra fué siempre contraria á las fronteras sociales. Ahora bien; saliendo los hombres políticos de los colegios, Universidades y cuarteles, claro es que la política, instrumento y palanca de toda trasformación social, se halla en poder de una clase, que no es ciertamente esa, que ni puede enviar sus hijos á las Universidades, ni hacer que en el ejército pasen de sargentos.

No faltan, sin embargo de hechos tan palpables, quienes nieguen la existencia de esa clase, sin duda por lo que, según Ambrosio Paré, niegan muchos los dolores; para tener el derecho de no remediarlos.

Si yo me diera tal maña y poseyera el arte necesario para, sin molestia, decir muchas cosas, analizaría nuestra legislación á fin de probar que toda ella, exceptuadas las constituciones, quizá porque jamás se cumplen, está encaminada al beneficio exclusivo de las clases directoras. No teniendo aquellas cualidades ni espacio suficiente, me limitaré á tocar algunos puntos que sirvan de muestra, por la cual se venga en conocimiento, de lo que por decir dejaré. Lo primero que á la vista salta, cuando de legislación se trata, es que

siendo España la nación más rica en el mundo de leyes civiles, ó sea privilegios de la propiedad, apenas hay alguna, y esa mala, deficiente y en desuso, que procure regular el trabajo, única propiedad, si tal nombre merece, del proletario. Si hombres ignorantes y malvados cometen contra la riqueza delitos desacostumbrados, sucédense las leyes especiales con tal copia y celeridad, como si las comunes fueran hechas para sancionar el delito; pero si mueren cada día decenas de infelices obreros, los cuales, empujados por la codicia del capitalista, caen de inseguro andamio sobre las piedras de las calles, á nadie se le ocurre siquiera pensar en una ley que garantice la vida del trabajador y, cuando éste fenece en beneficio ajeno, el bienestar relativo de su desdichada familia. Las fábricas, las imprentas y los talleres son, más que centros de producción, almacenes de mortales enfermedades; pero nada de legislar sobre esto, pues no merece la salud y la vida de hombres indignos por su mendiguez y poquedad, que se toque á la sagrada, absoluta é inviolable propiedad del rico.

Respecto al Código penal, por tantas razones detestable, yo pondría ante la consideración de rectos moralistas y psicólogos algunas rarezas bastante significativas. Es una, la desproporción entre las penas aplicables á los delitos contra la propiedad y la total ausencia de ellas para delitos, cuyos daños sufre la clase proletaria, y aun presumo que el asesinato, con ser crimen el más aborrecible, no se castigaría tan duramente, si la experiencia no hubiera enseñado que es casi siempre consecuencia ú ocasión del robo. Por lo tocante á la inicua diferencia que se establece entre el asesinato de las clases directoras, el desafío, y el homicidio simple, casi privativo de los trabajadores, nada digo, porque además, el precepto legal respecto al duelo, es letra muerta y disposición irrisoria.

No digamos nada de la justicia. Recientes ejemplos podría citar de cómo se cumple; pero me basta con indicar la consideración que de los tribunales hállanse excluidos, por las mismas causas que de las universidades, los individuos de la clase, á que me vengo refiriendo.

Excluidos de la magistratura los proletarios; inspiradas en espíritu de clase las leyes; sin Jurados populares para la calificación del hecho y la apreciación de las pruebas, ¿á quién extrañará que aquéllos sufran la pena como si fuera venganza, consideren el poder odiosa tiranía y al tribunal como cruel instrumento de sus explotadores?

Al estudiar esta grave cuestión, he notado que autores parcialísimos, en comprobación de la perversa índole y condición del obrero, aducían tremendas cifras sacadas de las estadísticas criminales, las cuales rechacé al principio por las consideraciones, que llevo expuestas y porque la experiencia me ha demostrado que rara vez comprenden á los contratistas, sabe Dios cómo enriquecidos, á los negreros poderosos, á los ingeniosos estafadores, á los jugadores oficiales y á todos aquellos, en fin, á quienes cuadra la siguiente frase, cuyo autor no recuerdo: «El que en veinticuatro horas se enriquece, ha debido ir un día antes á la horca.»

Y ya que de estadística hablo, no quisiera acabar esta parte sin copiar las conclusiones sacadas por G. Tammeo, uno de los redactores de cierta revista italiana dedicada á los estudios antropológicos, conclusiones valiosas por ser resultados de pacientes estudios estadísticos y aplicables á España, como el articulista indica varias veces, al examinar comparativamente el estado de los obreros españoles é italianos.

«Pero la riqueza, dice Tammeo, reunida en las manos de unos pocos, esto es, cuando es individual y no social, produce el ocio, el lujo y la tiranía de estos pocos, y el servilismo, la ignorancia y la corrupción de la masa, promoviendo y acelerando la disolución de un pueblo. La prostitución es la consecuencia de la riqueza holgazana y fastuosa de una clase, y de la miseria de otra, impidiendo semejante sensual embrutecimiento todo el trabajo de regeneración de la familia.»

Cierto es que la miseria y la ignorancia predisponen al crimen y envilecen; pero también lo es, que, tanto como las involuntarias desdichas, degradan, corrompen y destruyen el sentimiento moral las báquicas orgías, la ambición, la avaricia insaciable y los libidinosos apetitos, de que son inago-

table manantial la hartura y el hastío y las mil pasiones, en fin, de quienes tienen por ocupación el descanso y por descanso la frivolidad.

Si á esto se añade que el continuo trabajo y los sufrimientos y la debilidad del cuerpo son grandes contrapesos del instinto criminal, es indudable que las estadísticas, acusando casi exclusivamente al obrero, prueban más que nada la injusticia de las leyes y la demasiada lenidad para unos y sobrado rigor para otros por parte de los tribunales, en comprobación de lo cual pondré algunos ejemplos.

Es un vividor, que saliendo de la pleble, quiere subir á la superficie sin talento bastante para ser ladrón; hábil á medias, criminal por instinto, de puro necio casi inocente, falsifica una letra y la cobra, y al realizar su primer hazaña da en la cárcel con su cuerpo. Otro tanto le acontece al vulgar timador ó al diestro pero estúpido espadista ó tomador.

Supongamos al lado opuesto á un rico empobrecido, á un noble sin dinero, ó á un potentado avaricioso. Como estos conocen el mundo y las leyes, y todavía militan en la clase favorecida, en vez del vulgar entierro ó del timo incomprendible, forman benéfica y legal sociedad, en cuyas cajas caen los ahorros de millares de familias, de cuyo negocio resulta rico y poderoso el fundador, y desbalijados y en la miseria los incautos impositores, puesto que no reclamen, pues entonces corren grave riesgo de parar donde debiera haber ido el ingenioso maleante.

Esto dicho, hora es ya de examinar la condición social del obrero bajo su aspecto económico, respecto á lo cual, si fuera permitido excusar la propia indolencia con el trabajo de los demás, me bastaría recordar lo mucho y bueno que la sección lleva escuchado.

Schoemberg ha dicho del estado en que se halla el obrero lo siguiente: «La existencia de tantos millones de hombres está en multitud de casos en paladina contradicción con las más humildes necesidades de la vida moderna, tal como la concebimos nosotros; ella contrasta desdichadamente con los derechos individuales, considerados como el cimiento de un estado legal y regular; ella es la llaga y la degradación de

esta civilización, de que nosotros con tanta frecuencia alardeamos. Es un deber ineludible para el Estado y la sociedad moderna, el mejoramiento inmediato y serio de la situación en que se hallan las clases obreras, á no ser que los supuestos progresos de las costumbres y nuestras vanidosas aspiraciones á un estado superior de civilización, sólo sean frases desnudas de sentido, buenas cuando más para servir de pretexto al egoísmo de los afortunados en el mundo.» Es lo cierto que, apesar de tantos progresos para las sociedades, ha ganado muy poco la clase proletaria, desde los siglos pasados. Aparte de que las causas del mísero estado del país y de las masas subsisten en su mayor parte como las consignaran repetidamente los procuradores y el Consejo, y como las examinaron Mariana, Saavedra y Navarrete, lo que es indudable, es que los términos de la cuestión fueron ya planteados en aquellos siglos como hoy lo están.

Decía Saavedra en la empresa 67, que «si todos los ciudadanos tuvieran una cóngrua sustentación, florecerían más las repúblicas,» y más adelante añade «que cuando la comunidad es pobre y ricos los particulares, llegan primero los peligros que las prevenciones.» Tesis entrambas que contienen el problema obrero, pues si bien se mira no llegan á pedir más los socialistas sensatos, los cuales, renunciando á una imposible igualdad absoluta, aspiran á conseguir un estado tal de las sociedades, con el cual á nadie falte lo preciso, llegándose á una tan perfecta ponderación entre la riqueza social y la particular, que evite las iniquidades paladinas de una clase egoísta y los trastornos violentos, que se producen cuando se agota la demasiada resignación de los pueblos.

Ni es de ahora tampoco en España el problema, sino que las dificultades para resolverlo son mayores hoy que en los siglos anteriores. Allá cuando se verificaba el movimiento más fecundo de transformación política y social, los plebeyos, que habían servido de instrumento, como ha seguido sucediendo después, á las ambiciones de los revoltosos, pidieron á Sancho el Bravo y al oncenno Alfonso la conveniente repartición de tierras, para que no fueran ilusorios los derechos que se les habían prometido. Así tuvieran las masas moder-

nas tan buen sentido y no se contentaran con la vanidad de unas cuantas palabras escritas por los revolucionarios en una bandera.

Del grande y memorable levantamiento de los comuneros de Castilla, dice Gonzalo Fernández de Oviedo que «añadieron á pedir que los grandes dejasen sus estados, diciendo que los tenían con mal título é usurpados á la Corona Real,» pretensiones que llegó á llevar á la práctica el botero salmantino Valloria, ordenando la confiscación de los bienes señoriales. Acerca de la famosa germanía, trabajo parcialísimo, leído ante docta corporación no hace mucho, pretende encontrar motivo para sus aceradas censuras contra las organizaciones de aquel movimiento revolucionario, en el espíritu socialista que lo inspiraba. Dejando aparte las acusaciones que suelen hacerse á Sorolla, Juan Lorenzo y Peris, olvidando las perfidias y vituperable hipocresía de los burgueses, la torpeza de Carlos V y las alevosías de la execrable D.^a Germana de Fox, es lo cierto que la tendencia general de aquel movimiento, originado en nobilísimos motivos, sólo expresaba las deficiencias de un estado social y las necesidades de una clase engañada y oprimida.

Por desgracia, habiéndose alterado radicalmente el estado de la comunidad, ha cambiado poco desde entonces la condición del obrero, puesto que no haya bajo algunos aspectos empeorado. No se me olvidará jamás la narración que en reducido círculo de amigos, algunos aquí presentes, hacía de la triste vida y repugnantes escenas de las fábricas un observador inteligente, que venía de recorrer las de Alicante, Valencia y Cataluña. Jornales exiguos, desafortunadas exigencias, como jamás las tuvieron con sus siervos los señores feudales; trabajos y molestias sin cuento; falta de salubridad, causa inevitable de temprana muerte; inmoralidad espantosa, aun para los que estamos curados de espanto en fuerza de ver cotidianamente los más reprobables abusos, y hechos tales, que demuestran una cosa de que todos *à priori* estamos convencidos, y es que España es el país de Europa donde más libertad goza el capitalista para explotar al obrero, pues ninguna ley ni autoridad pone coto á su arbitrio, antes bien,

están casi siempre á su lado para sujetar al obrero, si, harto de sufrir, reclama justicia.

Según el viajero á que aludo, los fabricantes, no sólo abusan con la medida precisa para sacar el mayor beneficio posible del trabajo obrero, sino que, traspasando el orden económico y en él apoyados, á semejanza de los grandes tiranos, buscan goces en el sufrimiento y angustias, innecesariamente inferidos, de sus víctimas. Además, muchas fábricas, la inmoralidad de los dueños y capataces hanlas convertido en serrallo, reproduciendo el antiguo derecho de pernada sobre las infelices mujeres, que la miseria arrojó en esos repugnantes antros modernos. Nada hay semejante por lo odioso y vil que el trato infame con que el capataz, convertido en trota-conventos, obliga á las obreras á forzada inmoralidad.

La mujer del harem es esclava del capricho solamente; la obrera lo es á la vez del trabajo, y el moderno sultán de baja estofa es dueño y señor, mediante la irresistible cadena del hambre, de multitud de criaturas, por el coste de cincuenta ó setenta y cinco céntimos de peseta, precio á un tiempo de la deshonra y de un trabajo de diez ó doce horas.

Víctor Hugo ha dicho, que para conocer entera la miseria es preciso haber visto la de la mujer; verdad profunda, superior á todos los razonamientos. Nada hay que iguale al sufrir de la mujer proletaria, ni creo que haya podido ser mayor su infelicidad en tiempo alguno. Mr. Rousel, en un trabajo sobre la miseria moral, demuestra con cifras que más de la mitad de la prostitución es producida por el hambre, y aun creo yo que se queda corto. En España al menos, á esa causa es debida en más de tres cuartas partes. El resto, salvas contadísimas excepciones, resulta de la desigualdad legal y social, señalada al principio, pues, en ningún orden, como en éste, se advierte más patente el espíritu de clase, con que se ha legislado. Como es sabido que la prostitución no es forma del vicio, sino por parte del hombre y lo es de la miseria, extraña á la clase directora, se ha relegado al comodín de la conciencia de quienes de ella carecen, cuanto á los orígenes y estado de aquella plaga social se refiere. Le Play se quejaba de la ausencia de leyes contra la seducción, sin advertir,

tan honrado y fervoroso era, que tal deficiencia se fundaba y tenía sus raíces en un plan general de organización de las sociedades; pues harto sabido tienen los directores de éstas, que no es á su clase, á la que lastima la seducción, sino á la que proporciona goces y deleites.

La prostitución, lo mismo que la miseria, es forma específica de la clase proletaria, manteniéndose de ella y de sus desgracias y lacerías. Como la prostitución moderna nunca hubo en la historia estado más abatido é inicuo de la persona. La esclavitud más denigrante no es comparable con esta servidumbre del alma y perpetua violencia y prisión del cuerpo, que sin alteración de nuestros delicados sentimientos cristianos y democráticos presenciarnos á la continua. El látigo, el cepo y el grillete del infame negrero y del villano señor de ingenios, eran fruslerías junto al trato inicuo, tormentos físicos y torturas morales, de que son víctimas esas infelices criaturas que, macilentas y envejecidas á los quince años, os salen al paso en helada noche de invierno, ateridas, hambrientas y hostigadas por la crueldad de sedentaria celestina. Dejad á la más libidinosa y sucia imaginación, que invente concupiscencias y hediondeces; soñad lo más repugnante, lo que más rebaje y deprima; fantasead cuantos sufrimientos, infamias y locuras os sugieran los más extravagantes sucedidos, y, haciendo con todo eso junto una leyenda, no os habréis aproximado á la realidad, ni podréis completar el extraño léxico, expresivo de las feísimas acciones, á que sujeta esta despreciable sociedad á esas desdichadas mujeres. Ni menos podréis venir en conocimiento de las bellaquerías, cobarde y ruin tratamiento, que reciben de los caballerosos individuos de estas nuestras doctas, morales y elevadas clases directoras. El episodio de Fantina en la hermosa novela *Los Miserables*, no sólo no es exageración de la realidad, sino que, por el contrario, es débil y tenue rasgo de lo que, corrientemente, acontece. Así se explica que la mortalidad sea tan grande en los seres de esta fortísima institución jurídica moderna; mortalidad que por lo exajerada, más que natural destrucción de la especie, parece estupendo asesinato social. Según estadística formada en la sección de higiene de Madrid, cada una de esas

desdichadas, cuando no muere á poco, que es lo frecuente, entra dos ó tres veces al año en el hospital, con enfermedades propias de su vil oficio.

De intento he dilatado más que exigen los límites de este trabajo, la exposición de esta llaga social, porque mejor que ninguna y más ostensiblemente patentiza la condición del proletariado, del cual la prostitución es consecuencia, la última y más degradante. Fórmanla todos los desperdicios de esa clase infeliz, anómalas escrecencias de una sociedad inicuaamente constituída; seres sin fortuna, cuyo destino no parece ser otro que removerse en el fango, bajo el pie de todo transeunte, sin libertad, sin familia, sin patria y sin amor, hasta morir ahogados en las secreciones de sus propios vicios, de los cuales ni conciencia tienen, ó estrujados por la planta brutal de una sociedad, que ni siquiera saben maldecir.

Y tamañas infamias no sólo se consienten, sino que se estimulan, protegen y cultivan por los Gobiernos y los individuos, hasta el punto de ostentarse desvergonzada y públicamente el delito de corrupción, único penado en el Código, tan parco en castigar estas cosas, sin que yo tenga noticia de que se haya procedido contra sus autores, con la solicitud, al menos, que se hace, cuando se trata del robo de un panecillo. Y es que, predominando un sistema originario de desigualdad, resulta ineficaz la ley, cuando por cubrir las apariencias, ha traspasado los límites de la realidad. Por eso, en la práctica aparecen las debidas distinciones que el legislador no se atrevió á consignar. Por eso la corrupción de menores, crimen abominable cuando lo perpetra infame sirviente en inocente niña, deja de serlo, si no se convierte en merecimiento, cuando lo comete venal Celestina ó encopetado señor en la persona de criatura mísera y desvalida. Por eso el estupro y la violación, ejecutados por soeces y salvajes ganapanes, son gravísimos delitos, y disculpables faltas cuando los perpetra el señorito con igual brutalidad y mayor vileza contra desvalida criada ó el hombre de mundo contra desamparada criatura, metida por sorpresa y con engaños en burdel ignominioso.

Y no puede ser de otra manera en una sociedad corrompida, en que de una desdicha social se hace institución jurídica, más ó menos vergonzante. La prostitución contribuye á las cargas del Estado y se halla regulada por disposiciones legales; cuanto tienda á su progreso ha de favorecerlo, por consiguiente, el Estado, que no ha de ser tan necio que persiga á los inmediatos contribuyentes, ni menoscabe la materia imponible.

Forma del proletariado es también el servicio doméstico. Los criados lo son casi todos por necesidad, aunque algunos por bajeza y holgazanería. Las mujeres, en España sobre todo, porque no encuentran ocupación más acomodada á su sexo. Su condición es mala, por lo que afecta á la dignidad y á la moral, y algo mejor, respecto al bienestar físico. Las mujeres son peor tratadas que los hombres, no sé si porque al fin éstos pueden ofender y defenderse, ó porque siendo más las primeras en el mercado, la ineludible ley de la concurrencia empeora su situación.

Entre los llamados obreros, son los peor retribuídos, los trabajadores campesinos. Su desconsideración es grande, y aún hoy cuando queremos desdeñar á alguien le llamamos gana-panes y destripa-terrones. Es verdaderamente inconcebible, por lo mezquino, el jornal de un bracero agrícola, siendo tal su sobriedad, que, aun así, sería más feliz que el obrero industrial, si la falta de trabajo á causa de los cambios atmosféricos, no redujera muchísimo el mínimo estipendio. La moralidad de su familia es mayor que la de otros obreros y de las otras clases; pero el hambre, disolvente eficacísimo y la muerte dispérsanla á menudo, y sus miembros, especialmente las hembras, pasando por la servidumbre doméstica, van á perderse en la gran fosa de la miseria general, en las populosas ciudades. La familia campesina es el núcleo más fecundo y vigoroso del servicio militar, obligatorio para el proletario. La inutilidad de los esfuerzos hechos para abolir la redención en metálico, prueba es también, no sólo de la definida división de clases, que existe en España, sino de la condición menguada del proletariado.

Esta es diferente, según las provincias, para el campesino; pero en evitación de clasificaciones minuciosas é inútiles para el caso, señalaré únicamente dos categorías generales, consecuencia todavía de la organización social de los pasados siglos, de la cual se encuentran vestigios en casi todos los países agrícolas, como en la Pomerania, la Silesia, Prusia del Este y gran parte de Austria y Rusia. Los deputaten en Alemania son de condición muy semejante á los gañanes y pastores de nuestras provincias centrales, y los tageloner, á los que nosotros llamamos peones, hombres asalariados que cobran al día su jornal ó el sábado por la noche como los obreros. Este jornal no pasa de 1 peseta 25 céntimos en España, habiéndolo visto yo descender á tres reales, en época, en que un pan costaba dos reales y medio. Esta es la regla general, aunque haya alguna excepción de lugar y tiempo, porque los ejemplos aducidos de aumentos de jornal en una estación del año, no tienen valor alguno, pues entonces la subida del salario corresponde con las horas de más en el trabajo, habiendo circunstancias, en que el segador continúa su labor con la luz de la luna.

La condición del gañán y del pastor es menos mala, aunque el último sufre mucho durante el invierno. En las Castillas, Extremadura y parte de Andalucía, el alimento de ellos es á cuenta del amo, llevan una participación en los beneficios en especie, y además cobran soldadas cortas, pero suficientes. El trato que reciben, singularmente los que tienen á su cuidado la labor, es bueno, y recuerda la sociedad doméstica en los siglos pasados. Las relaciones entre capitalista y trabajador, se regulan más por sentimientos é ideas morales, que por las llamadas naturales leyes económicas, así que es frecuente la sucesión mutua en casa de un amo, durante algunas generaciones de los gañanes y pastores.

Las relaciones del jornalero con el propietario, se determinan hoy exclusivamente como las del obrero y el fabricante, conforme á la ley de la concurrencia, con lo cual creo innecesario añadir que la condición del bracero es pésima. Parece cosa de milagro que no desfallezca trabajando de sol á sol, con un salario que bien pudiera calcularse en tres reales,

término medio, en todo el año, con cuya cantidad ha de alimentarse además la familia. De los sufrimientos y penalidades de estas gentes, dan señales sus caras á los treinta años, apergaminadas, huesosas y ahumadas, y toda la conformación de la cabeza y el cuerpo, que manifiesta ya rasgos de una raza diferente.

La trasformación económica de este siglo, bajo otros aspectos benéfica, ha perjudicado mucho á estos infelices, que, sin darse cabal cuenta y más bien por instinto, maldicen la desamortización y muestran grandísimo encono contra quienes la llevaron á cabo. Ellos no saben, ni quieren averiguarlo, que fué suceso reclamado de antiguo por la opinión; pero se les alcanza que ahora no pueden librarse del frío yendo al monte, que antes estuviera á su disposición, á recoger un haz de leña, pues si lo hacen, no darán con su cuerpo en la casa, donde le esperan ateridos sus hijos, sino en la cárcel. Tampoco ignoran, que productivos ó improductivos, han desaparecido terrenos comunes, donde tenían medios de disminuir su miseria.

Yo, que considero al Estado con facultades tales, que bien puede y debe no satisfacerse con las desamortizaciones hechas, censuro la que se efectuó en España; porque pudiendo, si otro espíritu hubiera impulsado á sus iniciadores, haber apartado durante algunos siglos el problema social de nuestro país, lo ha conducido á término de muy difícil solución. Mejor sentido que Mendizábal y Bravo Murillo, mostraron los estadistas rusos, cuando á la emancipación agregaron, con sabiduría envidiable, la repartición parcelaria, tan bien estudiada hace pocos años por el Príncipe Vasilitchikof.

Olvidaron nuestros economistas que el principal objeto de un Gobierno no es hacer felices á unos pocos, que esto es imperdonable injusticia, sino hacer el mayor número de hombres felices, como ha dicho Duclós. Pecaron por falta de espíritu democrático y desamor al pueblo, como ya se lo demostró ha tiempo nuestro memorable economista Flórez Estrada, uno de cuyos párrafos, por lo expresivo y contundente transcribo.

«Sólo ganaron, decía, los hombres habituados á enrique-

cerse escandalosamente en pocos días, sin más trabajo que el de especular sobre la ignorancia y la miseria de los pueblos y sobre la injusticia y la desfachatez de los gobernantes.»

Fué, pues, incompleta, desordenada, abusiva y contra los intereses de las masas aquella malhadada desamortización; pero su falta mayor consistió en que, viniendo á corregir los vicios de las manos muertas, ocasionó tal acumulación de riquezas, que se originó un nuevo género de ociosas manos, de peor catadura y linaje que el derrocado sistema, pues con éste al menos, condescendencia unas veces, abandono otras, y muchas caridad, dejaban algo al pobre, que aliviaba en parte la insostenible carga de su miseria. Hoy, acrecentado el mal con el predominio de otras influencias, apenas si es permitido al descaecido bracero beber agua de la fuente ó el río, sino merced á contradicciones prácticas, de que no es ocasión esta tratar; ni pedir limosna puede, porque ya no es carga la riqueza, impuesta por la miseria, como había declarado San Agustín, porque lo prohíben las leyes contra la mendicidad, y porque acecha la policía ó denuncia el rico á quien molestan importunos recuerdos y lastimosos espectáculos; tampoco le es permitido inclinar su cabeza sobre una piedra, teniendo por lecho el pavimento de la calle y por techumbre el cielo, sin el riesgo de tropezar con el chuzo del sereno ó la dura mano del polizonte; mucho menos puede cambiar de patria para no morir, porque sobre carecer de medios, suelen impedirlo leyes protectoras, y puesto que ninguno de estos recursos le queda, dicho está que no ha tenido el de trabajar, aun ofreciéndose en servidumbre y haciendo almoneda de su fuerza, su inteligencia y su dignidad, pues cuando la terrible ley del cambio arroja del mercado á los hombres, nadie los emplea por caridad.

Verdaderamente apena el ánimo considerar la triste suerte y mísera condición del proletario, pero no disminuye la amargura la meditación sobre el porvenir. Si la población decrece, disminuye la prosperidad general, y mucho más la del obrero; si aumenta, y con la población las máquinas, bajarán los salarios en virtud de la concurrencia. Según ley, que Schäfle estudia, tal vez con exageración trazada, pero

concorde con la experiencia, muertos como están ya los oficios, irán acumulándose en pocas las grandes fábricas, después que éstas han absorbido las pequeñas, disminuyendo, por consiguiente, cada día más el número de capitalistas y aumentando naturalmente el de proletarios en proporciones alarmantes. Añádase á esto que, según cálculos tenidos por exactos, la clase obrera se reproduce en una proporción de 6 por 100 mayor que la acomodada, y resulta que, siguiendo organizada la sociedad como ahora, no queda otro recurso al Estado que decretar la esterilidad de la mujer pobre, según la frase sarcástica de algunos socialistas.

Queda, pues, en pie, el dilema de Luis Blanc, que no pudo desvirtuar el gran Mill en sus escritos póstumos, en que lo examina: «ó se alimenta á los obreros gratuitamente por el Estado, ó se les mata,» lo cual fuera quizá más humano, para una parte de esa clase, que arrojarla al pudridero social para que, habiendo servido de instrumento vil á nuestros caprichos, groseros instintos y placeres, sirva después para aumentar la creciente podredumbre y miseria de la ralea.

Entre la multitud de causas originarias de esta anómala situación, aparte los hechos históricos, de fuerza incontrastable, considero yo dos fundamentales, por que inspiran hoy todas las instituciones. Son ellas un errado concepto de propiedad y las dos contrarias, y por lo absolutas, falsas concepciones del Estado, que han determinado durante algunos siglos la vida política de los pueblos.

«Renunciando á la propiedad—decía San Juan Crisóstomo,—habéis destruído el origen de todos los males;» y aunque algo hiperbólica la frase, si se toma desnuda de antecedentes, tiene bastante de verdadera; pues si bien se mira el equivocado concepto de aquella institución civil, es la causa más principal de las mayores iniquidades históricas. Hoy, por fortuna, van dilatándose las ideas, no siendo pocos aun en España misma, los que no desdeñan las de Arhens y de los socialistas científicos acerca de este punto.

Sagrada es, sin duda, la propiedad individual, pero no lo son menos la vida, el honor y otros esenciales atributos del hombre. «Cada abeja—según *El Evangelio del pueblo*, de Lamme-

náis,—tiene derecho á la porción de miel necesaria á su subsistencia,» derecho tan respetable y no derivado, como el de propiedad. Sea cual fuere la concepción científica tocante á los orígenes y naturaleza de la sociedad, nadie habrá que sostenga ser justo y natural que unos vengan á ella y le presten su concurso para morir de hambre y para que otros gocen hasta el hastío; porque, si esto fuera, nada habría más inicuo que esa natural y espontánea congregación de los hombres ordenada por Dios, no para que unos sirvan á otros de medio indecoroso, sino para que todos puedan realizar mejor su fin último y total. Digna es de acatamiento, pues, la propiedad, pero sólo en cuanto se armoniza con los fines sociales y no se opone á superiores y más altos derechos de los hombres, como es digno de respeto el interés, pero sin que impida que «al que sea movido por él deba atajársele el paso con la justicia,» por la obvia y de antiguo reconocida razón de que el título de indigente es más fuerte y superior que el de propietario, y de que entre los varios órdenes en que consiste el social, es el más subordinado y más discutible el tocante á la utilidad.

Sobre la propiedad se ha escrito mucho y más se ha dicho, pero se ha demostrado muy poco, por ser materia acomodada á libros chispeantes y bellos, como el del eximio Thiers, y á discursos efectistas en auditorios prevenidos, pero poco propicia para severos razonamientos. Buena prueba de ello es que los fundamentos en que tal derecho é institución se ha levantado, sirven de ariete á los socialistas para echarlos á rodar, quizá con más lógica y tino que sus contrarios han tenido para edificar. Así, por ejemplo, tratadistas insignes, entre ellos nuestro malogrado Balmes, hallaban el origen de la propiedad en el trabajo, y en éste cabalmente se apoyan Rodbertus Jagetzow, Lassalle, Marx y los socialistas de cátedra para levantar el maravilloso, aunque también frágil edificio de sus maravillosos sistemas. Yo no vengo á combatir esa institución de profundas raíces, porque sería insensatez tan grande como es la injusticia de los que la consideran sacratísima y divina forma, superior á todos los derechos. Únicamente me propongo declarar que tan deleznable y mal

cimentada fábrica, es menguado baluarte para resistir la crecida social, que se avecina, y que es temeridad grande y mayor injusticia oponerla y sobreponerla á necesidades inminentes, sobre todo cuando no son incompatibles en sustancia, y cuando descartadas exageraciones perniciosas, como todos los derechos, son armonizables. La propiedad responde á un sentimiento tan hondo, permanente y justo en sí del individuo, que pretender aniquilarla, es tan absurdo como ponerla por encima de todos los otros.

El padre mismo del individualismo decía en *El contrato social*: «Sois perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra no es de nadie;» género de socialismo inadmisibile hasta para los mismos colectivistas, los cuales ni siquiera replican á cierto argumento, como Mably, que el talento no ensancha el estómago. Semejantes puerilidades han pasado de moda, como las infecundas teorías contrarias. Ni siquiera aspiran los más arrebatados socialista á una exacta proporción entre el provecho y el merecimiento, tesis que—¡rareza insigne!—suelen acomodar á veces los partidarios del estado social presente á sus lucubraciones y argumentos, por ser conclusión, no bien averiguada, si á superiores facultades corresponden mayores derechos ó deberes: yo creo que uno y otro, puesto que el mismo San Pablo, dirigiéndose á los Corintios, hubiera declarado que los dones del Espíritu Santo, concedidos á algunos, no eran para beneficio del favorecido, sino para utilidad de todos.

Resulta, pues, de esta ligera y reducida disertación sobre sujeto tan dilatado y grave como el derecho de unos pocos hombres á los beneficios naturales, lo único que me propongo, y es que, respetándose cuanto sea debido y aun más que por su categoría y subordinación merezca, aquel derecho, no es moral ni prudente oponerlo como dique al movimiento social, en lo que éste contenga de sensato. La relación que los anteriores razonamientos contengan con el punto que ventilamos, allá se descubrirá cuando indique algunos remedios á los males que he relatado.

Adviértese en dos grupos de sociólogos, discordes y enemigos al parecer, pero, en realidad, hermanos, una, que yo

considero infundada y pueril malquerencia, de liviana preocupación nacida, contra el Estado y sus esenciales atributos: preocupación que, en la historia de ellas, no tiene otra semejante, sino aquella que en siglos pasados pusiera en el ánimo de nuestros abuelos tan risibles pavor y espanto, ante la imaginación de brujas, duendes y aparecidos. Nada he podido encontrar en ésta, que yo apelaría polifobia, de racional y fundado, no pasando de ser enconada antipatía, quizá justificada en abusos históricos, pero en sustancia puramente impulsiva.

Después de todo no es el Estado algo distinto esencialmente de la nación misma, por lo cual, tengo para mí, que oponer al primero los intereses de los obreros, vale tanto, singularmente para ellos, poco dados á distinciones sutiles, como oponerlos á la nación; es decir, que sin quererlo ni pensarlo se les conduce por veredas antipatrióticas y sin fin, como éste no sea el abismo. Digo acerca de este punto lo que dije de la propiedad: no hay que buscar en el antagonismo de intereses la solución, sino en su armonía y concordia. Mejor fuera, indudablemente, que el capitalista ó esa abstracción, que algunos llaman sociedad, cumplieran lo que al Estado se pide; mas puesto que no lo hacen ni lo harán nunca de grado, fuerza es que esa altísima institución, cuyo fin no es puramente negativo, realice lo que ni siquiera intentan quienes á ello están obligados.

Habréis de permitirme otra incómoda y enojosa, aunque también breve disertación, acerca de esto, porque si tras tan largo y prolijo debate resultase que el Estado no puede resolver el pleito, ni tomar parte en él como fiscal siquiera, quedando reducido á testificar, Dios sabe á quién, lo que unos y otros le digamos, no sólo habremos perdido el tiempo, sino que me temo mucho que hayamos empeorado la suerte de nuestro poderdante el proletario, contra el cual soliviantamos los odios, no escasos ya, de quien ha visto en tela de juicio un derecho, que imaginaba perfecto. Porque si fuera cierto que no hay más ley aplicable que la descubierta por Gournay, y por tanto, que esta cuestión era meramente natural, lo mejor sería callarnos nosotros y aconsejar al proletario que do-

ble la cerviz, dejándose uncir al carro de hábil y afortunado capitalista, puesto que sólo podemos ofrecerle nuestros quejumbrosos lamentos ante su desolación y miseria, y el poder se ve forzado por ley de su naturaleza á contemplar impasible y cruzados los brazos, las desdichas que ve, y aun no pocos crímenes, como ha dicho con sarcástico gracejo Haussonville.

Pero si el Estado no puede intervenir en este litigio, no puede intervenir en nada, y debe desaparecer como cosa baldía y perjudicial, según sostienen con excelente lógica, aunque contradiciéndose á veces, los prosélitos de Bakrounine. En buen hora que quien así lo crea, lo proclame; mas no se hable entonces de innatos derechos, que nadie podrá garantizar, ni de misión jurídica, ni de organización de poderes. No es tan nuevo el individualismo anárquico, que no tenga su lugar en la historia, y por cierto que, cuando surgía esa clase media, que ahora se ampara de los procedimientos de aquél, para gozar el botín logrado, hubo de acogerse al seguro de la realeza, no para librarse de las invasiones del poder, sino de las dichas, que le proporcionaba el único anarquismo, después de todo noble y admisible, el feudal. Proclamen de una vez el feudalismo industrial, y sabremos á qué atenernos; lo que no puede admitirse sin necia manse dumbre, es que, so pretexto del derecho, se mantenga un Estado centralizador, que sancione y proteja un orden social privilegiado, y que, cuando va á tender su mano al débil y explotado en virtud de su misma autoridad, se le corte el paso diciéndole: «Deja hacer, y no traspases los límites que las leyes económicas te imponen.» Bien así, como si la justicia, único fin que se le atribuye, no fuera entre todas las necesidades sociales aquella, cuya satisfacción más en su mano tiene el individuo aislado, y como si ella no condicionase también la vida económica.

Haciendo caso omiso de las sabias distinciones hechas por Arhens, Bluntsli y otros autores, entre pueblo, sociedad, Estado y Nación, cuestiones filosóficas en esta sazón impertinentes, y considerando solamente lo que toca á la naturaleza y fin del compuesto personal y orgánico, cuya síntesis é

individuación representa el poder, veamos qué fundamento tienen las opiniones, á que me refería.

Cualquiera que sea el concepto que del Estado se forme, es evidente que nunca podrá venirse en conclusión, de que puede tener fin distinto, ni participar de diferente naturaleza que los individuos, cuya comunidad personifica é informa, bien que, como tal principio de unidad é información, revista ciertos atributos, sólo virtualmente contenidos en cada una de las partes, que reduce á intimidad orgánica y personal. El Estado, pues, como síntesis de las tendencias y aspiraciones sociales, esto es, de todos y cada uno de los individuos congregados, armonizando aquéllas, ha de realizar su fin propio, mediante la reducción y enlace de los fines todos de los centros, agrupaciones é individuos, cuyo principio de unidad y formal determinación él constituye.

BENEDICTO ANTEQUERA.

(Continuará.)





VARIEDADES



UEVO HIGRÓMETRO.—Ha sido ideado éste por el sabio francés Mr. Bourbouze.

En los higrómetros contruídos hasta ahora, se verifica el enfriamiento de las superficies metálicas haciendo que circule el aire en el seno mismo del éter, operación que, según Mr. Bourbouze, presenta los inconvenientes que siguen: primero, que se evapora una cantidad considerable de éter (sobre todo en los días calurosos del verano); segundo, que se esparcen por la atmósfera vapores de éter que pueden ocasionar graves enfermedades á los operadores, y tercero, que el termómetro inmergido en el líquido marca siempre una temperatura inferior en tres ó cuatro grados á la de la superficie sobre la que se deposita el rocío. Mr. Bourbouze, á fin de salvar estos inconvenientes, ha contruído un instrumento en el cual: primero, el aire no hace más que circular por la superficie del éter, por aspiración ó por insuflación; por lo que, aun cuando no evapora más que una pequeña cantidad del líquido, se determina rápidamente el depósito de rocío; segundo, un termómetro sensible está aplicado á la pared en que se deposita el rocío y se halla libre, mediante una disposición especial, de las influencias perturbadoras de la temperatura del aire ambiente.

*
**

ELECTRICIDAD ATMOSFÉRICA.—Un tercio de siglo hace que el célebre físico Palmieri se halla instalado en el Observatorio del Vesubio, dedicando toda su actividad al estudio de los fenómenos volcánicos y atmosféricos.

Siguiendo á Mr. Faye, vamos á dar idea de la Memoria en que resume Palmieri sus observaciones respecto á la electricidad de la atmósfera.

Después de ensayar todos los instrumentos conocidos, se decidió el sabio italiano por un electrómetro de su invención, operando según métodos que también le son propios.

Cuando el cielo está sereno y en un radio de hasta 70 kilómetros no llueve, nieva ni graniza, ha encontrado Palmieri que la electricidad atmosférica es siempre positiva.

Durante el día la electricidad del aire presenta dos máximos y dos mínimos, variando aquel período con la menor alteración atmosférica, y sobre todo, con la altitud. La tensión eléctrica del aire no aumenta regularmente á medida que nos elevamos en la atmósfera.

El Observatorio del Vesubio se halla envuelto muchas veces por las nubes, circunstancia que le permite á Palmieri observarlas directamente, comprobando que las nubes no acusan electricidad propia cuando no se hallan en vías de resolverse en lluvia, nieve ó granizo.

En tiempo de lluvia, principalmente, importa estudiar las variaciones de la electricidad. Palmieri formula la siguiente ley:

«En el sitio en que llueve, encuéntranse fuertes trazas de electricidad positiva, que está rodeada por una zona más ó menos extensa de electricidad negativa, á la cual sigue otra nueva zona positiva que va disminuyendo hasta cierta distancia.»

Esta ley se comprueba fácilmente en las lluvias, que recorren espacios bastante largos y de poca anchura. Se aplica también á las lluvias de tempestad. Las grandes tensiones eléctricas que hacen salte con violencia el índice del electrómetro más allá de los 90°, indican siempre que llueve mucho á alguna distancia.

De aquí deduce Palmieri que toda nube que se resuelve en

lluvia es un manantial continuo de electricidad, que, cuando no se disipa por la humedad del aire ambiente, se descarga en forma de chispa ó rayo, hacia el suelo ó nubes inmediatas. Estas fuertes tensiones aparecen al empezar la lluvia, permanecen mientras dura y concluyen con ella. Así se explica que durante una tempestad, puedan salir de la misma nube una serie indefinida de relámpagos, puesto que la electricidad se desarrolla mientras dura la resolución de la nube en agua.

Palmieri atribuye la abundante producción de electricidad en las nubes tempestuosas á la condensación que reúne las vesículas acuosas en gotas de lluvia.

Esto, á juicio de Mr. Faye, es el punto débil de la importante Memoria del físico italiano. Aunque, en teoría, los cambios de estado vayan acompañados siempre de fenómenos eléctricos, es indispensable que las dos electricidades opuestas sigan caminos diferentes para que su manifestación sea sensible. Ahora bien; en las condensaciones que dan origen á la lluvia en el seno de una nube, caso de producirse electricidades contrarias, se deben volver á combinar inmediatamente, merced á la movilidad y continua yuxtaposición de las partes y engendrar sólo desprendimiento de calor.

Por otra parte, es preciso que la condensación se deba á una causa. Tan difícil es comprender una nube capaz de arrojar lluvia ó granizo indefinidamente, como una nube capaz de producir continuamente electricidad, y con ella, relámpagos y truenos por tiempo indefinido. No debe prescindirse, en este punto, como si se tratara de fenómenos accesorios, de los movimientos de giro y traslación que se manifiestan invariablemente en las tempestades.

Luvini, meteorologista de Turín, y Andries, de Wilhelms-haven, creen que la electricidad atmosférica se desarrolla por el choque ó rozamiento de las innumerables agujas de hielo que forman los cirri, contra el aire húmedo de las regiones que atraviesa el torbellino. Al primer pronto, parece que las dos electricidades contrarias deben volver á combinarse á medida que se producen con simple manifestación de calor. Esto ocurriría si el torbellino estuviese parado, lo cual no

sucede nunca. Gira y se traslada, recorriendo hasta 15 ó 20 leguas por hora, al través del aire relativamente en calma de las regiones inferiores, dejando tras de sí el aire ambiente, mal conductor, cargado de una de las dos electricidades.

No es necesario que las partículas sean agujas de hielo para que su paso violento al través de la atmósfera húmeda engendre abundante electricidad y de una manera continua; el mismo efecto producen las cenizas arrojadas en una erupción volcánica, las cuales llegan á determinar algunos de los fenómenos de una tempestad ordinaria.

Todavía es más general el fenómeno. Simples polvos terrestres, levantados por el viento y arrastrados en los violentos giros de una tromba, pueden producir fenómenos eléctricos muy apreciables. Se ha comprobado en las Indias inglesas que en las tempestades de polvo tan frecuentes en Penjau y el reino de Lahore, se puede hacer saltar de los conductores metálicos colocados sobre los edificios, chispas de una pulgada de longitud.

De todas maneras, es indispensable la intervención continua de los cirri, arrastrados por un violento giro descendente, para que se produzca una tempestad completa.

*
* *

PUREZA DEL AIRE DE LAS MONTAÑAS.—Aunque muy moderna aún la micrografía atmosférica, fundada por los ilustres sabios Pasteur y Maddox, son ya bastantes las personas que se afanan por hacer observaciones y reunir datos que sirvan para que progrese aquella ciencia. Entre ellos es digno de especial encomio Mr. Freudenreich, quien sin auxilio oficial alguno ha emprendido hace dos años muy interesantes observaciones respecto á la composición del aire de los Alpes de Suiza é Italia.

He aquí algunos de los resultados:

En el verano último, 2.700 litros de aire tomados en los Alpes de Berna, á altitudes variables entre 2.000 y 4.000

metros, no presentaron indicio alguno de bacterias. En vista de esto, creyó Freudenreich que no debía limitar sus observaciones á la región de las nieves perpetuas, sino elegir puntos menos elevados y, sobre todo, accesibles á los gérmenes del aire. A este efecto, hizo sus experiencias en el glaciar de Aletsch á 2.900 metros de altitud, y en la cúspide del Nielsen, montaña rodeada por numerosas poblaciones. La vegetación llega hasta muy cerca de la cima.

En los 2.000 litros de aire recogidos por Freudenreich y analizados por Mr. Miquel, sólo apareció, y esto al cabo de quince días, un organismo de la familia de las toruláceas, un micrococcus (de cuya autenticidad duda el observador suizo), y, por último, un bacilus. Resultando, que en las montañas no hay, por término medio, más que una bacteria por metro cúbico de aire, mientras que en igual volumen de aire tomado en las ciudades, se encuentran centenares y aun miles de bacterias.

*
* *

PUBLICACIONES.—Rodríguez Mourelo, uno de los jóvenes más inteligentes del Ateneo de Madrid, ha impreso en elegante opúsculo el informe que leyó en la sección de ciencias morales y políticas de aquel centro para desenvolver el grupo XIII del cuestionario de la comisión de reformas de la clase obrera, *Horas de trabajo*.

El escrito del Sr. Mourelo está nutrido de datos que convendría tuviesen muy presentes nuestros gobernantes, pues en el estudio que aquél hace de nuestras clases trabajadoras, se encierra provechosa enseñanza, que, de ser desatendida, producirá en lo porvenir no pocos conflictos.

Nuestra enhorabuena al acreditado autor de *La Materia radiante*, *Concepto actual del Cosmos*, *La radiofonía* y otras muchas obras de mérito indisputable.

—

La casa editorial de Agustín Jubera ha repartido los cuadernos tercero y cuarto del *Diccionario enciclopédico de Medicina y Cirugía prácticas*, escrito por el Dr. Eulenburg. Entre otros interesantes estudios que aquéllos contienen, descuellan los que se titulan: amoniaco, amputación, aneurisma, antídotos, antisepsia y arterias.

Este *Diccionario* es una obra verdaderamente monumental, por su importancia, extensión y aplicaciones, que honra tanto al célebre médico alemán Eulenburg como al español D. Isidoro de Miguel, encargado de verterla á nuestro idioma.

R. ALVAREZ SEREIX.





REVISTA DE TEATROS

CONTINUACIÓN (I).



A descripción y relato de los juegos, tanto griegos como romanos, de los que hemos hecho mención, exige algunas palabras como premio referente á lo que se entendía entonces y hoy se entiende por arte gimnástico.

Platón se ocupó con alguna extensión de este arte ejercitatorio; pero quien la definió, en nuestro concepto y en el de los autores de aquel tiempo, con más propiedad y en más breves términos, fué Galeno, que dijo: «La gimnasia es el arte que conoce las potencias de tódos los ejercicios, ó más bien, arte gimnástico es la manera de poder hacer todos los ejercicios.

Sin embargo, bueno es admitir que en esta definición confundió, no sólo la palabra *ciencia* con la de *arte*, sino también la gimnasia con la *pedotribica*, que se diferencian esencialmente, por ser la primera el conocimiento de las cualidades de los ejercicios solamente, lo que es más noble que el hacer los mismos ejercicios, y lá segunda, la acción práctica de éstos, juzgándola como superior, efecto que se subsanó posteriormente con otra definición más concreta y más

(1) Véase la pág. 91, tomo LVIII.

exacta, que es la siguiente: «El arte gimnástico es cierta facultad que considera la oportunidad de todos los ejercicios, y enseña poniendo por obra la diversidad de éstos, ya para conservar la buena salud, ya para adquirir y retener mejor disposición de cuerpo.»

De la definición expuesta se desprende naturalmente su objeto y su fin práctico, que no es otro, conformes con la opinión de Galeno, suscrita en el libro que dedicó á Trasíbulo, que *procurar adquiriera el cuerpo humano el mejor uso, y obtenido éste y la salud, conservarle en el mismo estado;*» de donde se infiere que la gimnasia fué una parte de la medicina, en cuanto se refiere al desarrollo y conservación del cuerpo, y así lo declararon Platón, Aristóteles, Plutarco, Avicena, Ciro y Sócrates, de donde se dedujo la importancia que adquirieron estos ejercicios y el lujo esplendor y magnificencia de que se revistieron los circos, anfiteatros y neumaquias donde tenían lugar, confirmando así la idea que en aquellos tiempos prevalecía de atender con exquisito cuidado á la salud del cuerpo, por depender de ella las condiciones del ánimo, idea más en consonancia con los materialistas y panteístas que entonces dominaban; además por la vida metódica y ordenada que entonces se hacía observar á todos los ciudadanos, con el único fin de que estuviesen siempre aptos y bien dispuestos para las fatigas de la guerra, circunstancias todas, no sólo dignas de tenerse en cuenta, sino que reunidas todas, fueron la base fundamental de la preponderancia que adquirió este arte y del apogeo á que llegó, obligando á exclamar á Platón y Aristóteles, «que no podría haber república buena en lo que no se fomentase este arte,» dando lugar esta creencia á que, según Vijecio, los maestros que la enseñaban, disfrutasen de doble sueldo, y á los soldados que «no progresaban en ella les obligaban á tomar su ración de cebada en vez de trigo, sin dársela de éste hasta que en presencia de los tribunos, jefes y maestros, haciendo ejercicios, demostraban estar perfectamente instruídos en todo lo que exigía la táctica militar de aquella época.

Con poco que se fije la atención de lo que llevamos dicho se desprende la división fundamental en este arte; la primera

ó la referente á la salud del cuerpo y su conservación en bueno y perfecto estado, era la médica, y la segunda la atlética ó viciosa, que nacía de la creencia que tenían de que con aquellos ejercicios complacían á los dioses tanto como con una promesa, y servían también para diversión del pueblo, á quien halagaban la República, Reyes y Emperadores, y para que los hombres á quienes recreaba este deleite se contuviesen sin extralimitarse del círculo de sus deberes, por lo que Plinio escribió, que se tenía en tanta estimación á los que se ejercitaban en los juegos, que cuando ellos comenzaban, era costumbre levantarse hasta el Senado, á cuyo lado tenían asiento tanto ellos como sus padres y abuelos paternos, privilegio de que estaban exentos los siervos cuando se ejercitaban en los mismos juegos.

Definido el arte de la gimnasia, y expuesta su división capital, asalta la duda de la época de su origen, la que vamos á tratar de resolver.

No olvidando ni por un momento que todos los hombres, como ya hemos indicado anteriormente, nacen con propensión á la gimnasia, contra la opinión de Asclepiades y otros autores de la antigüedad, Galeno opinaba que en tiempo de Homero aún no se conocía, opinión infundada que se refuta él mismo cuando, describiendo la guerra de Troya, da algunas reglas, que fueron las primeras que se conocieron, lo que hace presumir que existía mucho antes de aquel tiempo, si bien no definido ni reducido á reglas ni revestido de la forma artística que se dió posteriormente. Así lo prueba la descripción ó más bien relato que el mismo poeta hace en los libros 8.º y 24 de la *Odisea* de los juegos del disco, lucha, carrera y arco, en los que se ejercitaban los soldados griegos. Plutarco, en su libro 5.º de los *Simposiacos*, dice que las peleas, en un principio, fueron sencillas, sin otro objeto ni más fin que, como acabamos de indicar, el de adquirir la victoria, la pericia militar, sacudir la pereza, conseguir el premio que se ofrecía al vencedor, y así lo describió Homero en su libro 2.º de la *Iliada*, cuando dice: «Las gentes jugaban en la ribera del mar arrojando á prodigiosa distancia el disco, arco y flechas,» y poco después añade: «Aquiles mandó hacer alto al

pueblo y dispuso un gran certamen sacando de las naves estos premios, garrones, trípodas, bueyes, caballos, mujeres ataviadas primorosamente y brillantes armas, de donde se desprende que ya, en aquel entonces se usaban estos juegos en los sacrificios de los pueblos, y para la agilidad del cuerpo, como se comprueba cuando en la guerra de Troya los soldados saltaban á tierra desde las naves, de donde es presumible tuviera origen la frase *salir á la arena*, y allí se ejercitaban peleando entre sí, no faltando quien opine que entonces comenzó á florecer el arte gimnástico y á distinguírsele con este nombre.

A los premios que se disputaban, se les dió el nombre de *Atla*; á los que se ejercitaban en los juegos, el de *atletas*, á los que los atenienses, según Erotiano, llamaron *Aschetai*, y á este género de gimnástica, *atlética*.

Mientras la vida fué moderada, éstos fueron los fines de los ejercicios; pero cuando el lujo, la molicie y el desorden invadieron la república, el móvil fué la conservación de la salud, de donde procedía la gimnástica médica, augurada por Hipócrates, Platón, Diocles, Erasistrato, Galeno, y de la que, en su alabanza, dice Plauto: «A mi corazón le es sensible el considerar quién soy ahora y quién he sido; porque no había otro más diestro en mi juventud en el gimnasio en jugar el disco, lanza, pelota, carrera, armas y caballo;» lo que no sólo es un dato que atestigua el apogeo é importancia del arte gimnástico, sino el motivo que dió origen á los locales, llamados gimnasios, en los que los ejercicios tenían lugar, y de los que vamos á ocuparnos brevemente con el único objeto de establecer en momento oportuno la comparación de éstos con los circos antiguos y modernos.

Que á estos lugares se les dió el nombre de gimnasios, está comprobado en los escritos de muchos autores de aquellos tiempos, y principalmente en las palabras de Galeno, insertas en su libro segundo de la *Conservación de la salud*, donde dice que «el gimnasio era un edificio apartado de la ciudad, en el que se sentaban, trotaban, luchaban, arrojaban el disco ó se fatigaban en juegos de esta especie, derivándose de la palabra *Gumnasseszai*, voz griega que significa también

desnudarse, por donde Marcial dedujo en su libro tercero, epigrama 68, que si no se desnudaban enteramente, usaban trajes ligeros con el fin de que no estorbasen los movimientos, costumbre necesaria que se ha venido observando hasta la actualidad, así como la práctica constante de edificar estos locales, hoy circos, en puntos extremos ó extramuros de las ciudades.

Algunos, pues, se confundieron con las palestras y con los baños, existiendo notable diferencia entre ambos, como veremos más adelante; pero en lo que no cabe duda es respecto á su origen, que fué en tiempos de los griegos, siendo entre éstos los lacedemonios quienes primero los construyeron. Siguiéron á éstos los atenienses, que tuvieron tres principales, conocidos con los nombres de *Academian Lucheyon* y *Cunossargues*, añadiendo otro de que hace mención Filostrato, titulado *Canope*; los romanos después, siguiendo las huellas de los griegos, levantaron en Roma, según expone Varrón, otros, llamados *Palestras*, que excedieron en lujo, suntuosidad y riqueza á los de los griegos, los que, á semejanza de lo sucedido en Grecia, se confundieron con las termas por el uso que se hacía del agua caliente para bañarse, dando origen á la opinión de que las termas significaban á las veces aquella parte del gimnasio donde estaba situado el *progineo*, *laconico* y *baño caliente*.

Constaban estos edificios de peristilos cuadrilongos, á los que rodeaba un paseo de dos estadios, que los griegos denominaron *diaulon*, en el que construían tres pórticos sencillos, y el cuarto, que era doble, miraba al Mediodía, con el fin de evitar que en los fuertes temporales salpicase la lluvia á la parte interior. En los tres pórticos existían grandes lonjas con cómodos asientos, para que los filósofos y retóricos que allí concurrían discutiesen sentados. En medio del pórtico se colocaba el *efebeo*, lonja grande con asientos y tres veces más ancha que larga; á la derecha el *Coriceo*, lugar destinado para que se desnudaran, y al cual denominaron los griegos *apodyterion* y Galeno *gimnasterion*; inmediato á éste se encontraba el *conisterio*, al que Polus dió el nombre griego de *connistra*, y en el que se conservaba el polvo para los que se

sentaban, polvo que se traía de lejanas y varias regiones, y especialmente del Puzzol y del Egipto; en la vuelta del pórtico se hallaba el baño frío, conocido entre los griegos por *loutron*; á la izquierda del *efebeo* se veía el *eleothesio*, llamado por Julio Pollucio *ateipterion* y por Cecilio Plinio *untuario*, destinado para que se untasen ó se bañasen los que se disponían para la lucha ú otros ejercicios.

Los que seguían esta práctica eran los que se dedicaban á la lucha y prancacia, de ningún modo los perfiles y los corredores; después de esta operación se pasaban al *conisterio* con el fin de pulverizarse; en ambos departamentos había siervos, llamados *olearios*, que les prestaban auxilios en esta operación. Las unturas fueron de varias especies, ya con aceite común mezclado con agua, como se usaba en tiempo de Aristóteles y en la época de los griegos, primeros que adquirieron esta costumbre, ya con aceite y polvo, ya con manteca, á lo que Plinio llamó *cerato* ó *cerote* unas vees, y otras *alipterio*, ó bien con aromas antes de los ejercicios y después con unguentos que servían para excitar la liviandad y la lujuria.

Próximo al *eleothesio* estaba el *trigidario*, que conducía al *prognigeo*, y en las inmediaciones de ambos se colocaba un lugar abovedado que se destinaba á sudar, doble de longitud que de latitud tenía á sus lados la pieza del estufario y al otro el baño caliente.

En la parte exterior había tres pórticos, uno para los que salían del peristilo, otro colocado á la derecha y otro á la izquierda, de los que, el que miraba al Septentrión, era de doble latitud que el primero, el cual era más sencillo y estaba dispuesto de modo que en el espacio que mediaba entre las paredes y las columnas, quedasen unas márgenes á modo de una senda que no excediese de diez pies, practicándose en el centro una excavación, de la que resultaban dos escalones de pie y medio que servían de bajada desde el terraplén á las márgenes, con el fin de que los que paseaban no molestasen á los que se ejercitaban. Este pórtico se llamó entre los griegos *Xistós*, destinados en la época de invierno á los ejercicios de los atletas; inmediato á éstos y al pórtico doble se cons-

truían los paseos descubiertos, á los que daban los griegos los nombres de *peridrómidas* y los romanos *xistas*; éstos debían construirse de modo que entre los pórticos hubiese selvas y lugares plantados de plátanos, y entre ellos paseos y asientos de fábrica embetunada. Después del *xista* estaba el estadio, dispuesto de manera que multitud de personas pudiesen ver con amplitud y comodidad á los que se ejercitaban.

Otra de las partes de que constaba el gimnasio era la llamada palestra, donde siguiendo la opinión de Plauto Lidio, se ejercitaban en la carrera, pulso, lanza, disco y pugilato; y según Galeno, se adiestraban en colgarse con las manos en las cuerdas, levantando fuertes pesos, á lo que se llamó *Haltares* y en la *Siguiamaquia* ó *pelea de armas*.

La voz palestra, conforme con los autores griegos como latinos, se aplicaba á todo el gimnasio, como puede verse en *Ditrurbio*, y otras veces, como expresa Cicerón, á un lugar apropósito para ejercitar los cuerpos; Marco Tulio entendió por *palestra* ó *palastra*, las acciones hechas con gracia y orden. Platón la aplicaba al lugar destinado á la diversión y estudio de varones instruídos y doctos. Budeo intentó probar que se conocía con este nombre á la acción de los oradores. Nosotros creemos que por palestra ó palastra debe entenderse, salvo error, lo que hoy en los circos se domina pista.

En el *Esferisterio* se verificaban los juegos de pelota; estaba dividido en varios sitios redondos, en donde se ejecutaban diferentes ejercicios, como así lo comprueba un pasaje de las *Pandectas*.

La última parte del edificio la componían varios caminos colocados entre las paredes y el pórtico, separados de todos los demás, que servían para dar luz, pasear y practicar otros ejercicios, según opiniones respetables; en ellos tenían ocasión las carreras, y por eso tomaron la denominación de *daulios* y *diolicos*, de donde les vino el nombre de los *dicolodromos* y *diacolodromos*, respetando el juicio de Vitubrio, que afirmaban eran los *diauelos* la circunferencia de los peristilos que comprendía los estadios.

A poco que se medite, se comprende la semejanza, siquiera sea débil, que se observa entre los gimnasios de los ro-

manos y griegos y los de la actualidad, pues si bien no pueden compararse en lujo y magnificencia con aquellos que constan de las mismas partes, en algunas naciones son suntuosos y se elevan en posesiones destinadas al recreo público ó en medio ó á las márgenes de frondosos jardines y parques, como entre nosotros se encuentra el del Príncipe Alfonso, el del Hipódromo, el que se pensó construir en los Jardines del Retiro y el que estuvo en la mente de la empresa de los malogrados Campos Elíseos.

Como nuestros lectores habrán notado cierta confusión en esta parte de nuestro trabajo al exponer que en los gimnasios no sólo se verificaban ejercicios, sino que se discutían y trataban cuestiones científicas por hombres eminentes en las ciencias y en el foro, vamos á exponer los que allí tenían cabida.

En siete agrupaciones pudieran dividirse, perteneciendo á la primera los filósofos y retóricos y cuantos á los estudios se dedicaban; componían la segunda, los que cursaban el aprendizaje de los ejercicios, á los que los mismos gimnastas aleccionaban; la tercera estaba formada por los atletas que recreaban al pueblo en los juegos públicos y sagradas contiendas, disputándose la victoria y el premio; en la cuarta entraban los nobles y plebeyos, que pretendían adquirir pericia militar, fortaleza, conservación de la salud y buen hábito del cuerpo; la quinta era la reunión de los que se frotaban, porque si bien muchos practicaban esta operación antes de los ejercicios, otros no llevaban este objeto; en la sexta se veían los que se bañaban, siendo de advertir que los nobles y acaudalados varones tenían pilas reservadas, ya para evitar poner los pies en el suelo, llevaban sandalias de oro, plata ó madera; finalmente, acudían á los gimnasios gran número de espectadores, ávidos de aplaudir á los ejercitantes, siendo mayor el número de los asistentes en los días festivos.

Tan grande y tan diversa era la multitud de personas que á ellos acudían, que, según Galeno, se originaban no pocas cuestiones y gritos desagradables, de lo que se querellaron Séneca, Barrón y Nonio.

*
* *

(Continuará.)

Poco ó nada de particular hemos visto en los teatros durante la última quincena, y si algo merece especial mención, es la representación de *Los Hugonotes* en el Príncipe Alfonso, que alcanzó un éxito lisongero, y la presentación en el Hipódromo de Verano del *Hércules Caccetta*, que hace maravillas con los ejercicios de fuerza, y de mis *Cenovia*, que excita el entusiasmo del público en sus difíciles ejercicios aéreos.

En los Jardines se estrenó una quisicosa titulada *El doctor y el diablo*, que lo mismo podía titularse aquí me las den todas, y que no merece mencionarse.

El Teatro de la Alhambra cerró sus puertas y el de Recoletos sigue lo mismo que cuando empezó.

*
* *

Para el próximo invierno se habla de compañías en embrión, y según se dice, en el Español actuará Vico solo ó casi solo, como tiene por costumbre.

En la Comedia Calvo y su familia, que ya llega, y buena falta hacía; en el nuevo de Recoletos, Mario, Aguirre y compañía; en la Zarzuela, Arderius, que acosará al público como de costumbre, con su género bufo en compota; en Variedades, los históricos Vallés y Luján; en Lara, el indispensable Romea; en Eslava, el necesario Riquelme; en Martín, la indispensable García, y en Novedades los retazos dramáticos que queden sin contrata.

RAMIRO.





NOVELAS NORTE-AMERICANAS

EL CORONEL.—MI SUEGRA

CONTINUACIÓN (1)

CARLOS murmuró algunas palabras al oído de su esposa. Jonas no oyó más que éstas: *novecientos uno*, y observando, al mismo tiempo, que la señora Becky no se entusiasmaba con la idea de su esposo, cualquiera que ella fuese, volvió á quedar sumido en sus tristes pensamientos.

—Pero eso, ¿es hacedero?—preguntó la Sra. Harstrom.

—Mira—repuso Carlos, sacando del bolsillo y enseñándole una carta impresa.

—¿Y crees tú...?

—¿Por qué no?

Y notando entrambos la profunda distracción de Jonas, cambiaron entre sí una sonrisa.

(1) Véase la pág. 101 de este tomo.

X

El regimiento núm. 901 de la milicia de Nueva York, era uno de los mejores de la ciudad. Había desfilado muchas veces por Broadway, marchando al paso gimnástico y acampando en las llanuras de Newport, Saratoga y Long-Brach. Los valientes que lo componían pertenecían, en su mayor parte, á la juventud dorada de aquella metrópoli. Dicho regimiento se había distinguido, además, por sus ejercicios, paradas, maniobras, y, sobre todo, por sus bailes y recepciones. Por otra parte, tenía sobre los demás regimientos la ventaja de una organización del todo democrática. La igualdad era su divisa. Los simples soldados trataban de igual á igual á los oficiales, al paso que estos no se dejaban deslumbrar por su cargo, seguros como estaban de que el mejor día la suerte les haría descender á la categoría de simples soldados de fila.

Carlos Harstrom pertenecía hacía tiempo á este glorioso regimiento, en el cual había llegado á ser capitán. La carta que acababa de enseñar á su esposa, no era otra cosa que una circular de convocatoria señalando el jueves próximo para la elección de coronel. De ahí nació la idea que había comunicado á su esposa. A decir verdad, el éxito era muy dudoso; pero ¿por qué no se había de hacer una prueba?

El regimiento se encontraba en un período de efervescencia. Pocas semanas hacía que el coronel había sido conducido con gran aparato á su última morada, y era preciso, por lo tanto, reemplazarlo. Como sucede siempre en semejantes casos, las opiniones, respecto del sucesor, estaban divididas. Unos querían que se eligiese para aquel puesto al teniente coronel, que era muy popular; otros hubieran deseado la elección de algún oficial distinguido, que no perteneciera al cuerpo, y que reflejase sobre él su crédito y buen nombre. El teniente coronel resolvió la cuestión, retirando su candidatura, porque no tenía ganas, según dijo, de sufragar los creci-

dos gastos que un nombramiento de esa clase trae consigo, cuando se trata de cuerpos de la milicia ciudadana. En vista de esto, los autonomistas, como dieron en llamarse, se dividieron en varias fracciones; unos defendían la candidatura del mayor, al paso que los otros querían votar á los capitanes de sus respectivas compañías. Este estado de cosas hubiera dado muchas probabilidades de triunfo á los partidarios de una candidatura extraña al regimiento, si los diferentes grupos de los autonomistas, en vista del peligro, no hubiesen hecho un esfuerzo supremo para ponerse de acuerdo respecto del candidato. Por otro lado, fuerza es confesarlo, sus contrarios no estaban, á la verdad, tan unidos como pretendían hacerlo creer á los demás.

En una palabra, todos andaban bastante embarullados, hasta el punto de que, como decía muy bien el cabo Jones al miliciano Brown, nadie sabía á dónde iba.

—A decir verdad—continuaba Jones,—¿el coronel qué importa? Los que forman el regimiento son, al fin y al cabo, los individuos, y sobre todo el cuadro de oficiales.

—Seguramente.

Esta indiferencia filosófica era bastante general entre los simples milicianos, al paso que la mayor parte de los oficiales tomaba muy á pechos, por el contrario, la elección.

Juan Grimshaw, por ejemplo, que no gastaba nunca ni un penique, como no fuese en provecho exclusivo de su persona, hizo destapar más botellas de las que se necesitan para rellenar una bodega. Sostenía la candidatura de un personaje político, que había de hacer llover sobre el regimiento, según decía, toda clase de favores administrativos.

Carlos Harstrom había rehusado el favor de sus amigos, que querían presentarle como candidato, y trabajaba por el mayor; pero de repente se le vió cesar en sus gestiones de propaganda.

—¿Abandona V. el campo?—le preguntó con este motivo Juan Grimshaw.

—De ningún modo.

—Yo creía que sí. Hace dos ó tres días que no habla usted del mayor, según me han contado.

—¿Qué falta hace? Cuando uno tiene seguridad del éxito...

—¡He, he! No tan seguro, créame V., querido. Sepa usted que nuestro protegido ha ofrecido nada menos que cuatro cargos municipales, y yo estoy seguro de que triunfaremos.

—Ya veremos quién lleva el gato al agua.

Aun cuando Carlos no hablaba del mayor, no por eso permanecía inactivo, sólo que había cambiado de táctica. Consistía ésta ahora en presentar á Jonas á todos los oficiales del regimiento que no le trataban.

—Jonas, amigo mío—le dijo, explicándole su proyecto,—*ayúdate y Dios te ayudará*. No hay que dormirse ni amilanarse.

—Haré todo lo posible; pero ¿de qué se trata?

—De captarse las simpatías de todo el regimiento, de dejarse ver de todo el mundo, de hacerse amigos...

—Perfectamente; no deseo otra cosa.

—Pero es necesario desterrar ese aire melancólico, ¿entiende V.? Guárdelo V. para la noche, si V. quiere conquistar á estos bravos...

Las presentaciones se sucedieron sin interrupción, y Jonas hizo toda clase de esfuerzos por aparecer amable. En esta lucha comenzó á obtener un regular éxito, dadas las circunstancias, y como, por otro lado, tenía ya de antes algunos amigos en el regimiento, en dos ó tres días ensanchó considerablemente el círculo de sus relaciones y simpatías. Siguiendo los consejos de su mentor, reservaba las melancolías para cuando estaba solo, cuyo monopolio exclusivo gozaban la Sra. Becky y Carlos; pero estos eran amigos leales y le animaban haciéndole entrever un éxito feliz en la empresa en que se había metido.

Mientras tanto, la campaña electoral comenzaba, y tal era el vigor de unos y otros, que amenazaba hacer saltar en mil pedazos el regimiento si duraba mucho tiempo, en cuyo caso se corría el peligro de que fuese disuelto, dado que las leyes del Estado no habían previsto el caso de una milicia reducida al estado asteroidal.

Á medida que se acercaba el día de la elección, la agitación aumentaba. Todos iban y venían, hablaban, bebían y

gritaban en defensa, cada cual, de su candidato. Los compromisos estaban contraídos y la batalla prometía ser empeñadísima. La opinión general era la de que los fuerzas de los autonomistas y la de sus contrarios eran iguales, habiendo sido imposible hacerles llegar á un acuerdo común.

XI

Por fin, llegó el día señalado. Los oficiales se reunieron en cónclave, en el depósito de armas. Todos tenían el semblante grave y preocupado. Nadie se permitía la menor chanza; el cuento más gracioso del mundo no hubiera encontrado un oído complaciente; una simple risotada hubiese sido puesta en fuga por su propio eco. Es cosa digna de observarse el que dos amigos, si profesan opiniones diferentes, no puedan tratarse bajo el mismo pie de cordialidad que antes, cuando se encuentran en el terreno electoral, sucediendo que se miran con desconfianza y recelo, hasta que el escrutinio termina la cuestión, después de lo cual las diferencias se olvidan y vuelven á ser los mejores camaradas del mundo, como lo eran antes del voto electoral. Una cosa semejante pasaba en la ocasión presente. No había un individuo que no estuviese revestido de tanta gravedad, como si tuviese que presidir el duelo de un entierro de primer orden.

La hora fatal sonó; abrióse la sesión y cada cual recorrió la sala con la vista, para asegurarse de la presencia ó ausencia de amigos y enemigos. Ni un solo oficial había faltado á la cita.

Terminados los preliminares, se procedió al primer escrutinio. Las papeletas fueron recontadas en medio de un sepulcral silencio; después de lo cual el presidente declaró que el escrutinio era nulo porque ningún candidato había obtenido mayoría absoluta de votos.

Un suspiro de esperanza se escapó de todos los pechos. No había duda alguna, todos habían sido fieles á sus compromisos.

Procedióse al segundo escrutinio. El mismo silencio y la misma ansiedad. El resultado, nulo como la vez anterior, y como entonces también, el mismo suspiro de esperanza.

El tercero, el cuarto y aún el quinto escrutinio, dieron el mismo resultado; ni uno de los candidatos obtuvo la más pequeña mayoría sobre sus contrincantes. Esto produjo cierto cansancio y dió lugar á una especie de tregua.

De repente vióse á Carlos Harstrom levantarse y dirigirse á la mesa que estaba en frente de la asamblea. ¿Qué iba á decir? ¿Podría dar alguna salida para resolver el conflicto?

Se restableció el silencio, y todas las miradas se fijaron en el orador.

—Señores—dijo,—es evidente, según creo, que la situación en que nos encontramos no tiene solución. En cinco votaciones seguidas, se ha obtenido el mismo resultado. Diez, ciento, mil que tuvieran lugar, sería lo mismo. No hay duda, pues, que no pudiendo llegar á un acuerdo, tendremos que aplazar la elección para otro día á fin de hablar unos con otros con libertad... Esto supuesto, permitid á uno de vuestros compañeros, á uno de los más antiguos de vuestros colegas, que, lo creo profundamente, no tiene aquí más que amigos...

—¡Tres aclamaciones por Carlos!—exclamó el teniente Jackson.

Los hurras fueron lanzados con entusiasmo. La asamblea había estado tanto rato silenciosa, que aprovechó aquella ocasión para desahogarse un poco.

—Os doy gracias con toda mi alma, señores—prosiguió Carlos,—y permitidme deciros, ahora, el favor, el inmenso favor que solicito de vosotros... Tengo un amigo que todos conocéis, Jonas Smith. Sabido es que desde hace tiempo se ha dado en llamarle *coronel*... Pues bien; permitid que os cuente en dos ó tres palabras su extraña situación. Presentado como *coronel* á un bravo oficial del ejército inglés, padre de una encantadora jóven, Jonas se ha enamorado de ella y la ha pedido en matrimonio á aquel respetable veterano que le creía coronel del ejército federal.

Exclarecido más tarde el hecho de la verdadera posición

de Jonas, el anciano le ha rehusado la mano de su hija. Nuestro común amigo está desesperado; el veterano se muestra inflexible... Pues bien; ¿qué le falta á Jonas para reivindicar, para obtener á la que adora? Un simple título de coronel; este título que no hemos podido conferir todavía esta tarde. Señores, ¿por qué no habéis de utilizar en beneficio de un compañero, de un joven amable, digno de todas nuestras simpatías, el forzoso retraso de una semana ó dos que las circunstancias nos imponen para hacer nuestra elección definitiva? ¿Por qué no nombráis coronel interino á Jonas Smith? Él se comprometerá á no mandar el regimiento más que una vez, una vez sola, en la primera parada, y después presentará la dimisión. No desconozco que lo que os pido es un gran favor, un favor excepcional; pero que cada cuál se ponga en el lugar de nuestro amigo, y no olvide cuán fácilmente se le puede hacer salir airoso de su difícil situación.

—*¡Por Júpiter!*—exclamó el teniente Jackson—sería una indignidad no contribuir á la dicha de esos dos amantes.

—Por lo que á mí hace—dijo el teniente coronel, que presidía la reunión,—no hallo inconveniente en que se adopte el plan propuesto.

El jefe del partido contrario conferenció con algunos de sus amigos más influyentes, y dirigiéndose á Carlos, dijo:

—Si votamos conforme á sus deseos, ¿qué garantía nos da usted de la dimisión?

—La mía, respondió Carlos.

—La mía también—añadió el teniente coronel, que conocía mucho á Jonas y á quien había interesado aquella historia de amor.

—Además—replicó Carlos,—Jonas no está lejos de aquí y firmará la dimisión anticipada.

—Decidle que entre.

Jonas fué introducido inmediatamente. Carlos había tenido mucho cuidado de llevarle consigo, instalándolo en el cuerpo de guardia.

—Señores—dijo á la asamblea,—mi excelente amigo Carlos Harstrom ha abogado por mi causa, estoy seguro de ello, mucho mejor que lo hubiera hecho yo mismo. Conozco bien

el gran favor que de vosotros solicito, yo que no pertenezco al regimiento; por lo tanto, carezco del derecho de insistir en él, personalmente. Lo que puedo aseguraros es que si me otorgáis el honor de la gracia solicitada, será éste un título de gloria de mi vida toda y os conservaré, por ello, un eterno agradecimiento.

—¡Bravo, Jonas!—¡Bien dicho!—No abandonaremos á nuestro amigo en su infortunio—exclamaron muchas voces á un tiempo.

—Señores, á votar—dijo el teniente coronel.

Así se hizo, y contadas todas las papeletas, resultó elegido Jonas por unanimidad.

—¡Tres aclamaciones por el coronel Smith!—gritó Carlos.

Apaciguado el tumulto, Jonas se adelantó y dijo:

—Señores, acabáis de otorgarme un insigne honor, que os agradezco desde el fondo del alma. Lo que deploro es no reunir méritos bastantes para poder ser coronel vuestro, siquiera por algunos días... Pero, por fortuna, no habéis hecho más que prestarme ese título glorioso. Si el señor secretario quiere tener la bondad de redactar la dimisión, con la fecha del próximo *meeting*, la firmaré en seguida.

—Nada de dimisión—exclamó uno de los electores más influyentes.—Basta su palabra. Será V. nuestro coronel hasta que lleguemos á entendernos y nada más. ¿Convenimos en esto, señores?

—Sí, sí, ¡Hurra por el coronel Smith!—respondieron todos.

—Y ahora, señores—replicó el agraciado,—dispénsenme ustedes el honor de venir conmigo al café Delmonico, para beber á la salud del 901...

El establecimiento en cuestión no había visto nunca reunida allí una sociedad tan alegre y tan hábil en apurar botellas de champagne. No era el menos alegre de todos Jonas Smith.

XII

La tarde de esta elección memorable, el coronel Withers estaba tan atemorizado de la palidez de Kitty y de los lúgubres pronósticos del doctor, que tomó de repente la resolución de ceder y casar á Jonas con su hija. Sin perder un momento, montó á caballo y se dirigió á la casa de nuestro héroe, lleno de escrúpulos, sin embargo, que le hacían jurar en voz baja, presa de un gran mal humor:

—¡Yo, yo, un veterano, irse á humillar delante de ese boquirrubio é implorarle de rodillas el honor de aceptar la mano de mi hija!—decía gruñendo—¡Esto es demasiado!

Pero de repente la imagen de Kitty alegre, sonriente y joven de un lado, y de otro la espantosa sombra de la joven muerta, se presentaba á su espíritu haciéndole olvidar todo su despecho.

—¿Y qué dirá el Mayor?—replicaba en seguida, tentado de volver las bridas de su caballo.

Pero las siniestras palabras del doctor Strong volvían á su memoria, y entonces hundía las espuelas en el vientre de su caballo. ¡Si fuera ya tarde! ¡Si Jonas hubiese abandonado la ciudad! ¿Quién sabe si habría tropezado con otra joven que le hubiese hecho olvidar á Kitty?

Por fin el coronel llegó á la casa de Jonas y llamó con violencia.

—¿Vive aquí el Sr. Smith?—preguntó con tonante voz á la criada que le abrió la puerta.

—Sí, señor.

—Tengo necesidad de hablarle en seguida.

—El Sr. Smith ha salido.

—¿No está en casa?—exclamó el coronel como si esta idea le ocurriese por primera vez, ó más bien, como si Jonas faltase al primero de sus deberes al ausentarse de su domicilio.

—¿Y dónde diablos está?

—Lo ignoro, caballero; pero podría V. esperarle.

—¡Esperarle! ¿Tengo yo cara de esperar á nadie?

—Entonces, podría V. volver mañana.

—¿Volver?... ¿Mañana? No, prefiero aguardar.

Ató las bridas de su caballo á la reja de la casa y entró en la sala. Desgraciadamente, así que estuvo solo, comenzó á flaquear en su resolución. Parecíale que si no aprovechaba, á despecho de su humillación, el paso que acababa de dar, no tendría valor para repetirlo. Para calmar su impaciencia, andaba de un lado á otro, se asomaba á la ventana para ver si llegaba Jonas y hablaba en voz baja consigo mismo.

La criada, que le observaba por detrás de la vidriera, comenzaba á pensar si habría admitido á un loco en la casa y si, por tanto, convendría llamar á la policía, cuando de repente el coronel, precipitándose en el corredor, le dijo:

—¿Sabe V. á qué hora volverá el Sr. Smith?

—No, señor.

—¿Sabe V. por lo menos dónde está?

—No, señor.

—¿A dónde acostumbra á ir de ordinario?

—Tal vez, á casa del Sr. Harstrom, uno de sus amigos.

—¿Sabe V. las señas de la casa de ese señor?

La criada se las dió, viendo salir á la calle, con no poca satisfacción, al coronel.

Éste se apresuró á llegar á casa de Harstrom, pero era ya tarde cuando se presentó ante el amigo de Jonas.

Pero hay que decir la verdad de lo sucedido. Nuestro héroe se vió obligado á corresponder aquella tarde á tan gran número de brindis acompañados de champagne, que Carlos no creyó conveniente dejarle ir solo á su casa, prefiriendo traerle á la suya, para cuidarle mejor. Él mismo le desnudó, después de haberle subido al segundo piso y haberle metido en la cama. Después de esto, bajó al gabinete y refirió á su esposa toda la historia de la elección.

Apenas terminado este interesante relato, Carlos reconoció la voz del coronel Withers, que preguntaba con furioso tono:

—¿No es esta la casa del Sr. Harstrom?

—Sí, coronel; tenga V. la bondad de entrar—dijo Carlos desde la ventana.

El veterano apenas saludó á la Sra. Harstrom, tanta era su cólera al ver las dificultades que se le presentaban para venir á pactar la paz con aquel boquirrubio.

—¿Dónde está el Sr. Smith?—dijo con ahogado acento.

Carlos no quiso decir la verdad, porque su amigo no estaba en disposición de presentarse á nadie, y menos á su futuro suegro. Guiñó el ojo, por lo tanto, á su esposa y respondió:

—¡Ah! ¡Pobre muchacho! Está en la cama...

La Sra. Becky lanzó aquí un profundo suspiro.

—¿En la cama?... ¿Está enfermo?—preguntó el coronel con inquietud.

—Delirando—replicó Carlos con doliente tono.

—¿Cómo! ¿Delirando?

—Sí, habla en alta voz, divaga...

—Desvaría—añadió la Sra. Becky.

—¿Y qué dice?—preguntó el coronel, del todo contrariado.

—Dice que no se casará nunca con su hija de V.

—¡Ah! eso ya lo veremos; ¡pues no faltaba más!

—Que no se casará con ella, por lo menos, hasta que sea coronel—replicó Carlos.

—¡Coronel! ¡Cómo lo ha de ser! Esto es insensato—dijo el veterano.

—Quiere irse á Egipto y alistarse en el ejército del Khe dive.

—Pero si yo he venido expresamente para rogarle que se case con mi hija lo antes posible—añadió el desgraciado padre.

—Es tarde ya, mi querido coronel. Jonas es obstinado y no se casará con esa joven mientras no sea coronel.

—¡Y quiera Dios que no se muera antes!—añadió la señora Becky.

—Pero, ¿no puedo siquiera verle?

—Imposible; absolutamente imposible. Los médicos lo han prohibido rigorosamente...

—Pero VV. no creen que esté en peligro de muerte, ¿no es cierto?

—¡Ay! Por el contrario, me temo mucho que le vamos á perder un día ú otro—añadió, por vía de *aparte* Carlos, dirigiéndose á su esposa.

—Pues bien, ¿saben ustedes lo que soy yo?—exclamó el coronel desesperado.—No soy más que un viejo loco que habrá causado la muerte de su hija con sus necias ideas.

—¡Oh, esto es terrible!—dijo suspirando la señora Becky.

—Daré cuenta á Jonas, en el primer momento de lucidez, del paso que acaba usted de dar—añadió Carlos con sentido acento.—Tal vez esto contribuya á su restablecimiento.

—Pero, ¿qué le voy á decir á mi hija?—dijo el pobre coronel dejándose caer sobre una silla y ocultando la cara entre sus manos.—¡Mi querida Kitty!... ¡va á aborrecerme!

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR



EMOS convenido en una tregua durante los grandes calores. Tal vez hasta el otoño, aquella triste época de la caída de las hojas que tantas y tan halagüeñas esperanzas infunde al Sr. Martos, en medio de las gratas ilusiones de su luna de miel, y tantos lamentos y tantas jeremiadas inspira á otros tétricos profetas de la desventura, podremos pasar sin ataques virulentos, sin pasiones exacerbadas por la impaciencia y el encono, sin artículos escritos con hiel, sin aquella exaltación ciega las más de las veces y enojosa siempre en la pluma ó en la palabra de los hombres de partido.

Quizás, quizás hasta la época de las lluvias y de los primeros fríos, cuando se despierte la vida de los palacios con el regreso y el lujo de los que veraniegan, podremos en Madrid olvidar un poco la política, preocuparnos de la salubridad é higiene de que no quieren oír hablar los que escapados huyen, y pensar ya sin preocupaciones en que nos amenaza algo más que un cólera oficial, algo más que un cólera de real orden. Aunque pudiésemos prescindir de las terminantes definiciones de la ciencia y de la opinión de las corporaciones médicas nacionales y extranjeras, nos quedaría el tristísimo espectáculo de treinta mil víctimas, número bastante

para probar, al fin, al mismo incrédulo Sr. Sagasta, que hay epidemia, y para convencer al comercio, ó mejor dicho, á sus inspiradores, que fué antipatriótico y antihumanitario el famoso acuerdo de la famosísima huelga en aquel día de las negras colgaduras y de los motines de última hora.

La mayoría comprende ya á costa suya, que la salud y la vida valen algún sacrificio, valen más que un objeto de quincalla, unos cintajos ó algunas varas de tela fashionable. El tiempo es el gran enderezador de entuertos y desfacedor de injusticias. Las quijotescas aventuras fueron siempre tradicionales en las tierras de Castilla; maravillan al mundo con sus graciosos y estupendos arranques, y al fin llegan á ser ellas mismas el mejor y más propio castigo de nuestro impresionable y violento carácter.

* * *

No se trata ahora de más política que de la sanitaria. Y bueno es volver á observar ahora que entre nosotros ¡cosa incomprensible! es también instrumento de la política la salud pública y las providencias que tienden á mejorarla.

Estamos cansados de discusiones científicas en ateneos, comisiones y academias, porque la vulgarización de la ciencia y la exposición popular y contradictoria de los sistemas, también confunde al público y abrumba á los legos. Aún dudaríamos de lo que pasa, si no nos lo advirtieran los lamentos y las lágrimas de nuestros vecinos y las faenas de los curas, médicos y enterradores. Hemos querido jugar con los microbios, reirnos de ellos, y las invisibles bacterias se vengán apareciendo en todas partes.

Sin embargo, la política opositorista triunfa. La opinión pública, profana y pervertida en muchos asuntos menos graves que los relativos á medidas sanitarias, se ha declarado contra acordonamientos y lazaretos, y la opinión pública es la soberana del mundo. El que estas líneas escribe se rebela contra tal soberanía, y con más fuerza en esta ocasión que en otra alguna.

Es cierto que nuestros personajes podrán ir sin más trabas

que una fumigación, poco menos que inútil, donde les plazca; esto podrá convenirles á ellos, no á los pueblos amenazados. Es cierto que ya no habrá motivos para lamentar las inmensas pérdidas del comercio; pero quizás á cambio de la fácil circulación de algunas pesetas, pongamos en peligro y vendamos la vida de muchos desgraciados hermanos nuestros.

Se ha declamado mucho contra el cantonalismo sanitario; se habla de la ineficacia de los cordones; pero el *salus populi* nos hace preferir en determinados casos la dictadura al imperio de la ley, y no hemos confundido nunca la palabra ineficacia en mayor ó menor latitud tomada, con aquellos otros vocablos que expresan la inconveniencia absoluta. Si la epidemia actual supone contagio, ó éste es presumible siquiera, bueno habremos de creer todo lo que tienda á estorbarlo. Tenemos en favor nuestro la experiencia del año pasado y otras pruebas y lecciones muy elocuentes del que corre.

Ábrase, con todo, paso á aquello que se llama instinto público; el instinto, que interpretado por célebres oradores políticos reclama la peligrosa difusión de sistemas de bondad no demostrada, á fin de que se ensayen en el pueblo como *in anima vili*; el instinto popular que habla de polvos mortíferos y de no sabemos qué planes y connivencias gubernamentales; el instinto público, alentando con torcidos fines, que insulta á los médicos y aterroriza y agrava á los enfermos delante de la Fábrica de tabacos y en las inmediaciones del hospital de la calle de Embajadores, con el mayor celo atendido.

* * *

Dejemos ya á un lado sentimientos, extravíos y coincidencias deplorables para vestir, al alegre son de la gaita, la montera del pueblo de Galicia y las ropitas domingueras.

No es ya en el afligido reino de Valencia, ni en la amenazada Andalucía, ni siquiera en la complaciente Osca de Sertorio, tan vecina de César-Augusta, á donde ha querido encaminar sus excursiones veraniegas el entusiasta cantor del posibilismo democrático, representante hoy de los aragone-

ses en el Congreso. Prefiere las frescas y no contaminadas comarcas que riegan el Tamoga, el Ulla y el Noya. Allá, entre serenatas, entusiasmos y banquetes, ha repetido el variable programa de sus ideales y se esmera en difundir como siempre su inmenso amor á los procedimientos legales.

El viaje político del Sr. Castelar es un verdadero triunfo y un gran consuelo para los necesitados de arranques oratorios y de divina elocuencia. Este año, los grandes festejos de la ciudad compostelana ha impuesto á los creyentes la romería á la Tierra Santa, que guarda los restos del gran apóstol del cristianismo. Nada tiene de extraño el viaje del señor Castelar.

También ha dado pábulo á dimes y diretes de la prensa un banquete de Mondariz, en el que se dijo que el Sr. Montero Ríos proclamó al Sr. González (D. Venancio) como único Ministro posible de la Gobernación en el futuro Gabinete. El órgano de la fracción Montero Ríos rectifica la versión en los siguientes términos:

«El banquete se celebró con motivo de los días del propietario de los baños, Sr. Peinador, el cual invitó á su mesa al Sr. Montero Ríos, al Sr. González y á muchos amigos de Pontevedra.

El Sr. Montero Ríos brindó por la señora de la casa. Después, y por vía de conversación, el Sr. González dijo á los liberales de Pontevedra que se recomendasen á *San Eugenio*, á lo cual replicó el Sr. Montero Ríos: No, no, á *San Venancio*.

Y por último, á propuesta del Sr. Montero Ríos, se convino en aceptar el siguiente calendario: Santa Práxedes, Santos Cristino, Manuel, Venancio, etc.

Esto y nada más hubo, ni podía haber, dado el carácter de la fiesta.»

Admitimos como auténtica la nueva versión, declarando informal el banquete y cosa muy baladí todo lo que en Mondariz se dijo.

*
* *

Los periódicos que suponían al Ministro de Hacienda en

un callejón sin salida en la cuestión de consumos, han debido volver de sus errores. El Sr. Cos-Gayón ha publicado en el periódico oficial una real orden, afirmando con entereza que no caben modificaciones ni aplazamientos en el cumplimiento de los principios fundamentales y expresos de la ley, siendo imposible pensar ya en arreglos ilegales entre la Hacienda y algunos Ayuntamientos. En dicha real orden se dispone:

«1.º Que sea desestimada toda pretensión de Ayuntamiento de capital de provincia ó de población de más de 20.000 habitantes que tenga por objeto devolver al municipio la administración directa del impuesto de consumos, encomendada ya definitivamente al Estado por la ley.

2.º Que se desestime asimismo toda propuesta de que se entregue á los Ayuntamientos porción alguna de los productos del impuesto que correspondan al Estado.

3.º Que del importe de los recargos y arbitrios correspondientes á los Ayuntamientos se deduzca el 10 por 100 de gastos de administración, cuando ésta sea tenida directamente por el Estado; pero que no debe hacerse esa deducción en los casos de arrendamiento ó de conciertos gremiales.

4.º Que se faciliten los conciertos gremiales que han sido hasta ahora, y continúan siendo, una de las formas de la recaudación del impuesto, siempre que se llenen rigurosamente las condiciones exigidas por el reglamento y se asegure el precio fijado por las Administraciones de Hacienda; siendo además regla precisa, de cuya observancia no permite la ley apartarse, que esos conciertos se hagan con el Estado, sin intervención alguna de los Ayuntamientos.

5.º Que cualquiera que sea la importancia de los débitos de un Ayuntamiento por retraso en la satisfacción de sus obligaciones, por la liquidación de las tarifas aforadas cuyos derechos de tarifa haya de devolver, ó por cualquiera otro concepto, no le retenga la Administración de Hacienda, por regla general y mientras no se disponga otra cosa, más que el 30 por 100 de lo que le corresponda por el producto de los recargos y arbitrios que le estén concedidos, después de

deducido, cuando proceda, el 10 por 100 de los gastos de administración.

Y 6.º Que á fin de evitar desagradables consecuencias de cualquier error que pudiera cometerse en la transición de un sistema á otro, no hagan variación alguna las Administraciones de Hacienda en los derechos de tarifa que actualmente están cobrando de los contribuyentes sin consultar antes á la Dirección general de Impuestos, lo que deberán hacer en todos los casos en que les parezca que la práctica establecida no se halla conforme con las prescripciones legales.»

Poco conocidas de la generalidad las teorías económicas y las leyes tributarias, no es extraño que se incurra en frecuentes errores. Se ha negado el carácter de contribución del Estado á los consumos, cuando este principio estaba consignado en las leyes de 26 de junio de 1874, 21 de julio de 1876, 11 de julio de 1877 y 31 de diciembre de 1881. Lo único que se ha hecho es convertir en preceptos las facultades administrativas.

Otra de las cuestiones que han sido muy debatidas, es la deducción del 10 por 100 del importe de los cargos y arbitrios para gastos de administración, y ese precepto no entraña tampoco ninguna novedad, pues no hace más que reproducir la base 7.ª de la ley de 26 de junio de 1874, el art. 7.º de la ley de 21 de julio de 1876, el 41 de la de 11 de julio de 1877 y el 25 de la instrucción de 31 de diciembre de 1881. Lo que únicamente se aclara, con gran acierto y beneficio de los Ayuntamientos, es que ese 10 por 100 solo es exigible cuando la Hacienda administre directamente por sí el impuesto, pero no cuando lo arriende.

Es también oportuno el recuerdo del sistema de los conciertos gremiales para realizar el impuesto, y la indicación no dejará de ser aprovechada en algunas ciudades de importancia.

Aplaudiremos siempre todo camino que se separa tanto de las debilidades como de la arrogancia en el cumplimiento de los preceptos legales debatidos por las Cortes y sancionados por el Rey.

* * *

Podríamos hablar del futuro Código de Comercio, al que tendrá la gloria de dar su nombre el Sr. Silvela, imposibilitado por la política obstruccionista de suscribir la publicación del Código civil en la pasada legislatura. Pero no se ha dicho todavía sobre ese Código de Comercio la última palabra, y es todavía inútil defender de infundados ataques á ese cuerpo de selecta doctrina jurídica que llenará deficiencias por todos reconocidas. Un periódico oficioso nos dice á última hora que la mejor prueba que puede ofrecerse del tacto exquisito con que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia mira este asunto, está en un pormenor por todo extremo interesante. El próximo Congreso mercantil convocado para setiembre en Amberes, ofrecerá, sin duda alguna, nuevas enseñanzas, que no deben pasar en olvido: el Sr. Silvela se propone llevarlas en lo que sea posible á los reglamentos definitivos, y con este objeto enviará á dicho Congreso al ilustre jurisconsulto don Manuel Durán y Bas, que ha aceptado la comisión gratuitamente, y al respetable Sr. D. Bienvenido Oliver, que tomó una parte tan activa é inteligente en los trabajos de elaboración y redacción del Código.

Digno de aplauso es en esta parte el Sr. Silvela, ansioso de conservar intacta su reputación de jurisconsulto eminente y de legar á su patria un Código digno de nuestros tiempos.

Por lo demás, están fríos los círculos políticos, apesar de la temperatura canicular que nos abrumba. No se habla más que de lazaretos, resistencias pasivas, mandatos, desafueros y rigores en la cuestión sanitaria, en mala hora sacada de quicio por desgracia nuestra y la voluntad de la prensa. Dios nos tenga de su mano.

De desear es que el Dr. Ferrán y todo lo relacionado con esa fatal epidemia de la que se ven libres Francia, Italia y Europa entera, menos nosotros, pasen de una vez y para siempre á la historia. El primero para el buen nombre de España y el buen éxito—en otra parte—de su sistema de inoculación colérica, y lo segundo para tranquilidad de todos.

Edad tenemos para ser lógicos y sesudos.

S.



REVISTA EXTRANJERA



MÉRICA está de luto. Ha muerto el General Grant, el hombre que tuvo la fortuna de vencer la insurrección de los Estados del Sur y fué elevado dos veces á la Presidencia de la Gran República por los sufragios de sus conciudadanos.

Su nombre alcanzó la celebridad de los eminentes jefes de partido é ilustres estadistas; su nombre tiene mucho eco todavía, por más que en el último tercio de sus años hayan notablemente disminuído su popularidad y su fama. Después de haberse distinguido de una manera extraordinaria por sus proezas militares; después de haber obtenido las mayores ovaciones que pueden alcanzarse en el poder, hubo de entregarse durante la época de su segunda presidencia á negocios y especulaciones de cierto género, que se prestaban al vituperio, terminando su brillantísima carrera con desastres mercantiles y una quiebra ruidosa.

Los sufrimientos morales de estos últimos años han agravado indudablemente la enfermedad que sufría, y á los sesenta y tres años ha fallecido el ilustre jefe de Estado y el valiente caudillo como el más vulgar de los comerciantes que arriesga su reputación y su fortuna en aventuradas empresas. *Sic transit gloria mundi.*

Los ejércitos permanentes hacen de la milicia en Europa

una profesión honrosa y hasta una carrera de lucro en ocasiones, carrera en armonía con nuestras antiguas tradiciones y nuestra brillante historia.

En América, los soldados y sus jefes se reclutan cuando la necesidad de las guerras lo exige; hay levadas formidables cuando las circunstancias lo reclaman; todos los ciudadanos son soldados en los días difíciles en que el cañón retumba; pero todos, jefes y soldados, vuelven á sus hogares, todos son licenciados en tiempos de paz y sin nubes. De ahí resulta que la dignidad del oficio de las armas no puede tener en América las consideraciones que entre nosotros, y no es allí raro ver á los que fueron Generales de gran fama volver á su antigua existencia, ya consagrándose al cultivo de sus campos, si fueron agricultores, ya entregándose á otras tareas propias de la actividad humana en las diversas esferas del trabajo.

Así se ha comprometido la legítima nombradía de Grant, lanzado en busca de una fortuna adecuada á la antigua posición social que tuvo y á las exigencias de una vida costosa en aquellas grandes ciudades de los Estados Unidos. Así comprenderán tal vez los americanos del Norte que es arriesgado y poco noble abandonar á merced de todos los vaivenes, á merced á veces de la miseria á los hombres que se han encumbrado con sus hechos militares y llegado el caso fueron pródigos de su sangre generosa.

Se había instruído Grant en la escuela militar de West-Point; hizo primero la campaña de Méjico; ganó en los campos de batalla los grados de teniente y de capitán; volvió después de la guerra á la casa de su padre, simple curtidor en el Ohío, y se hizo socio suyo en el comercio de pieles, después de haber sido algún tiempo arrendador de tierras.

La guerra separatista le hizo empuñar nuevamente las armas; ofreció sus servicios al Gobierno del Norte y fué nombrado coronel de uno de los regimientos de voluntarios que mejor se batieron contra los del Sur. Sus condiciones de guerrero sobresalían en aquella encarnizada lucha, y no tardó Grant en ser ascendido á General de división y luego á General en jefe, después de las derrotas sufridas por Sher-

mann. Marchando entonces de victoria en victoria, destrozó en 1865 las fuerzas enemigas de Lee, y concluyó por ultimar la capitulación de los sudistas encerrados en Richmond.

Fué nombrado después Ministro de la Guerra; su inmensa popularidad crecía, y cuando un puñal asesino quitó la vida á Lincoln, el partido republicano presentó á Grant como candidato á la Presidencia de la República, respondiendo así al entusiasmo que aquel nombre ceñido con la aureola de la victoria inspiraba. En el poder, la intransigencia fué su norma, respondiendo á las pasiones de los hombres del Norte, y fué inflexible para los vencidos. Bien puede decirse que los odios, aún no calmados, de la guerra separatista fueron sus mejores auxiliares para hacer que su nombre saliese reelegido para la Presidencia.

Ocho años estuvo en la Presidencia de la República, y los sufragios le habrían favorecido por tercera vez, y habría ocupado el más alto puesto de su nación durante doce años, si tan larga permanencia no hubiese asustado á los más y si no se hubiesen sospechado en él aficiones á un golpe de Estado y tal vez á la dictadura.

Rumores, que pudieran ser injustos, acerca de la moralidad de algunas de sus gestiones, circularon de boca en boca durante el período de su segunda presidencia. Sea lo que fuere, es público y notorio que desde 1879 y después de sus varios viajes á Europa, se entregó á operaciones comerciales y de banca que desgraciadamente acabaron por llenar de siniestras sombras los últimos años de su vida.

Grant ha muerto. Su patria no se acuerda ahora más que de los eminentes servicios que prestó en el campo de batalla y en los consejos del Estado. No nos corresponde á nosotros hacernos eco de las acusaciones ó calumnias de la apasionada prensa política del otro lado de los mares.

*
* *

Renace de sus cenizas la cuestión del Afghanistán, que pudo ya creerse calmada. Antes de la evolución ministerial que dió el poder á los conservadores ingleses, los Gabinetes de

Londres y San Petersburgo parecían en vías de un próximo acuerdo acerca de la rectificación de la frontera rusa y afgana. Sólo estaba en litigio el paso de Zulficar. Este paso se considera por los ingleses como la llave del reino de Herat.

Así como decimos vulgarmente que por todas partes se va á Roma, bien seguro es que por muchos caminos puede irse á Herat. No es una sola puerta la que puede abrir paso al Asia central.

Interpelado Lord Churchill acerca de la cuestión afgana en la Cámara de los Comunes, y habiéndose preguntado si era cierto que el General ruso Komaroff reconcentraba sus fuerzas en los alrededores de Zulficar, respondió que el Gobierno no tiene noticias oficiales que lo confirmen y que pedirá informes. Todo hace presumir en simples exageraciones ó malas interpretaciones de la prensa inglesa.

Es claro que la fijación de los límites de las fronteras dará todavía ocasión á incidentes y cambios más ó menos serios de comunicaciones por una y otra parte; pero la solución definitiva no puede por ahora ser la guerra. Lo prueba la conducta misma del Gabinete de San Petersburgo, que acaba de dar órdenes precisas y severas á los Comandantes de tropas en Asia para evitar todo pretexto de colisión con las fuerzas afganas. Al obrar así, espontánea y voluntariamente, con el sentimiento de su derecho y de su fuerza, quiere el Gobierno de Alejandro III dar otra prueba de sus conciliadores propósitos de ahora.

Por otra parte, el cambio de política en Londres no deja de ofrecer dificultades. Los whigs tienden no pocos lazos á los toríes, para obligarles á renunciar al poder, y éstos, á fin de conceder ciertas efímeras satisfacciones á los apetitos despertados en la opinión por la belicosa política de Lord Gladstone, no pueden prescindir ahora de cierta marcial arrogancia que á nadie sorprende ni engaña.

Ni los rusos ni los ingleses, sobre todo, pueden en estos momentos querer la guerra. Acertado está el corresponsal del *Times*, en París, al transmitir á Londres el siguiente telegrama que se supone inspirado por un diplomático eminente:

«En la cuestión egipcia, dice, está completamente desin-

teresada Rusia, y en nada pondrá obstáculos al Ministerio Salisbury.

En cuanto á la cuestión afghana, la dificultad de Zulficar es un punto secundario sobre el que los dos Gobiernos llegarán á ponerse de acuerdo. En Rusia se supone que toda la agitación que reina actualmente en Inglaterra es resultado de una maniobra electoral destinada á asegurar la mayoría á los conservadores en las próximas elecciones:

Lo que parece haber alarmado á los corresponsales de los periódicos ingleses, es la llegada de tropas rusas á la frontera del Afghanistán. Ahora bien; esas tropas son las que partieron de Saratoff en el mes de abril último, y que ahora han llegado á la frontera. Nada hay en eso que pueda motivar una alarma.

Rusia está decidida más que nunca á procurar la paz, y todos los arreglos que hace son de carácter pacífico. La visita reciente del Emperador al golfo de Finlandia, y la muerte de la hija del Sr. de Giers, que hizo al Ministro de Negocios extranjeros dejar de la mano los negocios durante quince días, han retrasado algo las negociaciones anglo-rusas. La opinión en San Petersburgo es que dentro de un mes se llegará á una conclusión definitiva y pacífica de la cuestión anglo-rusa, y que la comisión de fronteras estará en situación de desempeñar sus deberes en los sitios mismos que son objeto de distintas apreciaciones y de disidencias. La mayor parte de los Ministros están viajando en uso de sus licencias. El Czar irá á principios de agosto al interior del Imperio, y llegará hasta Kieff. Las compañías de ferrocarriles entre San Petersburgo y Kieff ha recibido orden de poner sus líneas en orden para el paso del tren imperial. Las precauciones que se han adoptado contra los nihilistas, han sido menores que otras veces.»

Lo verdaderamente significativo es un muy estudiado y notable artículo que acerca de este asunto publica la *Gaceta* de Moscow, inspirada directamente, según se afirma, por el mismo Emperador Alejandro III.

«Los ingleses, dice, nos temen, con tanta tenacidad que nosotros también deberíamos principiar á abrigar recelos si no

estuviésemos convencidos de nuestro derecho. Les perdonamos gustosos sus temores por las Indias. Pero hacen mal en servirse de nosotros como espantajo para nuestros vecinos. Los agentes ingleses en Persia, en China y en el Afghanistan, no hacen más que aterrar á los Gobiernos con nuestros pretendidos proyectos de conquistas. Sin embargo, todo el mundo debería estar convencido ahora de que Rusia, á diferencia de Inglaterra, *nada teme tanto como un aumento territorial*. Nuestros vecinos tendrán muy pronto las pruebas de ello. *Nuestras aventuras en el Asia Central están terminadas*. Las estepas y las poblaciones de bandoleros, cuya vecindad era para nosotros motivo de continuos disturbios, están actualmente comprendidas en nuestras posesiones.

Fieles á nuestra vocación, nos ocupamos en mejorar la cultura de nuestros nuevos súbditos y en hacer mejores las tierras que habitan. Además de la instalación de una nueva Administración, nos dedicamos á canalizar y á construir vías de comunicación.

Pero para podernos consagrar debidamente á esos trabajos de organización interior en la vecindad de nuevas fronteras, en medio de estepas poco pobladas, es preciso que nuestras fronteras sean sólidas; es decir, que presenten buenos puntos de defensa, y terminen por terrenos accesibles al cultivo.

El Marqués de Salisbury dijo: «No debemos contar ni con los tratados ni con los arreglos.» Lo que es cierto para Inglaterra, lo es igualmente para Rusia: no es posible poner remedio á la cosa por arreglos, y menos aún por tratados ultimados con precipitaciones. Los tratados no deben servir más que como confirmación de un acuerdo efectivo; no son sólidos, sino en cuanto su acuerdo está garantido. Pensamos que debe dejarse que el conflicto entre los intereses rusos é ingleses siga su curso natural.»

La agitación de última hora en los círculos políticos de Europa reconoce por origen una noticia transmitida desde Esmarck de que se activan los preparativos para la coronación como *Emperador del Asia Central* del Czar Alejandro III. Dícese que la resolución de la corte de Rusia excita el entusiasmo de las poblaciones mahometanas del Asia, y aun

se añade que los verdaderos creyentes confían en que su Emperador recuperará de los chinos los territorios que formaron parte del Imperio de Tamorlán. Las leyendas del Islam enseñan á los hijos del Profeta, que cuatro siglos después de la muerte de Tamorlán, su trono y su Imperio serán restaurados, y la voluntad del nuevo Soberano será obedecida desde Esmarcanda hasta las orillas del Ganges.

No podemos nosotros negar los planes de Rusia en un porvenir más ó menos lejano, por más que hoy nos parezca improbable la guerra. Hasta se supone al Príncipe de Bismarck inclinado ahora á soluciones pacíficas, y ésta es una de las primeras garantías en que nos fijamos.

Por otra parte, natural nos parece que el poderoso Monarca moscovita no quiera ser menos en el Asia que la Reina de Inglaterra, que se hizo proclamar hace poco tiempo *Emperatriz de las Indias*.

*
* *

El castillo de Reichstad, que á principios de este siglo dió su nombre al hijo de Napoleón y de María Luisa, será en breve teatro de una entrevista del Emperador de Austria y del de Rusia, acudiendo también allí el Canciller Bismarck, caso de que no pueda personalmente hacerlo el achacoso y anciano Guillermo III de Prusia. Esta entrevista está, según se asegura, decidida.

Si los Soberanos que han de reunirse pudiesen abrigar alguna duda acerca de la eficacia de la política de concentración de fuerzas monárquicas que adoptaron y vienen siguiendo de algunos años á esta parte, siguiendo el impulso del poderoso Imperio alemán, les demostraría los buenos resultados de tal política el camino felizmente recorrido, y la desaparición de muchos puntos negros y de pasadas zozobras y grandes desconfianzas.

Al iniciarse esa política, indudablemente preparada y casi impuesta por el Canciller Bismarck, los tres grandes Imperios de Occidente, y en primer término y de una manera gravísima Austria y Rusia, estaban trabajados por causas

profundas de desorganización social. Austria, gran nación compuesta de tan diversos elementos, veía surgir rivalidades de raza y conflictos parlamentarios. Rusia estaba amenazada por el terrorismo nihilista, cuya audacia crecía de punto desde la trágica muerte de Alejandro II, y los descontentos y los díscolos agitaban los ánimos y producían serias inquietudes.

Después de aquella mutua inteligencia, la situación se ha despejado de una manera notable. Ya sigue Austria más tranquila y próspera que nunca; ha vencido una crisis electoral temible; su Gobierno ha pasado con honra por una prueba difícil; cuenta con una mayoría fuerte y dispuesta á ahogar toda aspiración demagógica; la Hungría aplaude; la Hacienda mejora; la confianza ha renacido, y el ejército perfecciona de una manera admirable su armamento y su disciplina. Ya aparecen en Rusia contenidos los nihilistas, que dan tregua y dejan de ser la eterna pesadilla de los pueblos; las aspiraciones nacionales se han fijado definitivamente en el Asia; la noble actitud de la diplomacia rusa en frente de Inglaterra mueve en favor suyo las auras populares, y la frente del joven Alejandro III parece ansiosa de reflejos de inspirado gloria.

¿Podían esperarse en menos tiempo mayores resultados de la triple alianza cuyo primordial objeto se dice encaminado á luchar y vencer en el Occidente contra las múltiples causas de una desorganización social que todo lo invade y amenaza?

Estamos más que nunca persuadidos que la elevada política del poderoso Canciller de Alemania, aparte de sus titánicos trabajos para la consolidación á toda costa del gran Imperio que será siempre la gloriosa y predilecta obra suya, es una garantía de orden, un contrapeso á los anárquicos esfuerzos de los demagogos que aun sueñan en regenerar á la humanidad por medio de trastornos y escenas sangrientas que aterran.

A.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Colección de escritores castellanos.—Historiadores.—Las ruinas de Poblet, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—Un tomo en 8.º—Precio, 4 pesetas.

Dice el autor en la introducción á su obra, que al regresar de una excursión al monasterio de Poblet, buscó con afán algo que recordaba haber escrito, sobre el mismo asunto, allá por los años de 1850, que halló con dificultad un ejemplar, y con viva emoción púsose á devorarle, más bien que leerle, pareciéndole detestables sus páginas. Así lo dice en crudo el Sr. Balaguer, y asimismo que concibió en el acto la idea de modificar aquel trabajo, ó más bien escribir otro nuevo. He aquí la historia del presente libro.

Dejando aparte el excesivo rigor con que el Sr. Balaguer califica su obra *Los frailes y sus conventos*, á que sin duda se refiere, merece pláce-

mes por haber mejorado en la actual lo mismo que trató en la publicada hace treinta y cuatro años, de manera tan ventajosa, que pudiera pasar por fruto de ingenio muy superior, aun para los conocedores de la primitiva (no tan olvidada como al Sr. Balaguer le parece), la que hoy admiramos cual digna de contarse entre las mejores de historias relativas á fundaciones y edificios patrios.

Y se contará, sin duda, por sus abundantes y auténticas noticias del monasterio de Poblet, tan enlazado con la crónica de nuestro país desde su origen hasta su vandálica ruina y moderna reparación en lo posible. Se sabrá, con efecto, que si hubo una época de lamentable extravío, en que para el fanatismo político no fué salvaguardia la santidad augusta de los templos, el respeto á los sepulcros, la memoria de los grandes hombres, la belleza del arte, hubo también un

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

historiador contemporáneo, testigo presencial de los hechos, que los condena y lamenta con acento enérgico, y al monumento de piedra ha sustituido con su pluma otro menos perecedero, al abrigo de las injurias de la barbarie para solaz é instrucción de las personas cultas.

Sin libros como el suyo es imposible escribir con acierto la Historia general; ellos son sus auxiliares necesarios, como es preciso el conocimiento de la vida íntima de un personaje para comprender muchas circunstancias de la pública; y al decir esto no me ciega la pasión, pues en algunos puntos difiero de la crítica del señor Balaguer, por ejemplo, en lo referente al célebre *Compromiso de Caspe*; á Benedicto XIII (Pedro de Luna), y algún tanto á D. Juan II de Aragón, mas respeto su parecer hasta desconfiar del propio, temiendo ignorar algunos datos que destruyeran la opinión formada.

Cuatro palabras para terminar, que me doliera no decir: El Sr. Balaguer en sus años juveniles escribió, según se ha dicho, una obra bastante voluminosa, bajo el título de *Los frailes y sus conventos*, que hoy le parece detestable. Decididamente el ilustre fundador de la *Biblioteca-Museo* de Villanueva y Geltrú se halla equivocado, pues á veces también el cariño nos hace exagerar los defectos de nuestros hijos. Aquella obra es una colección de tradiciones populares, apreciables en alto grado, como lo fueron entonces y lo serán siempre, aparte de ciertos defectos de estilo: el libro publicado ahora es una verdadera historia. Cada cuál cumple su misión á maravilla.

* * *

El «Modus vivendi» y la anexión de las islas Filipinas á la Gran Bretaña, por D. A. PICAZO MADRIGAL.—*Un cuaderno de veinte páginas en 8.º, impreso en Amberes.*

No hay que asustarse con el título. Se trata sólo de la asimilación progresiva del Archipiélago á Inglaterra, por el medio eficaz de los intereses mercantiles. De ahí el propósito de los Ministros ingleses para que Filipinas quede comprendida en el nuevo tratado, ó llamese *Modus vivendi*.

Pero á bien que á tiempo estamos aún, según el autor, para impedir que aquellos ricos territorios lleguen á ser una colonia de la poderosa Albión.

Traer á la Metrópoli todo el comercio de las islas, solicitando la importación de sus frutos, rebajando los fletes; proteger la inmigración peninsular; hacer que los nombramientos de empleados para Ultramar, enaltezcan la hidalguía española, concediendo á los naturales amplísima libertad de enseñanza, y otras cosas más, que por menor se explican en el breve opúsculo.

* * *

Apuntes biográficos del excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Tomás Santero y Moreno, *catedrático de historia crítica de la ciencia en la facultad de medicina de la Universidad Central*, por el Dr. MARIANO SANCHE MARTÍN.

En el periódico profesional *El Genio médico quirúrgico* se publicó la biografía del Dr. Santero, impresa hoy en cuaderno aparte, é ilustrada con un excelente retrato del biografiado.

Por consiguiente, para los hombres de ciencia, contemporáneos, por otra parte, del ilustre profesor, fuera in-

útil recomendar el conocimiento de hechos ya sabidos por ellos, que sirvieron á muchos de admiración y estímulo, á los más de ejemplo y enseñanza, y ahora, compendiados y reunidos se habrán apresurado á adquirir, como auxiliares de la memoria, si otro mérito no tuvieran.

Pero, superior á la opinión científica, en cantidad enorme, existe la opinión general, y á ésta conviene hacerla conocer los merecimientos de los claros varones de su tiempo, aún más que de los antiguos, pues de los que pasaron suele juzgarse como de cosa romancesca, perdiendo así mucha eficacia sus obras, ajustadas á otras costumbres y circunstancias; pero en el conocimiento de los actuales, que con nosotros han vivido ó viven, no hay pretexto para desechar sus virtudes y mérito como fabulosos; son para nosotros un ejemplo ó una acusación; si no podemos imitarlos, podemos seguirlos hasta donde nuestras fuerzas permitan, y siguiéndolos, quedar siempre al menos en el buen camino, trazado por tan excelentes guías.

Sin apartarme del escrito biográfico, de que ligeramente trato, se sabrá por él, que sin cumplir veinticinco años el Dr. Santero, da cima á la espinosa tarea de traducir la maravillosa obra de Littré, resumen de la sabia doctrina de Hipócrates, cotejándola con las traducciones latinas de Vander-Linder y Foerio, y á más de esto, anotando cuidadosamente las versiones de la traducción de Littré, con las afirmaciones expresadas en los textos de nuestros más sabios comentadores del siglo XVI al XVII, enriqueciéndolos con apreciaciones propias.

¿Quién sabe si algún joven, viendo esto, en vez de malograr su talento

en descifrar la revesada filosofía de Krause y secuaces, muda de opinión, dedicándose á tareas de mayor provecho para sí y para sus adelantos?

Extenderme á más, fuera escribir otra biografía del Dr. Santero, y nunca fué mi propósito competir con el Sr. Sancho Martín, que lo ha hecho con notable inteligencia; mas fuera pecado de omisión no citar siquiera obras que verdaderamente han inmortalizado á su autor, como son: *El Tratado teórico-práctico de clínica médica; Prolegómenos clínicos; Tratado de tecnología médica; Exposición histórica-crítica de los sistemas médicos*, y otros muchos escritos que forman la inmarcesible corona científica del Dr. D. Tomás Santero.

* * *

Cultivo de las plantas industriales y aprovechamiento de sus raíces, hojas, flores y semillas, por D. Balbino Cortés y Morales, comisario presidente de la junta provincial de Agricultura, Industria y Comercio, etc., etc.

La obra está dividida en dos partes, que forman igual número de tomos en 4.º Comprende la primera las textiles, narcóticas, de azúcar y alcohol, condimenticias y cañaveras. La segunda, las plantas oleaginosas, tintóreas, salíferas, cardenchas, aromáticas, medicinales, de flores olorosas y para ornamentos fúnebres.

Está en prensa la tercera y última parte, que comprende la vid y olivo.

El conocimiento del autor acerca de la materia que trata, es indudable; sus títulos le recomiendan, y cuando ningunos tuviera, le harían digno de tenerlos la maestría que demuestra en asunto de interés vital para el hom-

bre, su buena salud, la industria y el recreo.

Pero ante todas las clases de plantas dignas de estudio, por los diferentes aspectos bajo que se consideran, desde su relativamente moderna aparición en las costumbres, el comercio y la agricultura, ninguna como el *tabaco* ha suscitado pareceres tan diversos, ya por la influencia que algunos han creído ejerce en nuestro organismo, ya también considerando las ventajas para los Gobiernos de su monopolio ó libre cultivo.

El entendido presidente de la junta provincial de Agricultura no podía desconocer tales circunstancias; así es que su artículo sobre el *tabaco* excede á los demás en importancia, mostrándose á la par, al escribirlo, agrónomo inteligente en el cultivo de la planta, conocedor de sus variedades y clases y profundo economista al juzgar la conveniencia del desestanco para el Erario y provecho común.

Oigamos nada más las conclusiones del Sr. D. Balbino Cortés.

«Con el desestanco del tabaco ganaría la industria, porque se establecerían fábricas en grande ó en pequeño.

»Ganaría el comercio, porque habría una mercancía más sobre qué traficar.

»Ganaría la clase proletaria que, con los mejores deseos de trabajar, difícilmente puede y se ve precisada á abandonar la madre patria.

»Ganaría la moral pública, porque no existiría ese infinito número de contrabandistas que hoy están emigrados en Argelia y pueblan nuestras cárceles y presidios, y

»Ganaría el Erario, porque, imponiendo un derecho módico sobre cada kilogramo de tabaco importado ó producido, según su calidad, sacaría bastante más de lo que hoy reporta la renta.»

Fácilmente se comprende que para llegar á estas definiciones emplea el autor argumentos incontestables, algunos apoyados con datos que la ciencia proporciona, otros que la razón suministra conducen á la necesidad apremiante del desestanco, y si algunos relativos á la condición actual de nuestro país pueden ofrecer dudas, se ganará mucho con examinar si la franquicia en el cultivo, elaboración y comercio del tabaco se imponen como un hecho de aplicación urgente, ó bien habrá de considerarse como error económico, apesar de sus buenos resultados en Portugal, Cuba, Argelia y Filipinas.

D. CH.

